5

VIDA,

ASCENDENCIA, NACIMIENTO, CRIANZA, Y AVENTURAS DE EL DOCTOR DON DIEGO DE TORRES VILLARROEL,

CATHEDRATICO DE PRIMA de Mathematicas en la Universidad de Salamanca.

DEDICADA

A LA EXCELENTISSIMA SEÑORA DOÑA MARIA Teresa Alvarez de Toledo, Haro, Silva, Guzmàn, Henriquez de Ribera, &c. Duquesa de Alva, Marquesa de el Carpio, Duquesa de Huescar, Condesa de Olivares, Duquesa de Galistèo, y de Montoro, &c.

ESCRITA

POR EL MISMO DON DIEGO DE TORRES Villarroèl.

Con licencia: y con permisso del Author, impresso en Sevilla, en la Imprenta REAL de *Don Diego Lopez de Haro*, en Calle de Genova.

A LA EXC^MA. SEÑORA

DOÑA MARIA TERESA, ALVAREZ DE TOLEDO, HARO, SILVA, GUZMAN, &c. Duquesa de Alva, Marquesa de el Carpio, Duquesa de Huescar, &c.

EXC^MA. SEÑORA:



N el breve, y humilde bulto de estas planas estàn resumidos (Excelentissima Señora, y unica veneracion de mi respecto) los torpes passos, las culpables quietudes, y las melancolicas desventuras de mi miserable Vida. Refiero en ellas el ocio, los empleos, los afanes, los descuidos, y las malicias que han passado por mi, desde que entrè en el Mundo, hasta ahora que estoi bien cercano à salir de èl. Descubro entre poquissimas felicidades las persecuciones con que me ha seguido la fortuna, las miserias à que me condenò mi altaneria, los precipicios adonde

me aſſomaron mis coſtumbres, y los mas de los errores, que dieron juſtamente à mi Vida el renombre de mala vida. Lo mas que contiene eſte anguſtiado Compendio ſon perverſas locuras, ſuceſſos viciosos, y triſtiſsimas caſualidades; y ſiendo tan eſcandaloſo eſte culto, ni me averguenzo de ſacrificarlo à los pies de V. Exc. ni deſeſpero de que ſu diſcretiſsima compaſsion dexe de admitir mis anſias reverentes; porque no los dedico como dones de ſacrificante preſumptuoſo, ſino como promeſſas de un infelice delinquente, que buſca en el delicioſo ſagrado de V. Exc. ſu patrocinio, ſu honor, y ſus ſeguridades.

Tiene eſte humildiſsimo cortejo el ſemblante de malhechor; mas no le faltan venturoſas deſgracias, que le prometen toda la piedad de V. Exc. Es un reſumen de culpas, infortunios, eſcandalos, caſtigos, y deſazones: pero yo no ſacrifico à Exc. mis delitos, ſino mis trabajos: No retiro à ſu ſagrado mis locuras, ſino mis aflicciones; y finalmente, no pongo en el clementiſsimo altar de V. Exc. lo que he pecado, ſino lo que he padecido. Por eſtas razones, y la de haverſe fabricado en caſa de V. Exc. eſte voto, en aquellas horas en que (con ſentimiento de mi veneracion) me retiraban de ſus pies, creo que no es indigno de las aceptaciones; y mas quando lo acompaña mi rendimiento, mi gratitud, y mi fideliſsima ſervidumbre.

Su-

Suplico à V. Exc. rendidamente, se digne de recibir la vida que gozo, y la Vida que escribo; pues sobre una, y otra han puesto las honras de V. Exc. un dominio apetecible, y una esclavitud inescusable: de modo, que no le ha quedado à mi eleccion, à mi afecto, ni à mi codicia la libertad de pensar en otro Dueño para Patrono de el desdichado culto de esta Obrilla. V. Exc. lo es solo de todas mis acciones; y en reconocimiento à sus graciosissimas piedades, ofrezco mi Vida, obras, y trabajos, lo que he sido, lo que soi, y lo que pueda valer, y vivir.

Nuestro Señor guarde à V. Exc. muchos años, como se lo ruego, y nos importa. De esta Casa de V. Exc. Madrid, y Mayo 12. de 1743.

EXCMA. SEñORA.

B. L. Pies de V. Exc. su rendidissimo Siervo,

El Doctor Don Diego de Torres.

PRO-

PROLOGO AL LECTOR.

TU diràs (como si lo oyera) luego que agarres en tu mano este Papel, que en Torres no es virtud, humildad , ni entretenimiento escribir su Vida , sino desverguenza pura , truhanada sòlida , y Philosophia insolente de un picaron, que ha hecho negocio en burlarse de sì mismo , y gracia estàr haciendo zumba , y gresca de todas las gentes del mundo. Y yo dirè , que tienes razon, como soi Christiano. Prorrumpiràs tambien, despues de haverlo leido (si te coge de mal humor) en decir, que no tiene doctrina deleitable , novedad sensible, ni locucion graciosa, sino muchos disparates, locuras, y extravagancias, revueltas entre las brutalidades de un idioma cerril, à ratos sucio , à veces basto , y siempre desabrido, y mazorral. Y yo te dirè con mucha cachaza, que no hai que hacer ascos; porque no es mas limpio el que escucho salir de tu boca, y casi casi tan hediondo , y pestilente el que despues de mui fregado , y relamido pone tu vanidad en las Imprentas. Puede ser que digas (por meterte à Doctor como acostumbras) que porque se me han acabado las idèas, los apodos, y las satyras , he querido pegar con mis huessos, con los de mis difuntos , y con los de mi Padre , y Madre, para que no quede en este mundo , ni el otro ; vivo, ni muerto, que no haya baboseado la grossera boca de mi pluma. Y yo te dirè, que esso es mentira; porque

que yo encuentro con las idèas, los apodos, y los equivocos quando los he menester, sin mas fatiga, que menearme un poco los sesos: y si te parece que te engaño, arrimate à mi, que juro ponerte de manera, que no te conozca la madre que te pariò. Maliciaràs acaso (yo lo creo) que esta inventiva es un solapado arbitrio para poner en el publico mis vanidades, dissimuladas con la confession de quatro pecadillos; queriendo vender por humildad rendida, lo que es una soberbia refinada. Y no sospechas mal: y yo, si no hago bien, hago à lo menos lo que he visto hacer à los mas devotos, contenidos, y remilgados de conciencia; y pues yo trago tus hypocresias, y sus fingimientos, embocaos vosotros (pese à vuestra alma) mis artificios, y anden los embustes de mano en mano, que lo demàs es irremediable. Diràs ultimamente, que porque no se me olvide ganar dinero, he salido con la invencion de venderme la Vida. Y yo dirè, que me haga buen provecho: y si te parece mal, que yo gane mi vida con mi Vida, ahorcate, que à mi se me dà mui poco de la tuya. Mira hombre, yo te digo la verdad: no te aporrees, ni te mates por lo que no te importa; sossiegate, y reconoce, que dàs con un vergante, que desde ahora se empieza à reir de las alabanzas que le pones, y de las tachas que le quitas: y yà que mumures, sea blandamente, de modo, que no te haga mal al pecho, ni à los livianos, que primero es tu salud, que todo el mundo. Cuida de tu vida, y dexa que yo lleve, y trahiga la mia donde se me antojare;

jare; y vamos viviendo, sin añadir pesadumbres escusadas à una vida, que apenas puede con los petardos que sacò de la naturaleza. En las hojas immediatas, que yo llamo Introduccion, pongo los motivos que me dieron la gana, y la paciencia de escribir mi Vida; leelos, sin prevenir antes el enojo, y te pareceràn, si no justos, decentes, y disimula lo demàs, porque es lo de menos. Yo sè que cada dia te bruman otros Escritores con estilos, y voces, unas tan malas, y otras tan malditas como las que yo te vendo, y te las engulles sin dàr una arcada: Conmigo solamente guardas una ojeriza irreconciliable, y juro por mi vida, que no tienes razon. Seamos amigos; vida nueva; dexèmos historias viejas, y aplicate à esta reciente de un Pobreton, que ha dexado vivir à todo el mundo, sin meterse en sus obras, pensamientos, ni palabras. En este Prologo no hai mas que advertir: Quedate con Dios.

¶ Las Aprobaciones, y licencias de este papel estàn en su Original.

IN-



INTRODVCCION.



MI Vida, ni en ſu vida, ni en ſu muerte merece mas honras, ni mas epitaphios, que el olvido, y el ſilencio. A mi ſolo me toca morirme à obſcuras, ſer un difunto eſcondido, y un muerto de monton, acinado entre los demàs, que ſe deſvanecen en los podrideros. A mis guſanos, mis zancarrones, y mis cenizas deſeo que no me las alboroten, yà que en la vida no me han dexado hueſſo ſano. A la eternidad de mi pena, ò de mi gloria no la han de quitar, ni poner trozo alguno los recuerdos de los que vivan: con que no rebaxandome Infierno, ni añadiendome Bienaventuranza ſus commemoraciones, para nada me importa que ſe ſepa, que yo he eſtado en el mundo. No aſpiro à mas memorias, que à los piadoſiſsimos ſufragios, que hace la Igleſia mi Madre por toda la Comunidad de los Finados de ſu gremio. Cogeràme el torbellino de Reſponſos del dia dos de Noviembre, como à todo pobre, y me conſolarè con los que me reparta la piedad de Dios. Hablo con los antojos de mi eſperanza, y la liberalidad de mi deſeo. Yo me imagino deſde acà Anima del Purgatorio, porque es lo mejor que me puede ſuceder. La multitud horrible de mis culpas me confunde, me aterra, y me empuja à lo mas hondo del Infierno: però haſta ahora no he caido en èl, ni en la deſeſperacion. Por la gracia de Dios eſpero temporales los caſtigos; y confiado en ſu miſericordia, aun me hago las cuentas mas alegres. Su Mageſtad quiera que eſte ultimo Prognoſtico me ſalga cierto, ya que ha permitido que mienta en quantos tengo derramados por el mundo.

A los Frayles, y los Ahorcados (antes, y deſpues de calaveras)

les efcribe el ufo, la devocion, ò el entretenimiento de los vivientes, las vidas, los milagros, y las temeridades. A otras caftas de hombres vigorofos en los vicios, ò en las virtudes, tambien les hacen la caridad de immortalizarlos un poco con la relacion de fus hazañas. A los muertos, ni los fube, ni los baxa, ni los abulta, ni los eftrecha la honra, ò la ignominia, con que los facan fegunda vez à la plaza del mundo los que fe entrometen à Hiftoriadores de fus aventuras; porque yà no eftàn en eftado de merecer, de medrar, ni de arruinarfe. Los aplaufos, las afrentas, las exaltaciones, los contentos, y las pefadumbres todas fe acaban el dia que fe acaba. A los vivos les fuele fer laftimofamente perjudicial el cacarèo de fus coftumbres; porque à los buenos los pone la lifonja difimulada, en una entonacion defvanecida, y en un amor intereflado, antojadizo, y peligrofo. Regodeanfe con los chifmes del aplaufo, y con las monerìas de la vanagloria, y dan con fu alma en una foberbia intolerable. Los malos fe irritan, fe maldicen, y tal vez fe complacen con la abominacion ò las acufaciones de fus locuras. Un requiebro de un Adulador defvanece al mas humilde. Una advertencia de un bien intencionado encoleriza al menos rebelde. En todo hai peligro; es ciencia dificultofa la de alabar, y reprehender. Todos prefumen que la faben, y ninguno la eftudia; y es raro el que no la practica con fatisfaccion.

A los que leen dicen, que les puede fervir al efcarmiento, ò la imitacion la noticia de las virtudes, ò las atrocidades de los que con ellas fueron famofos en la vida. No niego algun provecho; pero tambien defcubro en fu lectura muchos daños, quando no lee fus acciones el anfia de imitar las unas, y la buena intencion de aborrecer las otras, fino el ocio impertinente, y la curiofidad mal empleada. Lo que yo fofpecho es, que fi efte eftilo produce algun interès, lo lleva folo el que efcribe: porque el muerto, y el lector pagan de contado, el uno con los hueffos que le defentierran, y el otro con fu dinero. Yo no me atreverè à culpar abfolutamente efta coftumbre, que ha fido loable entre las gentes; pero afirmo, que es peligrofo meterfe en vidas ajenas: y que es dificil defcribirlas fin laftimarlas. Son muchas las que eftàn llenas de nimiedades, ficciones, y mentiras. Rara vez las efcribe el defengaño, y la finceridad, fino es la adulacion, el interès, y la ignorancia. Lo mas feguro es, no defpertar à quien duerme. Defcanfen en paz los difuntos: los vivos vean como viven: y viva cada uno para sì, pues para sì folo muere quando muere.

Las

Las relaciones de los sucessos gloriosos, infelices, ò temerarios de infinitos vivientes, y difuntos, podràn ser utiles, importantes, y aun precisas. Sean enhorabuena para todos: pero à mi, por lado ninguno me viene bien, ni vivo, ni muerto, la memoria de mi vida: ni à los que la hayan de leer les conduce para nada el examen, ni la ciencia de mis extravagancias, y delirios. Ella es tal, que ni por mala, ni por buena, ni por justa, ni por ancha puede servir à las imitaciones, los odios, los cariños, ni las utilidades. Yo soi un mal hombre: pero mis diabluras, ò por comunes, ò por frequentes, ni me han hecho abominable, ni exquisitamente reprehensible. Peco como muchos, embofcado, y hundido, con miedo, y con verguenza de los que me atisban. Mirando à mi conciencia soi facineroso; mirando à los testigos soi regular, passadero, y tolerable. Soi pecador solapado, y delinquente obscuro, de modo que se sospeche, y no se jure. Tal qual vez soi bueno; pero no por esso dexo de ser malo. Muchos disparates de marca mayor, y desconciertos plenarios tengo hechos en esta vida; pero no tan unicos, que no los hayan executado otros infinitos antes que yo. Ellos se confunden, se disimulan, y passan entre los demàs. El uso plebeyo los conoce, los hace, y no los estraña ni en mi, ni en otro; porque todos somos unos, y con corta diferencia, tan malos los unos como los otros.

A mi parecer soi medianamente loco; algo libre, y un poco burlon; un mucho holgazan, un si es no es presumido, y un perdulario incorregible: porque siempre he conservado un aborrecimiento espantoso à los intereses, honras, aplausos, pretensiones, puestos, ceremonias, y zalamerias del mundo. La urgencia de mis necessidades, que han sido grandes, y repetidas, jamàs me pudo arrastrar à las Antesalas de los Poderosos: sus paredes siempre estuvieron quexosas de mi desvio, pero no de mi veneracion. Nunca he presentado un Memorial; ni me he hallado bueno para Corregidor, para Alcalde, para Cura, ni para otro oficio, por los que afanan otros tan indispuestos como yo. A este dexamiento (que en mi juicio es mal humor, ò filosophia) han llamado soberbia, y rusticidad mis enemigos: puede ser que lo sea; pero como soi Christiano, que yo no la distingo, ò la equivoco con otros desordenes. Unas veces me parece genio, y otras altaneria desvariada. Lo que asseguro es, que quando se me ofrece ser humilde, que es muchas veces al dia, siempre encuentro con las sumissiones, y con el menosprecio de mi mismo, sin el mas leve reparo, ni retiro de mi natural

orgullo. Sujeto con facilidad, y con alegria mis dictamenes, y sentimientos à qualquiera parecer. Me escondo de las porfiadas conferencias, que son frequentes en las conversaciones. Busco el assiento mas obscuro, y mas distante de los que presiden en ellas. Hablo poco, persuadido à que mis expressiones ni pueden entretener, ni enseñar. Finalmente, estoi en los concursos cobarde, callado, con miedo, y sospecha de mis palabras, y mis acciones. Si esto es genio, politica, negociacion, ò soberbia, apùrelo el que và leyendo, que yo no sè mas que confessarlo.

Sobre ninguna de las necedades, y delirios de mi libertad, pereza, y presumpcion se puede fundar ni una breve Xacara de las que para el regodèo de los picaros componen los Poetas tontos, y cantan los Ciegos en los cantones, y corrillos. Yo estoi bien seguro, que es una culpable majaderia poner en Chronica las sandeces de un sujeto tan vulgar, tan ruin, y tan desgraciado, que por extremo alguno puede servir à la complacencia, al exemplo, ni à la risa. El tiempo que se gasta en escribir, y en leer, no se entretiene, ni se aprovecha, que todo se malogra: y no obstante estas inutilidades, y perdiciones estoi determinado à escribir los desgraciados passages que han corrido por mi en todo lo que dexo atras de mi vida: Por lo mismo que ha tardado mi muerte, yà no puede tardar: y quiero antes de morirme, desvanecer con mis confessiones, y verdades los enredos, y las mentiras, que me han abultado los criticos, y los embusteros. La pobreza, la mocedad, lo desentonado de mi aprehension, lo ridiculo de mi estudio, mis Almanaques, mis Coplas, y mis enemigos me han hecho hombre de novela, un Estudianton extravagante, y un Escolar entre brujo, y Astròlogo, con visos de diablo, y perspectivas de hechicero. Los tontos, que pican en eruditos, me sacan, y me meten en sus conversaciones: y en los estrados, y las cocinas detras de un aforismo del Kalendrio me ingieren una ridicula quixotada, y me pegan un par de aventuras descomunales; y por mi desgracia, y por su gusto ando entre las gentes hecho un mamarracho, cubierto con el sayo que se les antoja, y con los parches, è hisopadas de sus negras noticias. Passo entre los que me conocen, y me ignoran, me abominan, y me saludan, por un Guzman de Alfarache, un Gregorio Guadaña, y un Lazaro de Tormes: y ni soi este, ni aquel, ni el otro; y por vida mia que se ha de saber quien soi. Yo quiero meterme en corro; y ya que qualquiera Monigote presumido se toma de mi murmuracion, mur-

mirèmos à medias, que yo lo puedo hacer con mas verdad, y con menos injusticia, y escandalo que todos. Sigase la conversacion, y crea despues el mundo à quien quisiere.

No me mueve à confessar en el publico mis verdaderas liviandades el deseo de sossegar los chismes, y las parlerias con que anda alborotado mi nombre, y foragida mi opinion: porque mi espiritu no se altera con el aire de las alabanzas, ni con el ruido de los vituperios. A todo el mundo le dexo garlar, y decidir sobre lo que sabe, o lo que ignora; sobre mi, ò sobre quien agarra al vuelo su voluntad, su rabia, ò su costumbre. Desde mui niño conocì, que de las gentes no se puede pretender, ni esperar mas justicia, ni mas misericordia, que la que no le haga falta à su amor proprio. En los empeños de poca, ò mucha consideracion cada uno sigue su comodidad, y sus idèas. Al que me alaba, no se lo agradezco; porque si me alaba, es porque le conviene à su modestia, ò su hipocresìa, y à ellas puede pedir las gracias que yo no debo darle. Al que me corrige, le oigo, y lo dexo descabezar: riome mucho de vèr como presume de Consejero mui repotente y gustoso con sus proprias satisfacciones. Asi me compongo con las gentes, y asi he podido llegar con mi vida hasta hoi sin especial congoja de mi espiritu, y sin mas trabajos que las indispensables corrupciones, y lamentos, que para el Rey, y el Labrador, el Pontifice, y el Sacristan tiene la naturaleza reposados en su misma fabrica, y vitalidad.

Dos son los especiales motivos, que me estàn instando à sacar mi Vida à la verguenza. El primero nace de un temor prudente, fundado en el hambre, y el atrevimiento de los Escritores agonizantes, y desfarrapados, que se gastan por la permission de Dios en este siglo Escriben de quanto entra, passa, y sale en este mundo, y el otro, sin reservar assumpto, ni persona; y temo que por la codicia de ganar quatro ochavos, salga algun tonto levantando nuevas maldiciones, y embustes à mi sangre, à mi flema, y à mi colera. Quiero adelantarme à su agonia, y hacerme el mal que pueda; que por la propria mano son mas tolerables los azotes. Y finalmente, si mi vida ha de valer dinero, mas vale que lo tome yo, que no otro; que mi vida hasta ahora es mia, y puedo hacer con ella los visages, y transformaciones, que me hagan al gusto, y à la comodidad: y ningun vergante me la ha de vender mientras yo viva; y para despues de muerto les queda el espantajo de esta Historia, para que no lleguen sus mentiras, y sus ficciones a picar en mis gusanos. Y estoi mui con-

contento de presumir, que bastarà la diligencia de esta escritura que hago en vida, para espantar, y aburrir de mi sepulcro los grajos, abejones, y moscardas, que sin duda llegarian à zumbarme la calavera, y roerme los huessos.

El segundo motivo que me provoca a poner patentes los disparatorios de mi vida es, para que de ellos coja noticias ciertas, y assumpto verdadero, el Orador que haya de predicar mis honras à los Doctores del reverente Claustro de mi Universidad. A mi opinion le tendrà cuenta, que se arreglen las alabanzas a mis confessiones; y a la del Predicador le convendrà no poco predicar verdades. Como he passado lo mas de mi vida sin pedir, ni pretender honores, rentas, ni otros interesses; tambien deseo, que en la muerte ninguno me ponga, ni me añada mas de lo que yo dexàre declarado que es mio. Materiales sobrados contiene este Papel para fabricar veinte Oraciones Funebres: y no harà demasiada galanterìa el Orador en partir con mi alma la propina, porque le doi hecho lo mas del trabajo. Acuerdese de la felicidad que se halla el que recoge junto, distinguido, y verdadero el assumpto de los Funerales: que es una desdicha vèr andar a la rastra (en muriendo uno de nosotros) al pobre Predicador mendigando virtudes, y estudiando ponderaciones, para sacar con algun lucimiento a su Difunto. Preguntan a unos, examinan à otros, y al cabo de uno, dos, ò mas años no rastrean otra cosa que ponderar del muerto, sino es la charidad; y esta la deduce, porque algun dia lo vieron dàr un ochavo de limosna. Empeñanse en canonizarlo, y hacerle Santo, aunque haya sido un Pedro Ponce, y es preciso que sea en fuerza de fingimientos, ponderaciones, y metaphysicas. A mi no me puede hacer bueno ninguno despues de muerto, si yo no lo he sido en mi vida. Las bondades que me apliquen tampoco me pueden hacer provecho. Lo que yo haga, y lo que yo trabaje, es lo que me ha de servir, aunque no me lo cacarcen. Ruego desde ahora al que me predique, que no pregunte por mas idèas, ni mas assumptos, que los que encuentre en este Papel. Soi hombre claro, y verdadero, y dirè de mi lo que sepa con la ingenuidad que acostumbro. Agarrese de la misericordia de Dios, y diga, que de su piedad presume mi salvacion: y no se meta en el verengenal de hacerme virtuoso, porque mas ha de escandalizar, que persuadir con su platica. Si mi Universidad puede suspender la costumbre de predicar nuestras honras, yo deseo que empiece por mi, y que me cambie à Missas, y Responsos el Sermon, el Tumulo, las

las candelillas, y los epitaphios. Gaste con otros sujetos mas dignos, y mas acreedores à las pompas su exageraciones, y el bullage de los sentimientos enjutos; que yo morirè mui agradecido sin la esperanza de mas honras, que las especiales que me tiene dadas en vida. Estos son los motivos que tengo para sacarla à luz de entre tantas tinieblas. Y antes de empezar commigo, trasplantarè à la vista de todos el rancio alcornoque de mi Alcurnia, para que se sepa de raìz, qual es mi tronco, mis ramos, y mis frutos.

ASCENDENCIA DE DON DIEGO de Torres.

SAlieron de la Ciudad de Soria, ni sè si arrojados de la pobreza ò de alguna travesura de mancebos, Francisco, y Roque de Torres, ambos hermanos de corta edad, y de sana, y apreciable estatura. Roque, que era el mas bronco, mas fornido y mas adelantado en dias, parò en Almeida de Sayago, en donde gastò sus fuerzas, y su vida en los penosos afanes de la Agricultura, y en los cansados entretenimientos de la Aldèa. Mantuvose soltero, y celibato; y el azadon, el arado, y una templada dieta, especialmente en el vino, à que se sujetò desde mozo, le alargaron la vida hasta una larga, fuerte, y apacible vejèz. Con los repuestos de sus miserables salarios, y alguna ayuda de los dueños de las tierras que cultivaba, comprò cien gallinas, y un borrico: y con este poderoso asiento, y crecido negocio, empezò la nueva carrera de su ancianidad. Siendo yà hombre de cinquenta y ocho años, metido en una chia, y revuelto en su gaban, se puso à Harriero de huevos, y trugiman de pollos acarreando esta mercadería al Corrillo de Salamanca, y à la plaza de Zamora. Era en estos puestos la diversion, y alegria de las gentes, y en especial de las mozas, y los compradores. Fue mui conocido, y estimado de los vecinos de estas dos Ciudades, y todos se alegraban de vèr entrar por sus puertas al Sayaguès: porque era un viejo desfaquerado, gracioso, sencillo, barato, y de buena condicion. Con la afabilidad de su trato, y la tarèa de este pobre comercio desquitaba las resistencias del azadon, y burlò los ardides, y tropelìas de la ociosidad, la vejèz, y la miseria. Viviò nóventa y dos años, y lo sacò de este mundo (segun las señas que dieron los de Sayago) un Colico

convulsivo. Dexò à su alma por heredera de su borrico, sus gallinas, sus zuecos, y gaban, que eran todos sus muebles, y raices: y hasta hoi que se me ha antojado à mi hacer esta memoria, nadie en el mundo se ha acordado de tal hombre.

Francisco, que era mas mozo, mas habil, y de humor mas violento, llegò à Salamanca, y despues de haver rodado todas las Porterias de los Conventos, assentò en casa de un Boticario: recibiòle para sacar agua del pozo, lavar peroles, machacar raìces, y arrullar a ratos un niño que tenia. Fuesse instruyendo insensiblemente en la patarata de los rotulos: entrometiòse en la golosina de los xaraves, y las conservas; y con este baño, y algunas unturas que se daba en los ratos ociosos con los Canones del Messue, saliò en pocos dias tan buen Gramatico, y famoso Pharmaceutico como los mas de este exercicio. Fue examinado, y aprobado por el reverendo Tribunal de la Medicina, y le dieron aquellos señores su Cedulòn, para que sin incurrir en pena alguna, hiciesse, y despachasse los unguentos, los ceros tes, los julepes, y las demàs porquerìas que encierran estos Oficiales en sus caxas, botes, y redomas. Muriò su amo pocos meses despues de su examen; y antes de cumplir el año de muerto, se casò, como era regular, con la Viuda; la que quedò moza; bien tratada; y con tienda abierta: y entre otros hijos tuvieron à Jacinto de Torres, que por la pinta fue mi legitimo Avuelo. Fue Francisco un buen hombre, mui assistente à su casa, retirado, y limosnero: muriò mozo, y creo piadosamente que goza de Dios.

Quedò mi Avuelo Jacinto en poder de su madre; y criòse como hijo de viuda libre, regalado, impertinente, y vicioso. La libertad de la crianza, y la violencia de su genio lo echaron de su casa; y despues de muchas correrìas, y estaciones parò en Flandes. Sirviò al Rey de poco; porque a los dos años del assiento de su plaza, que fue de Soldado raso, le embarò el movimiento de una pierna un carbunco que le saliò en una corva. Coxo, invalido, y sin sueldo se hallaba en Flandes; y acosado de la necessidad, discurriò en elegir un oficio para ganar la vida. Aprendiò el de Tapicero, y saliò en èl primoroso, y delicado, como lo juran varias obras suyas, que se mantienen hòi en Salamanca, y otras partes. Yà maestro, y hombre de treinta y quatro años, se volviò a su patria, assentò su rancho, y puso sus telares, su tabla a la puerta con las Armas Reales, y su rotulòn: *Del Rey nuestro Señor Tapicero*. Casò con Maria de Vargas, que fue mi Avuela, y vivieron muchos años con envidiable se-

serenidad, y moderada conveniencia: porque su oficio, su economia, y su paz les multiplicaba los bienes, y el trabajo. De este Matrimonio saliò Pedro de Torres mi buen Padre, Maria de Torres, y Joseph de Torres. Este muriò Carmelita Descalzo en Indias con opinion de escogido Religioso, y mi Padre en Salamanca, haviendo vivido del modo que dirè brevemente.

Mi Padre Pedro de Torres estaba estudiando la Gramatica Latina quando murieron mis Avuelos. Entraba en el Estudio con desabrimiento, como todos los muchachos: y luego que se viò libre, y sin obediencia, se deshizo de Antonio de Lebrixa, aburriò à su patria, y fue à parar à la Extremadura. Sirviò en Alcantara à un Caballero llamado Don Sancho de Arias y Paredes, de quien hai larga generacion, buena memoria, y loables noticias en aquel Reino. Tres años estuvo en su casa, sin otro cuidado que acompañar al Estudio a dos hijos de este Caballero. Aficionòse como niño à hacer lo que los otros; y al mismo tiempo que sus amos, se instruyò en los systemas Philosophicos de Aristoteles. Marchò à Madrid, no sè si voluntario, ò despedido: solo supe, que sus amos sintieron tiernamente su ausencia, porque le amaban como à hijo. Cansado de solicitar conveniencias ya para servir, ya para holgar, como hacen todos los que se hallan sin medios en la Corte, se puso al oficio de Librero. Aprendiòle brevemente, y volviò a Salamanca, en donde assentò su Tienda, que en aquel tiempo fue de las mas surtidas, y famosas. Casòse con Manuela de Villarroèl, y salimos de este matrimonio diez y ocho hermanos; y solo estamos hoi en el mundo mis dos hermanas Manuela, y Josepha de Torres, y yo, que todavia estoi medio vivo. El caudal, y el trabajo de mis Padres sostenia con templanza, y con limpieza la numerosa porcion de hijos que Dios les havia dado, hasta que por los años de setecientos y tres, se empezò a desmoronar la Tienda con las frequentes faltas, que mi Padre hacìa de su Amostrador, y sus Andenes. Fue la causa haverle nombrado por Procurador del Comun, y poner en su desvelo la Ciudad de Salamanca la assistencia de los Almacenes de polvora, armas, y otros pertrechos, y dexar solo a su cuidado los alojamientos de la Tropa, que por aquellas cercanìas transitaba à la guerra de Portugal. Acabòse de arruinar la Libreria con la duracion de los nuevos encargos, à que acudia mi honradissimo Padre: y el Real Consejo de Castilla, informado de la lealtad, zelo, promptitud, y desperdicio de bienes, y trabajo con que havia servido al Rey, mandò a la Ciu-

dad, que le diessen quatrocientos ducados annuales, y trescientos doblones, para que por una vez se reforzasse de sus pèrdidas. Con esta ayuda de costa viviamos estrechos, pero sin trampas, ni sensible miseria. Hechas las paces con Portugal, reformaron, con otros, el triste sueldo de mi Padre, y quedò pobre, viejo, y sin el recurso à sus Libros, y tarèas.

Era yo à esta sazon un mozote de diez y ocho años, que solo servia de estorvo, de escandalo, y de añadidura à la pobreza: y viendo que la extrema necessidad estaba yà à los umbrales de nuestras puertas, dexè la compañia de mis Padres, con la deliberacion de no permitir, que la miseria, y los desconsuelos se apoderassen de su cansada vida. La piedad de Dios premiò mis buenos deseos con la vista de sus alivios. Fue el caso que marchè à Madrid, y à pocos dias logrè amistad con Don Jacobo de Flon, Superintendente entonces de la Renta del Tabaco de la Corona: y la piedad de este Caballero me diò quatrocientos ducados con un titulo postizo de Visitador de los Estancos de Salamanca, para que mi Padre comiesse sin las zozobras en que yo le dexè amenazado. Pude agregar à este annual socorro la Administracion de los Estados de Acevedo del Excelentissimo Señor Conde de Miranda mi Señor; y con su producto, y los forzosos repuestos de mis tarèas logrò una feliz, y descansada vejez. Fue mi Padre hombre mui gracioso, de agradable trato, y de conversacion entretenida, y variamente docta. No salia de su Tienda comprado, ò vendido libro alguno antiguo, ò moderno, que no lo leyesse antes con cuidado è inteligencia. En la Historia fue famoso, y puntualissimo; y en las facultades Escolasticas entendia mas que lo que regularmente se presume de un lego con atencion à otros cuidados. Gozò de unos humores apacibles, un animo suave, sossegado, y continuamente festivo. Fue verdadero en sus tratos, humilde en sus obras, y palabras; y pacifico, y conforme en todas las adversidades. Muriò de sesenta y ocho años con ayuda de los Medicos, de una calentura ustiva, que declinò en unas parotidas, que ellos llaman Symptomaticas: y en todo el tiempo de su enfermedad mantuvo la alegria, y la gracia del genio; pues hasta la ultima hora no dexò las preciosas agudezas de su buen humor. Mi Madre Manuela de Villarroèl vive hoi, cargada con setenta y quatro años: pero la fortaleza de sus humores, y la robustèz del genio arrastran la pesadumbre de la edad sin penosa fatiga, ni desazon desesperada. La memoria se le ha hundido un poco; pero las demàs potencias las usa con promptitud,

Y,

y con deleite. Mi Madre fue hija de Francisco Villarroèl, y este sustentò una dilatada familia con una Tienda de lienzos, que tenia en la Plaza de Salamanca, unas Viñas, y una casa Bodega en el lugar de Villa-Mayor, que son las unicas raìces que conocì en toda mi generacion.

Yà he destapado los primeros entresijos de mi descendencia: no dudo que en registrando mas rincones, se encontrarà mas basura, y mas limpieza; pero ni lo mas sucio me darà bascas, ni lo mas relamido me harà saborear con gula reprehensible. Mis disgustos, y mis alegrias no estàn en el arbitrio de los que passaron, ni en las elecciones de los que viven. Mi afrenta, ò mi respecto estàn colgados solamente de mis obras, y de mis palabras: los que se murieron, nada me han dexado: à los que viven no les pido nada; y en mi fortuna, ò en mi desgracia no tienen parte, ni culpa los unos, ni los otros. Lo que asseguro es, que pongo lo mas humilde, y que he entresacado lo mas asqueroso de mi generacion, para que ningun soberbio presumido imagine, que me puede dàr que sentir en callarme, ò descubrirme los parientes. Algunos tendrian, ò estaràn ahora en empleos nobles, respectosos, y ricos; el que tenga noticia de ellos, callelos, ò descubralos, que à mi solo me importa retirarme de las persuasiones de la vanagloria, y de los engreimientos de la soberbia. Los hombres todos somos unos: à todos nos rodea una misma carne, nos cubren unos mismos elementos, nos alienta una misma alma, nos afligen unas mismas enfermedades, nos assaltan unos mismos apetitos, y nos arranca del mundo la muerte. Aun en las aprehensiones, que producen nuestra locura, no nos diferenciamos quasi nada. El paño que me cubre es un poco mas gordo de hiladura que el que engalana al Principe; pero ni à èl le desfigura de hombre lo delgado, ni lo libra de achaques lo pulido; ni à mi me descarta del gremio de la racionalidad lo burdo del estambre. Nuestra raza no es mas que una: todos nos derivamos de Adàn. El arbol mas copetudo tiene muchos pedazos en las Zapaterìas, algunos zoquetes en las cardas; y muchos estillones y mendrugos en las horcas, y los tablados, y al rebès; el tronco mas rudo tiene muchas estatuas en los thronos, algunos Oraculos en los Tribunales y muchas Imagenes en los Templos. Yo tengo de todo, y en todas partes, como todos los demàs hombres: y tengo el consuelo, y la vanidad, de que no siendo Hidalgo, ni Caballero, sino Villanchon redondo, segun se reconoce por los quatro costados que he descosido al sayo de mi Alcurnia, hasta

ahora ni me ha desamparado la estimacion, ni me ha hecho dengues, ni gestos la honra, ni me han escupido a la cara, ni al nacimiento los que reparten en el mundo los honores, las abundancias, y las fortunas. Otros con tan malos, y peores Avuelos como los que me han tocado, viven triumphantes, poderosos, y temidos; y muchos de los que tienen sus raices en los thronos, andan infames, pobres, y despreciados. Lo que aprovecha es, tener buenas costumbres, que estas valen mas que los buenos parientes; y el vulgo, aunque es indomito, hace justicia a lo que tiene delante. Los Avuelos ricos suelen valer mas que los nobles; pero ni de unos, ni otros necessita el que se acostumbra à honrados pensamientos, y virtuosas hazañas. Un Christiano viejo, sano, robusto, lego, y de buen humor es el que debe desear para Avuelo el hombre desengañado de estas fantasmas de la soberbia: que sea Procurador, agugetero, ò boticario, todo es droga. Yo finalmente, estoi mui contento con el mio, y he sido tan dichoso con mis picaros parientes, que a la hora que esto escribo a ninguno han ahorcado, ni azotado, ni han advertido los rigores de la justicia de modo alguno, la obediencia al Rey, a la Ley, y a las buenas costumbres. Todos hemos sido hombres ruines pero hombres de bien, y hemos ganado la vida con oficios decentes, limpios de hurtos, petardos, y picardias. Esta descendencia me ha dado Dios, y esta es la que me conviene, y me importa. Y yà que he dicho de donde vengo, voi a decir lo que ha permitido Dios que sea.

NACIMIENTO, CRIANZA, Y ESCUELA de Don Diego de Torres: y sucessos hasta los primeros diez años de su vida, que es el primer Trozo de su vulgarissima Historia.

YO nacì entre las cortaduras del papel, y los rollos del pergamino, en una casa breve del barrio de los Libreros de la Ciudad de Salamanca: y renacì por la misericordia de Dios en el sagrado Baptismo, en la Parroquia de San Isidoro, y San Pelayo, en donde consta este caracter, que es toda mi vanidad, mi consuelo, y mi esperanza. La retayla del Abolorio, que dexamos atràs, està baptizada tambien en las Iglesias de esta Ciudad, unos en San Martin, otros en San Christoval, y otros en la Iglesia Cathedral: me

menos los dos hermanos Roque, y Francisco, que son los que trasplantaron la casta. Los Villarroeles, que es la derivacion de mi Madre, tambien tiene de trescientos años à esta parte assentada su raza en esta Ciudad: y en los libros de baptizados, muertos, y casados se encontraràn sus nombres, y exercicios. Crième como todos los niños con teta, y moco, lagrimas, y caca, besos, y papilla. No tuvo mi Madre en mi preñado, ni en mi nacimiento antojos, revelaciones, sueños, ni señales de que yo havia de ser Astrologo, ò Sastre, santo, ò diablo. Passò sus meses sin los assombros, ò las pataratas que nos cuentan de otros nacidos; y yo salì del mismo modo naturalmente, sin mas testimonios, mas prognosticos, ni mas señales, y significaciones, que las comunes porquerias en que todos nacemos arrebujados, y sumidos. Ensuciando pañales, faldas, y talegos, llorando a chorros, gimiendo a pausas, hecho el hazme reir de las viejas de la vecindad, y el embelesamiento de mis Padres, fuì passando hasta que llegò el tiempo de la Escuela y los sabañones. Mi Madre cuenta todavia algunas niñadas de aquel tiempo; si dixe este desproposito, ò la otra gracia; si tirè piedras; si embadurnè el baquero; el papa, caca, y las demàs sencilleces que refieren todas las madres de sus hijos: pero siendo en ellas amor disculpable, prueba de memoria y vejèz referirlas, en mi serà necedad, y molestia declararlas. Quedemos en que fuì como todos los niños del mundo, puerco, y llorôn; a ratos gracioso, y a veces terrible: y estàn dichas todas las travesuras, donaires, y gracias de mi niñez.

A los cinco años me pusieron mis padres la Cartilla en la mano; y con ella me clavaron en el corazon el miedo al Maestro, el horror a la Escuela, el susto continuado a los azotes, y las demàs angustias, que la buena crianza tiene establecidas contra los inocentes muchachos. Paguè con las nalgas el saber leer, y con muchos sopapos, y palmetas el saber escribir: y en este Argel estuve hasta los diez años, haviendo padecido cinco en el captiverio de Pedro Ricò, que assi se llamaba el Comitre que me retuvo en su galera. Ni los halagos del Maestro, ni las amenazas, ni los castigos, ni la costumbre de ir, y volver de la Escuela pudieron engendrar en mi espiritu la mas leve aficion a las letras, y las planas. No nacia este rebelion de aquel comun alivio que sienten los muchachos con el ocio, la libertad, y el esparcimiento; sino de un natural horror a estos trastos, de un apetito proprio a otras niñerìas mas ocasionadas, y mas dulces à los primeros años. El trompo, el regilete, y la matraca eran

los idolos, y los deleites de mi puerilidad: quanto mas crecia el cuerpo, y el uso de la razon, mas aborrecia este linage de trabajo. Asseguro, que haviendo sido mi nacimiento, mi crianza, y toda la ocupacion de mi vida entre los libros, jamàs tomè alguno en la mano, deseoso del entretenimiento, y la enseñanza que me podian comunicar sus hojas. El miedo al ocio, la necessidad, y la obediencia à mis Padres me metieron en el Estudio; y sin saber lo que me sucedia, me hallè en el gremio de los Escolares, rodeado del vade, y la sotana. Quando niño, la ignorancia me apartò de la comunicacion de las lecciones: quando mozo, los passeos, y las altanerìas no me dexaron pensar en sus utilidades: y quando me sentì barbado, me desconsolò mucho la variedad de sentimientos, la turbulencia de opiniones, y la consideracion de los fines de sus Authores. A los libros ancianos aun les cōservaba algun respecto; pero despues que vì, que los libros se forjaban en unas cabezas tan achacosas como la mia, acabaron de posseer mi espiritu el desengaño, y el aborrecimiento. Los libros gordos, los magros, los chicos, y los grandes son unas alajas que entretienen, y sirven en el comercio de los hombres. El que los cree, vive dichoso, y entretenido: el que los trata mucho, està mui cerca de ser loco: el que no los usa, es del tòdo necio. Todos estàn hechos por hombres, y precisamente han de ser defectuosos, y obscuros como el hombre. Unos los hacen por vanidad, otros por codicia, otros por la solicitud de los aplausos, y es rarissimo el que para el bien publico se escribe. Yo soi Author de doce libros, y todos los he escrito con el ansia de ganar dinero para mantenerme. Esto nadie lo quiere confessar; pero atisbemos à todos los hypocritas, melancolicos, embusteros, que suelen decir en sus Prologos, que por el servicio de Dios, el bien del Proximo, y redempcion de las almas dàn à luz aquella Obra; y se hallarà, que ninguno nos la dà de valde, y que empieza el petardo desde la Dedicatoria; y que se espiritan de corage contra los que no se la alaban, è introducen. Muchos libros hai buenos, muchos malos, è infinitos inutiles. Los buenos son los que dirigen las almas à la salvacion por medio de los preceptos de enfrenar nuestros vicios, y passiones. Los malos son los que se llevan el tiempo sin la enseñanza, ni los avisos de esta utilidad: y los inutiles son los mas de todas las que se llaman Facultades. Para instruirse en el idioma de la Medicina, y comer sus Aphorismos, basta un Curso qualquiera, y passan de doce mil los que hai impressos, sin mas novedad que repetirse,

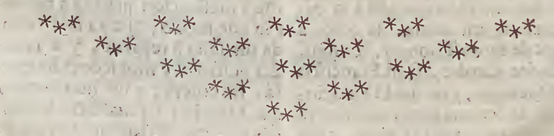
trasladarse, y maldecirse los unos à los otros, y lo mismo sucede entre los Oficiales, y Maestros que parlan, y practican las demàs Ciencias. Yo confiesso, que para mi perdieron el credito, y la estimacion los libros, despues que vì que se vendian, y apreciaban los mios, siendo hechuras de un hombre loco, absolutamente ignorante, y relleno de desvarìos, y estrañas inquietudes. La lastima es, y la verdad, que hai muchos Authores tan parecidos à mi, que solo se diferencian del semblante de mis locuras, en un poco de moderacion afectada: pero en quanto à necios, vanos, y defectuosos, no nos quitàmos pinta. Finalmente la natural ojeriza, el desengaño ajeno, y el conocimiento proprio me tienen dias ha desocupado, y fugitivo de su conversacion: de modo, que no havia cumplido los treinta y quatro años de mi edad, quando derreneguè de todos sus cuerpos: y una mañana que amaneciò con mas furia en mi cerebro esta especie de delirio, reparti entre mis amigos, y contrarios mi corta Libreria; y solo dexè sobre la mesa, y sobre un sillon que està à la cabecera de mi cama, la tercera Parte de Santo Thomàs, Kempis, el Padre Croset, Don Francisco de Quevedo, y tal qual Devocionario de los que aprovechan para la felicidad de toda la vida, y me pueden servir en la ventura de la ultima hora.

En los ultimos años de la Escuela, quando estaba yo aprendiendo las formaciones, y valor de los guarismos, empezaron à hervir à borbotones las travesuras del temperamento, y de la sangre. Hice algunas picardiguelas reparables en aquella corta edad. Fueron todas nacidas de falta de amor à mis iguales, y de temor, y respecto à mis mayores. Creo que en estas ossadias no tuvieron toda la culpa la simplicidad, la destemplanza de los humores, ni la natural inquietud de la niñez; tuvo la principal accion en mis revoltosas travesuras la necedad de un barbaro Oficial de un Texedor vecino à la casa de mis Padres: porque este bruto (era Gallego) diò en decirme que yo era el mas guapo, y el mas valiente entre todos los niños de la barriada; y me ponia en la ocasion de reñir con todos, y aun me llevaba à pelear à otras Parroquias. Azuzabame como à los perros contra los otros muchachos, yà iguales, yà mayores, ò ya mas pequeños; y lo que logrò este salvage fue llenarme de chichones la cabeza, andar puerco, y roto, y con una mala inclinacion pegada à mi genio; de modo, que yà sin su ayuda me salìa à repartir, y à recoger puñadas, y mogicones sin causa, sin colera, y sin mas destino que exercitar las malditas lecciones que me diò su brutal entretenimiento. Esta inculpable des-

com-

compostura puso à mis Padres en algun cuidado, y a mi en un trabajo riguroso; porque assi su obligacion, como el cariño de los parientes, y los vecinos, que amaban antes mis sencilleces, procuraron sossegar mis malas mañas con las oportunas advertencias de muchos sopapos, y azotes, que añadidos à los que yo me ganaba en las pendencias, componian una pesadumbre yà casi insufrible à mis tiernos, y dèbiles lomos. Esta aspereza, y la mudanza del salvage del Texedor, que se fue à su paìs, y sobre toda la verguenza que me producia el mote de *Piel del Diablo*, con que ya me vexaban todos los Parroquianos, y vecinos, moderaron del todo mis travesuras, y volvì sin especial sentimiento à juntarme con mi innocente apacibilidad.

Salì de la Escuela, leyendo, sin saber lo que leìa, formando caractères claros, y gordos; pero sin forma, ni hermosura; instruìdo en las cinco reglillas de sumar, restar, multiplicar, partir, y medio partir; y finalmente, bien alicionado en la Doctrina Christiana; porque repetia todo el Cathecismo sin errar letra, que es quanto se le puede agradecer a un muchacho, y quanto se le puede pedir à una edad, en la que sola la memoria tiene mas discernimiento, y mas ocasiones, que las demàs potencias. Con estos principios y yà emmendado de mis travesurillas, passè à los generales de la Gramatica Latina en el Colegio de Trilingue, en donde empecè à trompicar Nominativos, y Verbos, con mas miedo que aplicacion. Los provechos, los daños, los sentimientos, y las fortunas que me siguieron en este tiempo, los dirè en el segundo Trozo de mi vida, pues aqui acabaron mis diez años primeros, sin haver padecido en esta estacion mas incomodidades, que las que son comunes a todos los muchachos. Salì gracias à Dios, de las viruelas, el sarampion, las postillas, y otras plagas de la edad, sin lesion reprehensible en mis miembros. Entrè crecido, fuerte, robusto, gordo, y felizmente sano en la nueva fatiga: la que seguì, y finalicè, como verà el que quiera leer, ù oir.



TRO-

TROZO SEGUNDO DE LA VIDA de Don Diego de Torres. Empieza desde los diez años hasta los veinte.

DOn Juan Gonzalez de Dios, hoi Doctor en Philosophia, y Cathedratico de Letras humanas en la Universidad de Salamanca, hombre primoroso, y delicadamente sabio en la Grammatica Latina, Griega, y Castellana, y entretenido con admiracion, y provecho en la dilatada amenidad de las buenas letras, fue mi primer Maestro, y Conductor en los preceptos de Antonio de Lebrixa. Es Don Juan de Dios un hombre silencioso, mortificado, ceñudo de semblante, extatico de movimientos, retirado de la multitud, sentencioso, y parco en las palabras, rigido, y escrupulosamente reparado en las acciones; y con estas modales, y las que tuvo en la enseñanza de sus Discipulos, fue un venerable, temido, y prodigioso Maestro. Para que aprovechasse sin desperdicios el tiempo, me entregaron totalmente mis Padres à su cuidado, poniendome en el pupilage virtuoso, esparcido, y abundante de su casa. Poco aficionado, y felizmente medroso cumplia con las tarèas del estudio, y los demàs exercicios que tenia impuestos la prudencia del Maestro, para hacer dichosos, y aprovechados à los Pupilos. Procuraba poner en la memoria las leciones que me señalaba su experiencia, con bastante trabajo, y porfia; porque mi memoria era tarda, rebelde, y sin disposicion para retener las voces. El temor à su aspecto, y à la liberalidad del castigo vencia en mi temperamento esta pereza, ò natural aversion, que siempre estuvo permanente en mi espiritu à esta casta de entretenimientos, ò trabajos. La alegria, el orgullo, y el bullicio de la edad, me los tenia ahogados en el cuerpo su continua presencia. Interiormente hallaba yo en mì muchas disposiciones para ser malo, revoltoso, y atrevido; pero el miedo me tuvo disimuladas, y sumidas las inclinaciones. La rigidèz y la opresion importa mucho en la primera crianza: el gesto del Preceptor à todas horas sobre los muchachos, les detiene las travesuras, les apaga los vicios, les sofoca las inconsideraciones, y modera aun las inculpables altanerìas de la edad. A la vista del Maestro ningun muchacho es malo, ninguno perezoso, todos se animan à pa-

recer aplicados, y liberales; y la repeticion, y el vencimiento les va trocando las inclinaciones, y haciendo que tomen el gusto à las virtudes. Regañando interiormente, lleno de hastìo, y disimulando la inapetencia à los estudios, y à la doctrina, traguè tres años las lecciones, los consejos, y los avisos; y à pesar de mis achaques salì bueno de costumbres, y medianamente robusto en el conocimento de la Grammatica Latina. De muchos niños se cuenta, q̃ estudiaron esta Grammatica en seis meses, y en menos tiempo. Yo doi gracias à Dios por la crianza de tan possibles penetraciones; pero creo lo que me parece. Lo que asseguro, es, que en mi compañia cursaban quatrocientos muchachos las Aulas de Trilingue, y à todos nos tocò ser tan rudos, que el mas ingenioso se detuvo el mismo tiempo que yo; y otros permanecieron por muchos dias. Es verdad que estos adelantamientos, y milagros se los he oìdo referir à sus padres; y como estos son partes tan apassionadas de sus hijos, se puede dudar de sus ponderaciones. Adelanta poco un niño en saber la Grammatica de corta edad; es gracia que sirve para el entretenimiento; pero es mui poca la disposicion que adquiere para la inteligencia de las facultades superiores. No pierde tiempo el que gasta tres, ò quatro años entre los Horacios, los Virgilios, los Valerios, y los Ovidios: entre tanto crece la razon, se dilata el conocimiento, se madura el juicio, se reposa el ingenio, y se preparan sin violencia el deseo, la atencion, y la porfia para vencer las dificultades. Mas allà del uso de la razon ha de passar el que toma la tarea de los Estudios. El silogizar no es para niños. Nada malogra el que se detiene hasta los quince, ò diez y seis años entretenido en las construcciones de los Poetas. Hasta aqui hablo con los que han de seguir los Estudios para oficio, y para ganancia. Los que no han de comer de las facultades, en qualquiera tiempo, edad, y ocasion que las soliciten, caminan con ventura: porque es todo adelantamiento quanto emprenden, gracia quanto saben, y virtud quanto trabajan.

Salì del pupilage detenido, docil, cuidadoso, y poco castigado, porque vivì con temor, y reverẽcia al Maestro. Gracias à Dios, no mostrè entonces mas inquietudes, que tal qual fervor de los que se perdonan con facilidad à la niñez. Fuì bueno, porque no me dexaron ser malo; no fue virtud, fue fuerza. En todas las edades necessitamos de las correcciones, y los castigos; pero en la primera son indispensables los rigores. Una de las mas felices diligencias de la buena crianza, es,

cóger à los muchachos un Maeſtro grave, devoto, y diſcreto, à quien teman, è imiten. Muchos mozos hai malos, porque no tienen à quien temer; y muchos viejos delinquentes, porque eſtàn fuera de la juriſdicion de los azotes. El Maeſtro, y la zurriaga debian durar haſta el ſepulchro, que haſta el ſepulchro ſomos malos; y de otro modo no ſe puede hacer bondad con el mas bien acondicionado de los hombres. Los años, la prudencia, la honra, y la dignidad ſon maeſtros mui apacibles, mui deſcuidados, y mui parciales de nueſtros antojos, y apetitos; el zurriago es el maeſtro mas reſpetoſo, y mas ſevero, porque no ſabe adular, y ſolo ſabe corregir, y detener. Muriò pocos años ha el Maeſtro de mis primeras letras, y lo temì haſta la muerte: hoi vive el que me inſtruyò en la Grammatica y aùn lo temo mas que à las brujas, los hechizos, las apariciones de los difuntos, los ladrones, y los pedigueños; porque imagino que aun me puede azotar: eſtremecido eſtoi en ſu preſencia, y à ſu viſta no me atreverè à ſubir la voz à mas tono que el regular, y moderado. Ello parece diſparate proferir, que ſe hayan de criar los viejos con azotes como los niños; pero es diſparate apoyado en la inconſtancia, ſoberbia, rebeldia, y amor proprio nueſtro, que no nos dexa haſta la muerte. Ahora me eſtoi acordando de muchos ſugetos, que ſi los huvieran azotado bien de mozos, y los azotàran de viejos, no ſerìan tan voluntarioſos, y malvados como ſon. En todas edades ſomos niños, y ſomos viejos, mirando à lo antojadizo de las paſsiones: en todo tiempo vivimos con inclinacion à las libertades, y à los deleites foragidos, y valen poco para detener ſu furia las correcciones, ni las advertencias. El palo, y el azote tienen mas buena gente, que los conſejos, y los agaſſajos: finalmente en todas edades ſomos locos, y el loco por la pena es cuerdo.

Paſsè deſde mi pupilage al Colegio de Trilingue, en donde me viſtieron una Veca, que alcanzò mi Padre de la Univerſidad de Salamanca. Fui examinado, como es coſtumbre, en el Clauſtro de Diputados de aquella Univerſidad; y ſegun la cuenta, ò me ſuplieron como à niño, ò correſpondì à ſatisfaccion de los Examinadores, porque no me faltò voto. Empecè la tarèa de los que llaman Eſtudios mayores, y la vida de Colegial, à los trece años, bien deſcontento, y enojado, porque yo queria detenerme mas tiempo con el trompo, y la matraca, pareciendome, que era mui temprano para meterme à hombre, y encerrarme en la melancolìa de aquel Caſaron. Eſtaba de Rector del Colegio en la co-

yuntura de mi entrada un Clerigo virtuoso, y de vida irreprehensible; pero ya viejo, enfermo, y aburrido de lidar con los jovenes que se crian encerrados en aquella Casa. Sus achaques, la vejèz, y los anteriores trabajos lo tenian sujeto à la cama muchas horas de el dia, y muchos meses del año: y con esta seguridad, y el exemplo de otros Colegiales amigos del ocio, la pereza, y las diversiones inutiles, iba insensiblemente perdiendo la innocencia, y amontonando una poblacion de vicios, y desordenes en el alma. Hallème sin Guardian, sin Zelador, y sin Maestro, y empezò mi espiritu à desarrebugar las locuras del humor, y las inconsideraciones de la edad con increible desuello, è insolencia. El gusto de mis Padres, y el apoyo del ClerigoRector me destinaron para que estudiasse la Philosophia; y señalandome el Maestro à quiẽ havia de oìr, que fue el Padre Pedro Portocarrero, de la Cōpañia de Jesvs, comencè esta carrera descuidado, y menos medroso, porque ya me consideraba libre de los castigos, dueño de mi voluntad, y señor absoluto de mis acciones, y disparates. Acudia tarde, è ignorante à las Conferencias: miraba sin atencion las lecciones: retozaba, y reñia con mis Condiscipulos (no obstante las reverencias de la Veca colorada) metìme à bufon, y desvengozado con los Nuevos, y professè de truhan, descocado, y decidor con todos, sin reservar las gravedades de el Maestro. Seguia en el Aula à pesar de las correcciones, avisos, y asperezas del Lector, este genero de alegrias peligrosas, y en el Colegio continuaba con mis compañeros otros desordenes, y libertades, que bastaron para hacerme holgazan, y perdulario.

Huyendo muchos dias de la Aula, y no estudiando ninguno, lleguè arrastrando hasta las ultimas Questiones de la Logica. Viendo el Lector que perdia el tiempo, y que no me emmendaban los consejos, ni me contenian las correcciones, ni las amenazas, citò una tarde à mi Padre, y al Rector del Colegio, para arguirme, avergonzarme, y reprehenderme en su presencia. Yo tuve noticia de esta prevencion por un Condiscipulo; y antes que llegassen à cogerme en la junta, rompì delante de el Lector los Cartapacios que le havia mal escrito, y le dixe con ossada deliberacion, que no queria estudiar. Apretòme en respuesta unas quãtas manotadas, y mandò que me agarrassen los demàs muchachos, los que me tuvieron asido, hasta que llegaron el Rector, y mi Padre. Metieronme à empujones en un apartamiento de la Sacristia, que llaman la Trastera, y allì me hicieron los cargos, y las datas.

Acon-

Aconsejabanme à cozes, y advertianme à gritos: yo recogia de mala gana los unos, y los otros. Hice el sordo, el sufrido, y el enmmendado: y despues que salì de sus uñas hice tambien el proposito de no volver à la Aula; y como era malo lo cumplì puntualmente. Y estas han sido todas las Lecciones, los Actos, los Cursos, y los Exercicios que hice en la Universidad de Salamanca. Unos retazos Logicos mui mal vistos, fueron todos los adornos, y elementos de mis Estudios. Considere el que ha llegado hasta aqui leyendo, la materia de que se hacen los Doctores, y los hombres que escriben libros de moralidades, y doctrinas, y verà, que la necedad del vulgo, y la fortuna particular de cada uno tienen en su antojo la mayor parte de sus conveniencias, sus creditos, y sus exaltaciones. Yo sè de mi, que gozo un vulgar ingenio, desnudo de la enseñanza, la aplicacion, los libros, los Maestros, y de todo quanto debe concurrir à formar un hombre medianamente erudito: y me han cacareado las obras, y las palabras, à pesar de mis confessiones, mis rudezas, mis descuidos, y las continuas burlas, y desprecios con que las he satyrizado. Arrimè desde este sucesso la Logica, y cogì nuevo horror à las Ciencias, de modo que en cinco años no volvì à vèr libro alguno de los que se rompen en las Universidades. Las Novelas, las Comedias, y los Autores Romancistas me entretuvieron la ociosidad, y el retiro forzado; y estos me dexaron descuidadamente en la memoria el tal qual estilo, y expression Castellana con que me bandèo, para darme à entender en las conversaciones, los libros, y las correspondencias.

Hundido en el ocio, y la inquietud escandalosa, y sin haverme quedado con mas obligacion, que la de assistir à la Cathedra de Rhetorica, que era la Advocacion de mi Veca, proseguì en el Colegio, sufrido, y tolerado de la lastima, y del respeto de mis pobres Padres. En este Arte no adelãtè mas q̃ la libertad de poder salir de casa, y algun bien, que à mi salud le pudo dar el exercicio. Era el Cathedratico el Doctor Don Pedro de Samaniego de la Serna: los que conocieron à el Maestro, y han tratado al Discipulo, podràn discurrir, lo que èl me pudo enseñar, y yo aprender. Acuerdome que nos leìa à mi y à otros dos Colegiales por un libro Castellano; y este se le perdiò una mañana viniendo à Escuelas: puso varios Carteles ofreciendo buen hallazgo al que se lo volviesse. El Papel no pareciò; con que nos quedamos sin Arte, y sin Maestro, gastando la hora de la Cathedra en conversaciones, chanzas, y novedades inutiles,

les, y aun disparatadas. Los años me iban dando fuerza, robustèz, gusto, y atrevimiento para desear todo linage de enredos, diversiones, y disparates, y yo empecè con furia implacable à meterme en quantos desatinos, y despropositos rodèan à los pensamientos, y las inclinaciones de los muchachos. Aprendi à bailar, à jugar la espada, y la pelota, torear, hacer versos; y parè todo mi ingenio en discurrir diabluras, y enredos, para librarme de la reclusion, y las tarèas, en que se deben emplear los buenos Colegiales de aquella Casa. Abrìa puertas, falseaba llaves, hendia candados, y no se escapaba de mis manos pared, puerta, ni ventana, en donde no pusiesse las disposiciones de falsearla, romperla, ò escalarla. Era grave delito en mi tiempo, romper de noche la clausura, y tomar de dia la capa, y la gorra: y todas las noches, y los dias quebrantaba à rienda suelta estos preceptos. Mi quarto mas parecia garito de ladron, que aposento de Estudiante; porque en èl no havia mas que envoltorios de sogas, espadas de esgrima, martillos, barrenos, y estacones. Dì en hurtar al Rector, y Colegiales las frutas, los chorizos, y otros repuestos comestibles, que guardaban en la Despensa, y en sus quartos. Gracias à Dios que me contuve en ser ratero de estas golosinas, porque los deseos de enredar, reìr, y burlarme, eran desesperados; que fue providencia del Cielo no acabar en vicio execrable, lo que empezò por huelga tolerada. Las trazas, las idèas, y las invenciones de que yo usè para hacer estos hurtillos, y abrir las puertas para huìr de la sujecion, y la clausura, no las quiero declarar, porque el manifestarlas, mas serìa proponer vicios que imitassen los lectores incautos, que referir pueriles travesuras. Lo que puedo assegurar es, que en las Vidas de Dominico Cartuxo, Pedro Ponce, y otros ahorcados no se cuentan ardides, ni mañas tan extravagantes, ni tan risibles, como las que inventaba mi ociosidad, y mi malicia. En la memoria de mis coetaneos duran todavia muchos sucessos, que se recuerdan muchas veces en sus tertulias. El que los quisiere saber, acuda à sus noticias, que las relaciones passageras de una conversacion no dexa tan perniciosos deseos en los espiritus, como las que introducen las hojas de un impresso.

Acompañabanme à estas picardiguelas unos amigos forasteros, y un confidente de mi proprio paño, tan revoltosos, maniaticos, y atrevidos los unos como los otros. Callo sus nombres, porque ya estàn tan emmendados, q̃ unos se sacrificàran à ser Obispos, y otros à Consejeros de Castilla, y no les puede hacer buena sombra

la crianza que tuvieron conmigo treinta años ha. En todo quanto tenia aire de locura, desquaderno, y dissolucion ridicula, nos hallabamos siempre mui unidos, promptos, alegres, y conformes. Hicimos compañia con los Toreros; y amadrigados con esta buena gente, fuimos indefectibles alegradores en las novilladas, y torerìas que son frequentes en las Aldèas de Salamanca. Professè de Xacaro, y me hice al trage, al idioma, y à la usanza de la picaresca con tal conformidad, que mas parecia hijo de Pedro Arnedo, que de Pedro de Torres. Para todos los desconciertos de los que siguen tan licenciosa, y airada vida tuve disposiciones en mi genio, y en mi salud: y menos el vino (que hasta ahora no lo he probado) y el tabaco de hoja, todos los demàs vicios que componen un desvergonzado Guifero los miraba, y padecia en el ultimo grado de la dissolucion. Passaba en el desorden de los viages, y en el matadero muchos dias: y por la noche era el primer convidado à los bailes, los saraos, y las bodas de todas castas. Entretenia à los circunstantes con la variedad de muchas bufonadas, y tonterìas, que se dicen vulgarmente habilidades, y aventajaba en ellas à quantos concurrian en aquellos tiempos al reclamo de tales holgorios, y funciones. Disfrazabame treinta veces en una noche, ya de vieja, de borracho, de Amolador Francès, de Sastre, de Sacristàn, de Sopòn, y me revolvia en los primeros trapos que encontraba, que tuviessen alguna similitud à estas figuras. Representaba varios versos, que yo componia à este proposito, y remedaba con propriedad ridiculamente extraordinaria los modos, locuciones, y movimientos de estas, y otras risibles, y extravagantes piezas. Tenìa bolsa de Titiritero, y jugaba con promptitud, y disimulado las pelotillas, los cubiletes, y los demàs trastos de embobar los concursos. Acompañaba con la guitarra un gran caudal de tonadillas graciosas, y singulares, y danzaba con ligereza, y con aire toda la Escuela Española, ya con la castañeta, ya con la guitarra, ya con la espada, y el broquèl, dando sobre estos trastos variedad, y multitud de vueltas, que no me pudo imitar ninguno de los mancebos que andaban entonces en la maroma de las locuras, deseosos de parecer bien con estas gracias, habilidades, ò desenfados. Finalmente, yo olvidè la Grammatica, las Sumulas, los miserables elementos de la Logica, que aprendì à trompicones, mucho de la Doctrina Christiana, y todo el pudor, y encogimiento de mi crianza, pero salì gran danzante, buen toreador, mediano musico, y refinado, y atrevido truhan.

Re-

Revuelto en estas malas costumbres, y distracciones, gastè cinco años en el Colegio, y al fin de ellos volvì à la casa de mis Padres. Un mes poco mas estuve en ella mal contento con la sujecion, atemorizado del respeto, y escasamente corregido. Pero à pesar de los gritos que me daban mis Camaradas, y de los llamamientos de mis inclinaciones traviesas, vivia mas contenido, y retirado. Leìa por engañar al tiempo, y entretener la opresion, tal qual librillo de los que por inutiles se havian quedado del remate, y desbarato de la Tienda de mis Padres: y especialmente me deleitò con embeleso indecible un Tratado de la Esphera del Padre Clavio que creo fue la primera noticia que havia llegado à mis oìdos de que havia Ciencias Mathematicas en el mundo. Algunas veces à hurtadillas de la vigilancia de mis Padres, y de mi obediencia, hice algunas salidas, y escapatorias, que se ordenaban à correr las cazuelas, y cubiletes de las Pastelerìas, à hurtar las copiosas Cenas de la Capilla de Santa Barbara, à introducirme con mis amigotes en las casas de qualquiera de los barrios extraviados donde sonaba el panderillo, ò la guitarra, y à hacer burlas, embelecos, y bufonadas con todo genero de gentes, y personas. Dede este tiempo tomaron tal miedo à estos hurtos, y tan soberbio temor à los palos, y pedradas que se levantaban entre hurtados, y ladrones, que los Graduados, y Ministros de la Universidad, por Acuerdo suyo, repartian las cenas à las tres de la tarde, quedandose solo con los huevos, el xigote, y la ensalada, para cumplir con la ceremonia, y el hambre de la noche. Omito el referir, y particularizar las trazas, y espantajos, de que nos valiamos para lograr las pressas, por no hacer mas prolixa esta Historia, y por no recordar con las relaciones, los sentimientos, y los enojos de muchos que hoi viven de los que padecieron tan pesadas burlas. Pareciale à mi espiritu, que eran pocas, y mui llenas de susto las libertades que se tomaba mi industria escandalosa, aprovechandose del sueño, el descuido, y las ocupaciones de mi Padre, y tratè en mi interior de entregarme à todas las anchuras, y correrias, à que continuamente estaba anhelando mi altanero apetito. Precipitado de mis imaginaciones, una tarde que salieron al campo mis Padres y Hermanas, y quedè yo en casa apoderado de los pocos ajuares de ella, tomè una camisa, el pan que pudo caber debaxo de el brazo izquierdo, y doce reales en calderilla, que estaban destinados para las prevenciones de el dia siguiente; y sin pensar en paradero, vereda, ni destino, me entre-

guè à la majaderìa de mis deseos, y à la necedad de la que llaman buena ventura; y una, y otra, acompañadas de la soltura de mis pies, me pusieron aquella noche en Calzada de Don Diego. Tomè possada en las gavillas de las Eras; tumbado entre las pajas, empece à sacar pellizcos à la provision que llevaba en la maleta de mi sobaco, y con el pan en la boca me agarrò un sueño apacible, y dilatado. Dormì hasta que el Sol me caldeò los hocicos con alguna aspereza, y despertè arrepentido de haver dexado la acomodada pobreza de la casa de mis Padres, por la cierta desgracia del que camina sin conocimiento, y sin dinero. Estuve un breve rato, mientras me sacudia de las pajas, lidiando contra las razones, y los aciertos de volverme: pero quedè vencido, ò del temor à las reprehensiones, que se me proponian, ò de los consejos de mi bribon apetito; y rompiendo por los trabajos, calamidades, y miserias que me pintò de repente la consideracion de mi cortedad, y poca industria para buscar la comida, me encaminè à Portugal, sin proponerseme descanso, parada, ni oficio à que me havia de poner.

Entrè por Almeida; y por el camino iba discurriendo parar en Braga, en donde residia un Paisano, en cuya franqueza ya libraba mi antojo el sustento, el ocio, y la diversion. Passada la *Ponte de Coba*, encontrè à un Hermitaño, que havia algunos años que rodaba por aquel pedazo de tierra, que llaman los Portugueses *detràs de os montes*; y oliendome este en la conversacion que emprehendimos, y en los humos de mi vagage, que yo iba, como suelen decir, à buscar la vida, me convidò con las solicitudes, y mañas que èl havia encontrado para sostener la suya. Propusome el descanso, quietud, libertad, y provechos de la Tablilla, la independencia de las gentes, y peligros del mundo; los interesses, y seguridades de la soledad, y el retiro; y sus ponderaciones, y unos trozos de pernil que se assomaban por las roturas de una alforja, que llevaba su borrico, me arrastraron à probar la vida de Santero. A ratos espoleando arena, y à veces subido sobre el burro caminaba yo con mi nuevo, y primero Amo hàcia las cuestas de Mundin, donde me dixo que tenia su habitacion, y no lexos de ella la Hermita que cuidaba. Era el Hermitaño un hombre devoto, de buen juicio, desengañado, discreto, humilde, de corazon arrogante, y liberal; y de un espiritu tan valiente, que nunca viò al miedo, ni entre la multitud, ni entre la soledad, ni entre las relaciones, ni los assombros. Fue en Barcelona Guarda Mayor, y Administrador de Rentas Reales,

y fue el hombre temido entre las asperezas de Cataluña por su valor, su cortesìa, y su buen modo. Retiraronlo de el bullicio del mundo las tyranìas de una ingratitud: y cuerdamente piadoso consigo, temiendo las continuaciones, y las cautelosas asechanzas que le havia empezado à poner la fortuna para derribarlo, se ocultò de sus rebeses en las olvidadas situaciones del despoblado. Libraba el sustento à los trabajos de su Demanda; y ganaba el pan con escasa fatiga, y dichosa recreacion. Los ratos que le sobraban despues de buscar el alimento, los lograba rezando, leyendo, y meditando con despejada ternura, devota, y atenta alegria. Veneraban le en todos los pueblos vecinos con honrados aprecios: y porque ademàs de no ser enfadoso como los regulares Demandantes, ni pedigueño importuno, sino un pobre, garvosissimo, y desinteressado, era cortesanamente apacible, y mui gracioso en la conversacion, la que seguia en qualquiera assumpto de los civiles, limpia de adulaciones, hypocresìas, embustes, y necias lisonjas. Estuvo aprovechando la vida algunos años este venerable hombre en la quietud de la soledad, hasta que lo sacò de ella una carestìa, y hambre comun en aquellos paises, à la que se siguiò la pestilencia, y la muerte de muchas personas, y ganados. Llegò à guarecerse à Salamanca, en donde tuve la honra, y el gusto de verle segunda vez, y èl el consuelo de encontrarme menos loco, mas acomodado, y viviendo con alguna honra en el pueblo donde nacì. Viendole viejo, fatigado è inutil para proseguir los afanes de la Demanda, le roguè, que se quedasse hasta morir en mi casa: y haviendo aceptado un breve rincon de ella para su retiro, lo llamò Dios à otro apartamiento mas conforme, mas santo, y mas oportuno para su costumbre, y devocion. Llamase este humildissimo hombre Don Juan de el Valle; vive hoï, y assiste en la Porterìa de San Cayetano de Salamanca, en donde sirve de exemplo, y alegria à quantos vèn su afable, y devoto rostro. Los Padres de este observantissimo Colegio le aman, conocen, y tratan con respecto cariñoso. Vive contentissimo, porque le dàn la comida, y el entierro. No ha querido recibir nunca dineros, ni mas alajas que alguna chupa, capa, ò calzones viejos, quando ha tenido gran necessidad de cubrirse. Yo le guardo un amor paternal, y una reverencia respectosa, sin atreverme à hacerle mas ruegos que los que le encargo de que me encomiende à Dios.

Llegamos à la Hermita; y sacando de un arcòn un sacò viejo, capilla, y alpargates, mandò que lo

lo trocasse por mi ropa, lo que hice promptamente, y la guardò en el mismo parage donde havia sacado los atavìos de Santero. Me encargò las obligaciones de atizar la lampara, barrer la Hermita, y cuidar del borrico: diòme un par de desengaños y muchos consejos, los que remitò con la saetilla de haz aquello que quisieras haver hecho quando mueras, y quedè un fantasma de Beato tan proprio, que me podia equivocar con el mas pagizo Padre del Yermo. Cobrè con su presencia el rubor, y la humildad que havian arrojado de mi corazon los malos exemplos, y mis cavilaciones. A su vista respiraba cobarde, confundido, y respectoso. Le amaba, y le temìa con especial inclinacion, y cuidado. Trabajaba con gusto, y deseaba darselo con todas mis operaciones, y trabajos. Los ratos que me dexaban libres la lampara, la escoba y el borrico, los entretenia leyendo varios libros devotos, que repassaba mui à menudo mi Padre Hermitaño. Y en estos oficios permanecì quatro meses, sin haverme disgustado ni los recuerdos de mis travesuras, ni la mudanza de mis libertades a estas solitarias opressiones. Agradable con mis correspondencias, y satisfecho de mi conducta, me enviaba a la recaudacion de las limosnas mensuales con que le socorrian algunas personas aficionadas a la Hermita, y al Hermitaño. Tratabame con mucho amor, y con total confianza; y ambos viviamos contentos, pagados, y dichosos; porque el trabajo no era mucho, la diversion bastante, la comida mas que moderada, y el descanso regular; porque la noche toda la passabamos en quietud, y suspension, sin mas fatiga que leer, ò rezar dos horas, y dormir seis, ò siete. Toda la reparacion de mi vida, y la cobranza de mis perdidos talentos havia encontrado en la presencia, en el trato, y exemplares acciones de este desengañado Varon, y todo me lo volviò a quitar mi desdicha, mi flaqueza, y mi poco juicio. Descuidòse en relinchar un poco mi juventud, en una ocasion que havian venido a visitar el Santuario unas familias Portuguesas, estando ausente mi Amo, y mi Maestro: y, medroso de que descubriesse la incontinencia de unas licenciosas, indiferentes, y equivocas palabras que le soltè à una muchachuela que venia en la tropa, tratè de huìr de la aspereza con que yà me presumia reñido de la cordura de mi Maestro, y castigado del terrible rigor con que me pintaba à su semblante mi conocimiento, mi delito, y su prudente quexa: y antes que se restituyesse à la Hermita, saquè mi ropa del arcòn donde estaba depositada; y dexando el

reverendo Saco, marchè accelerado con los temores de que no me encontraffe en el camino de Coimbra, adonde me prometian mis ignorancias, y antojos alegre paradero.

Sin el fufto del encuentro que temia, y fin haver padecido mas defcomodidades que las que por fuerza ha de paffar el que camina à pie, y fin dinero, lleguè à la celeberrima Univerfidad de Coimbra. Prefentè à mi perfona en los fitios mas acompañados del pueblo; y enfartandome en las converfaciones perfuadì en ellas que yo era Chimico, y mi primer Exercicio el de Maeftro de danzar en Caftilla. Contaba mil felicidades de mis aplicaciones, en una, y otra facultad. Mentìa à borbollones, y la diftancia de los fuceffos, y mi difimulo, y las buenas tragaderas de los que me oìan, hicieron creìbles, y recomendables mis embuftes. Confiado en las lecciones que havia tomado en Salamanca del Arte de danzar, y en unas Recetas defparramadas de un Medico Francès, que tenia en la memoria, me vendì por experimentado en uno, y otro Arte.

El anfia de vèr el hombre nuevo (que es general en todas gentes, y Naciones) me juntò alegres difcipulos, defefperados enfermos, y un millon de aclamaciones necias, hijas de la fencillèz, de la ignorancia, y de el atropellamiento de la novedad. Yo fembraba unturas, plantaba xaraves, ingerìa cerotes, y rociaba con toda el agua, y los azeites de mi recetario, à los chronicos, hypocondriacos, y otros enfermos impertinentes, raros, y quafi incurables. Recogia el mifmo fruto que los demàs Doctores fabios, afortunados, y eftudiofos, que era la propina, el credito, la eftimacion, el aplaufo, y todos los bienes, è incienfos que les dà la inocencia, y la efperanza de la fanidad. En orden à los fuceffos tuve mejor ventura, ò mas feguro modo para lograrlos favorables, que el Hypocrates; porque à efte, y quantos figuieron, y figuen fus aforifmos, y lecciones, fe les murieron muchos de los que curaban, otros falìan à puerto, y otros fe quedaban con los achaques: de mis emplaftrados, y ungidos, ninguno fe muriò, porque las Recetas no tenian virtud para fanar, ni para hacer daño: algunos fanaban con la providencia de la naturaleza, y à los mas fe les quedaba en el cuerpo el mal, y la medicina, y la aprehenfion les hacìa creer algun alivio. Fuì, no obftante mi necefsidad, mi arrojo, è ignorancia, un Empirico confiderado, y mas prudente que lo que fe podia efperar de mi cabeza, y mis pocos años; porque no me metì con enfermo alguno de los agudos, ni tuve el atrevimiento de adminiftrar pur-

gan-

gantes, ni abonar, ni maldecir las sangrias. Bien penetraba mi poca Philosophia lo peligroso de estos, y lo poco importante de mis apositos: y con esta seguridad, y conocimiento viviamos, todos mis dolientes con sus achaques, y yo con sus alabanzas, y dineros.

En la Danza tambien tuve que trabajar; pero en esta con mas satisfaccion, y sin ningun peligro; porque era mas diestro en los compases, que los Medicos en sus curaciones, y vivia fuera de las congojas de que me capitulassen de necio en el exercicio. A pocos dias era ya la celebridad, y conversacion de los melancolicos, los desocupados, y noveleros. Y con sus solicitudes, y aprehensiones, arribè à juntar algunas monedas de oro, buenas camisas, y un par de vestidos, que me engalanaban, y prometian mi poco seso. La ridicula historia de unos indiscretos zelos de un destemplado Portuguès, cuya infame sospecha es digna de que se quede enterrada en el silencio, y el olvido, me obligò à dexar à Coimbra, y tomar seguridad en la Ciudad de Oporto, adonde me mantuve, gastando en figura de Caballero lo que havia ganado en ocho meses à hacer cabriolas con los pies, y las manos.

Aunque procuraba gastar el dinero con alguna dieta, llegò el caso de aniquilarse mi caudal, y de vèrme en la congoja de elegir nuevo camino para buscar la vida, con la que andaba de perdicion en perdicion. No discurrìa en vereda, en que no contemplasse mil estorvos, enfados, opresiones, y descomodidades; y pareciendome mas libre, y mas holgona la de Soldado, assentè Plaza en el Regimiēto de los Ultramarinos en la Compañia de D. Felix de Sousa. Pagaronme razonablemente la entrada; tomò un Sargento las señas de mi figura, con distincion bastante, y menudencia, y le dixe, que mi nombre era Gabrièl Gilberto: y con este fingimiento corrì la temporada que anduve vestido con la librea verde. El miedo à los palos, à las baquetas, al potro, y à los demàs castigos con que se reprehenden las faltas menudas en la Milicia, me hizo cumplir exactamente con las obligaciones de Soldado. Queriame mucho mi Capitan, y yo le pagaba el cariño con singular respecto, y prompta assistencia à quanto se le ofrecia. Trece meses estuve bastantemente gustoso en este exercicio, y me parece que huviera continuado esta honrada carrera, si no me huvieran arrancado del camino las persuasiones de unos Toreros hijos de Salamanca, que passaron à Lisboa à torear en unas Fiestas Reales, que se hicieron en aquella Corte. Facilitaron los medios de la desercion, disfrazandome con la Xaquetilla, el sombrero à la cham-

ber-

berga, y los demàs arneses de la bribia: yo consentì; porque aunque vivia gustoso, deseaba vèr à mis Padres, y los muros de mi Patria. En el Convento de San Francisco de Lisboa me despojè del Uniforme; y vestido con las sobras de un Torero, llamado Manuel Phelipe, me enquadernè en la tropa; y juntos todos tomamos el camino de Castilla sin havernos sucedido acaso alguno, digno de ponerse en esta Relacion. Al Passo que me iba acercando à Salamanca, iba creciendo en mi corazon el miedo, y la verguenza, y otros embarazos que me dificultaban la entrada a la casa, y la vista de mis Padres. Nunca me resolvì a que me viessen con la gentecilla con quien venia incorporado; y fingiendo con mis camaradas que tenia precision de detenerme algunas semanas en Ciudad Rodrigo, me dexaron como a una legua distante de Valde la Mula, libre del riesgo que amenazaba a mi vida, si me mantuviera en las possessiones de Portugal. Entrè en Ciudad Rodrigo, y me volvì a la ropa de Estudiante, prestandome por entonces, en la confianza de que lo pagarian mis Padres, Don Juan de Montalvo, lo que era oportuno para ponerme delante de gentes de razon. Escribi a Salamanca a varios intercessores, para que templassen el justo enojo de mis Padres, y les persuadiessen lo desengañado que volvia de mis aventuras, y delirios; y el amor, la necessidad, y la consideracion de los peligros a que me volveria a arrojar, y los ruegos de los interlocutores, me facilitaron con suavidad, y con dulzura su cariño, y acogimiento. Recibieronme gustosos; yo me echè a sus pies avergonzado, y con propositos de no darles mas pesadumbres, y jurè nuevamente mi obediencia. Las raras gentes que tratè en las ridiculas aventuras de Chimico, Soldado, Santero, y Maestro de Danza, el crecimiento de los años, y la mayor edad de la razon, me pasmaron un poco el orgullo; de modo, que ya tomaba algun asco a las desenvolturas y libertades, que havia aprendido en la escuela de mi ociosidad, y en las maestrias de mis amigotes. Ya conocia yo que iban faltando de mi cerebro muchas de aquellas cavilaciones, y delirios, que me aguijoneaban a los disparates, y los despropositos. Desamparado pues mi seso de algunas turbaciones, y libre del mal exemplo de mis compatriotas (que ya faltaban todos de Salamanca) empecè una vida mas segura, y menos rodeada de enredos, bufonadas, y desverguenzas. No fui bueno: pero a ratos dissimulaba mis malicias. No dexè de ser muchacho; pero ya era un mozo mas tolerable, y menos aborrecido de las gentes de bue-

na crianza. Era atento, y cortesano exquisitamente con los mayores, y los iguales, y con esta diligencia, y la de mi serenidad fui ganando el cariño de los que antes me aborrecian con razon, y con extremo. Con estas disposiciones volvì de Portugal à mi Patria; las aventuras que fueron sucediendo à mi vida las verà el que leyere, ù oyere el tercer Trozo que se sigue.

TROZO TERCERO DE LA VIDA è historia de Don Diego de Torres: empieza desde los veinte años, poco mas, ò menos, hasta los treinta sobre meses menos, ò mas.

POR desarmar de las maldiciones, de los apodos, y las chufletas con que han acostumbrado morder los satyricos de estos tiempos a quantos ponen alguna obra en el publico; por encubrir con un desprecio fingido, y negociante mi entonada soberbia; por burlarme sin escrupulo, y con sossiego descansado de la enemistad de algunos envidiosos carcomidos; y por reirme finalmente de mì proprio, y de los que regañan por lo que no les toca, ni les tañe, pusè en mi cuerpo, y en mi espiritu las horribles tachas, y ridiculas deformidades que se pueden notar en varios Trozos de mis vulgarissimos impressos. Muchas torpezas, y monstruosidades estàn dichas con verdad, especialmente las que he declarado para manifestar el genio de mis humores, y potencias; pero las corcobas, los chichones, tiznes, mugres, y legañas que he plantado en mi figura, las mas son sobrepuestas, y mentirosas; porque me ha dado la piedad de Dios una estatura algo mas que mediana, una humanidad razonable, y una carne sòlida, magra, enjuta, colorada, y estendida con igualdad, y proporcion; la que podia haver mantenido fresca mas Veranos que los que espero vivir, si no la huvieran corrompido los pestilẽtes aires de mis locuras, y malas costumbres. Pues para que sea verdad quanto se vea en esta historia (que hoi tiene tantos testigos como vivientes) pondrè en este pedazo de mi Vida la verdadera facha antes de proseguir con las revelaciones de mis sucessos, acasos, y aventuras. Pintarème como aparezco hoi, para que el que lea rebaxe añada, y discurra como estaria a los veinte años de mi edad. Yo tengo dos varas, y siete dedos de persona; los miembros que la abultan, y componen, tienen

nen una symetrìa sin reprehensiõ: la piel de el rostro està llena, aunque ya me vàn assomãdo hàcia los lagrimales de los ojos algunas patas de gallo; no hai en èl colorido enfadoso, pecas, ni otros manchones desmayados. El cabello (à pesar de mis quarenta y seis años) todavia es rubio; alguna cana suele salir à acusarme lo viejo, pero yo las procuro echar fuera. Los ojos son azules, pequeños, y retirados hàcia el colodrillo. Las cejas, y la barba bien rebutidas de un pelambre alazàn, algo mas pagizo que el bermejo de la cabeza. La nariz es el solecismo mas reprehensible que tengo en mi rostro, porque es mui caudalosa, y abierta de faldones, remata sobre la mandibula superior en figura de coroza, apaga humos de Iglesia, rabadilla de pabo, ò cubilete titiritero; pero gracias a Dios no tiene trompicones, ni caballete, ni otras señales Pharisaicas. Los labios frescos, sin humedad exterior, partidos sin miseria, y rasgados con rectitud. Los dientes cabales, bien cultivados, estrechamente unidos, y libres de el sarro, el escorbuto, y otros asquerosos pegotes. El pie, la pierna, y la mano son correspondientes a la magnitud de mi cuerpo; este se và ya torciendo hàcia la tierra, y ha empezado a descubrir un semicirculo a los costillares, que los maldicientes llaman Corcoba. Soi todo junto un hombron alto, picante en seco, blancò, rubio, con mas catadura de Alemàn, que de Castellano, ò Estremeño. Para los bien hablados soi bien parecido; pero los marcadores de estaturas dicen que soi largo con demasìa, algo tartamudo de movimientos, y un si es no es derrengado de portante. Mirado à distancia parezco melancolico de phisonomìa, aturdido de facciones, y triste de guiñaduras; pero examinado en la conversacion, soi generalmente risueño, humilde, y afectuoso con los superiores, agradable, y entretenido con los inferiores, y un poco libre, y desvergonzado con los iguales. El vestido (que es parte essencialissima para la similitud de los retratos) es negro, y medianamente costoso; de manera, que ni pica en la profanidad escandalosa, ni se mete en la estrechèz de la hypocresìa puerca, y refinada. El paño primero de Segovia, alguna añadidura de tafetan en el verano, y tercio pelo en el invierno, han sido las frequentes telas con que he arropado mi desvaìdo corparchon. El corte de mi ropa es el que introduce la novedad, el que abraza el uso, y antojo de las gentes, y lo mas cierto el que quiere el sastre. Guardo en la figura de Abate Romano la ley de la reforma Clerical, menos en los actos de mis escuelas, que alli me aparezco con los demàs Catones embainado en el bonete, y la sotana,

que son los apatuscos de Doctor, las añadiduras de la ciencia, y la cobertera de la ignorancia. A diligencias de los criados voi limpio por de fuera, y con los melindres de mis hermanas por de dentro; porque à pesar de mi pereza, y mi descuido, me hacen remudar el camison todos los dias. Llevo à ratos todos los cascabeles, y campanillas que cuelgan de sus personas los galanes, los ricos, y los aficionados à su vanidad: Relox de oro con sus borlones, que van besando la ingle derecha, sortijòn de diamantes, caxa de irregular materia, con tabaco escogido, sombrero de Inglaterra, medias de Olanda, hevillas de Flandes, y otros generos, que por gritones, y raros publican la prolixidad, la locura, el antojo, el uso, y el asseo. Mezclado entre los Duques, y los Arcedianos, ninguno me distinguirà de ellos, ni le passarà por la imaginacion que soi Astrologo, ni que soi el Torres, que anda en essos libros siendo la irrision, y el moxarrilla de las gentes. He sido el espanto, y la incredulidad de los que buscan, y desean conocer mi figura; porque los mas pensaban encontrarse con un Escolar monstruoso, viejo, torcido, jorobado, cubierto de cerdones, rodeado de una piel de Camello, ò mal metido en alguna albarda, como habito proprio de mi brutalidad. Este soi en Dios, y en mi conciencia; y por esta copia, y la similitud que tiene me gesto con la cara del mamarracho, que se imprime en la primera hoja de mis Almanaques, me entresacarà el mas rudo, aunque me vea entre un millon de hijos de Madrid.

El genio, el natural, ò este duende invisible (llamese como quisieren) por cuyas burlas, acciones, y movimientos rastreamos algun poco de las almas, anda copiado con mas verdad en mis Papeles: ya porque cuidadosamente he declarado mis defectos, ya porque à hurtadillas de mi vigilancia se han salido arrebujados entre las expressiones, las bachillerìas, y las incontinencias, muchos pensamientos, y palabras que han descubierto las manìas de mi propension, y los delirios de mi voluntad. Desmembrado, y escasamente repartido se encuentra en algunas planas el cuerpo de mi espiritu; y para cumplir con el assumpto que me he tomado, juntarè en breves parrafos algunas señas de mi interior, para que me vea todo junto el que quisiere quedar informado de lo que soi por dentro, y por fuera. Tengo, como todos los hijos de Adàn, higado, bazo, corazon, tripas, hypocondrios, mesenterio, y toda la caterva de rincones, y escondrijos que assegura, y demuestra la docta Anathomìa. Estos son (segun asseguran los Philoso-

phos (naturales) los nidos, y las enozas donde se esconden, y retiran los apetitos revoltosos, los afectos inescrutables, y las passiones altaneras, y porfiadas. Dicen que habitan en estas interiores cavernas de la humanidad; y lo benigno, lo furioso, lo docil, y lo destemplado, lo arguyen de la disposicion, textura, qualidad, y temperamento de la parte. La pintura es galana, vistosa, y possible; pero yo no sè si es verdadera. Lo cierto es, que salga del higado, del bazo, ò del corazon; yo tengo ira, miedo, piedad, alegria, tristeza, codicia, largueza, furia, mansedumbre, y todos los buenos, y malos afectos, y loables y reprehensibles exercicios que se pueden encontrar en todos los hombres juntos, y separados. Yo he probado todos los vicios, y todas las virtudes, y en un mismo dia me siento con inclinacion à llorar, y à reir; à dar, y à retener; à holgar, y à padecer; y siempre ignoro la causa, y el impulso de estas contrariedades. A esta alternativa de movimientos contrarios he oìdo llamar locura; y si lo es, todos somos locos, grado mas, ò menos; porque en todos he advertido esta impensada, y repetida alteracion. A la mayor, ò menor altura de los afectos, y à la mas furiosa, ò sossegada expression de las passiones, llaman genio, natural, ò crianza la mayor parte de la comunidad de las gentes; y si el mio se ha de conocer por las mas repetidas exaltaciones de el animo, aqui las pondrè con la verdad que las examino, apartando por este breve rato el sonrojo, que se va viniendo à mi semblante.

Soi regularmente apacible, de trato sossegado, humilde con los superiores, afable con los pequeños, y las mas veces desahogado con los iguales. En las conversaciones hablo poco, quedo, y moderado, y nunca tuve valor para meterme à gracioso, aunque he sentido bullir en mi cabeza los equivocos, los apodos, y otras sales con que sazonan los mas politicos sus platicas. Hallome felizmente gostoso entre toda especie, sexo, y destino de personas; solo me enfadan los embusteros, los presumidos, y los porfiados; huyo de ellos, luego que los descubro, con que passo generalmente la vida dichosamente entretenido. Tal qual resentimiento padece el animo en las precisas concurrencias, donde son inescusables los pelmazos, los tontos, y otras mezclas de majaderos que se tropiezan en el concurso mas escogido: pero este es mal de muchos, y consuelo mio: sufro sus disparates con conformidad, y tolerancia, y me vengo de sus desatinos con la pena que presumo que les daràn mis desconciertos. Soi docil, y ma-

nejable en un grado vicioso, y reprehensible; porque hago, y concurro à quanto me mandan, sin examinar los peligros, ni las resultas infelices: pero bien lo he pagado, porque las congojas, y desazones que he padecido en este mundo, no me las han dado mis emulos, mis enemigos, ni la mala fortuna, sino es mi docilidad, y mi franqueza. Mi dinero, mis suplicas, mi representacion, tal qual es, mi casa, mis ajuares los he franquado à todos, sin exceptuar à mis desafectos. Lo mas de mi vida, ya en los passages de mis venturas, y ya en las avenidas de mis abatimientos, la he passado comiendo à costa ajena, huesped honrado, y querido en las primeras casas de el Reino: y pudiendo ser rico con estos ahorros, y las producciones de mis tarèas, siempre andan iguales los gastos, y las ganancias. He derramado entre mis amigos, parientes, enemigos, y petardistas mas de quarenta mil ducados, que me han puesto en casa mis afortunados disparates. En veinte años de Escritor he percebido à mas de dos mil ducados cada año, y todo lo he repartido, gracias à Dios, sin tener à la hora que esto escribo mas repuestos que algunos veinte doblones que guardarà mi Madre, que ha sido siempre la thesorera, y repartidora de mis trabajos, y caudales. Si à algun envidiosillo, ò mal contento de mis fortunas, le parece mentira, ò exageracion esta ganancia, vengase à mi, que le mostrarè las cuentas de Juan de Moya, y las de los demàs Libreros, que todavia existen ellas, y vivo yo, y mis Administradores. Es publico, notorio, y demonstrable mi desinterès, tanto que ha tocado en perdicion, desorden, y majaderìa. He trabajado de valde, y con continuacion, para muchos que han hecho su fama, y su negocio con los desperdicios de mis fatigas. Haviendo sido el numero de mis tarèas bastantemente copioso, son mas las que estàn en la lista de las regaladas, que en la de las vendidas. Sobre el caudal de mis Prognosticos, y mis necedades ha tenido letra abierta el mas retirado de mi amistad, y el mas estraño de mi conocimiento. El dicho Moya, que es el depositario de mis mercaderìas, y disparates, jurarà que le tengo dada orden para que no recatee mis Papeles, y que los dè graciosamente al que llegare à su Tienda, sin mas recomendacion que la de una buena capa. Siendo (como dirè mas adelante, ademàs de lo dicho) el Escritor mas desdichado, y pobre de esta Era, me he conducido en las ciento y veinte Dedicatorias, que se pueden vèr en mis librillos, con bizarrìa tan gloriosa, que he desmentido los creditos

de petardo, conque regularmente se miran estos cultos. Nunca mirè à mas fines, ni à mas esperanzas que al agradecimiento, la veneracion, y el adorno de la obra. Al tiempo que expressaba mis rendimientos, escondìa mi persona: y las mas veces dedicaba à los Heroes mas elevados, à los ausentes, ò à quien yo contemplaba que estuviesse mui fuera de la retribucion, y que la ausencia, ò el retiro dificultassen las comunes satisfacciones. Mis deseos, y mis sacrificios fueron siempre puros, atentos, cortesanos, y libres de las infecciones del interès mecanico, y la lisonja abominable. He puesto esta menudencia impertinente, para que se sepa que no tengo todas las condiciones de mal Author, pues me falta la codicia con que muchos se sujetan à hacer las obras, confiados alegremente en que el Heroe à quien dedican les ha de pagar à lo menos la impresion; y estos no cortejan, que roban. Hablo gordo, y entre los que me tratan, y conocen. Grite ahora el Satyrico que quisiere, ponga los manchones que le elija su rabiosa infidelidad à mi pobreza, y mi desasimiento, que aqui estoi yo, que sabrè limpiarme, y desmentirle con mis operaciones, y los testigos mas memorables de la España.

Trato à mis criados como à compañeros, y amigos; y al passo que los quiero, me estoi lastimando de que los haya hecho la fortuna la mala obra de tener que servirme. Jamàs he despedido à ninguno; los pocos que me han acompañado, ò murieron en mi casa, ò han salido de ella con doctrina, oficio, y conveniencia. Los actuales que me assisten, no me han oìdo reñir, ni à ellos, ni à otro de los familiares; y el mas moderno tiene ocho años de mi compañia. Todos comemos de un mismo guisado, y de un mismo pan; nos arropamos en una misma Tienda; y mi vestido, ni en la figura, ni en la materia se distingue de los que yo les doi. El que anda mas cerca de mi es un Negro sencillo, candido, de buena ley, y de inocentes costumbres: à este le pongo mas de punta en blanco, porque en su color, y su destino no son reparables las extravagancias de la ropa: yo me entretengo en bordar, y en ingrerìr sus vestidos, y logro que lo vean galàn, y à mi ocupado. Ni à este, ni à los demàs los entretengo en las prolixidades, y servidumbres que mas authorizan la vanidad, que la conveniencia; y aun siendo costumbre por acà entre los Amos de mi caracter, y grado, llevar à la cola un sirviente, en el trage de Escolar, en ningun tiempo he querido que vayan à la rastra. Yo me llevo, y me trahigo solo donde he menester: me

visto y me desnudo sin Edecanes: escribo, y leo sin amanuenses, ni lectores; sirvo mas que mando; lo que puedo hacer por mi, no lo encargo à nadie; y finalmente yo me siento mejor, y mas acomodado conmigo, que con otro. Si este es buen modo de criar sirvientes ò de portarse como servidos, ni lo disputo, ni lo propongo, ni lo niego; yo digo lo que passa por mi, que es lo que he prometido, y lo demàs revuelvanlo los Criticos como les parezca.

La valentìa de el corazon, la quietud del espiritu, y la serenidad de animo que gozo muchos años ha, es la unica parte que se le puede envidiar à mi naturaleza, mi genio, ò mi crianza. De niño tuve algun temor à los cuentos espantosos, à las novelas hòrribles, y à las frequentes invenciones, con que se estremecen, y se espantan las credulidades de la puerilidad, y los engaños de la juventud, y la vejèz; pero ya, ni me assustan los calavernarios, ni me atemorizan los difuntos, ni me produce la menor tristeza la posibilidad de sus apariciones. Crea el que lee, que segun sossiega la tranquilidad de mi espiritu, sospecho que no me inquietarìa mucho vèr ahora delante de mi à todo el Purgatorio. Este valor (que mas parece desesperado despecho) asseguro que es hijo de una resignacion Christiana; pues siendo Dios el unico Dueño de mi vida, sè que estoi debaxo de sus disposiciones, y providencias, y es imposible rebelarme à sus decretos: para el dia que determine llamarme à juicio, estoi disponiendo, con su ayuda, mi conformidad, y no me acongoja que el aviso sea à palos, à pedradas, à Medicos, à colicos, ò difuntos: sea como su Magestad fuere servido, que à todo estoi prompto, y resignado. Por la soledad, la noche, el campo, y las cruxias melancolicas me passeo sin el menor rezelo; y nunca se me han puesto delante aquellos fantasmas que suele levantar en estos sitios la imaginacion corrompida, ò el ocio, y el silencio, grandes artifices de estas fabricas de humo, y ventolera. Las brujas, las hechiceras, los duendes, los espiritados, y sus relaciones, historias, y chistes, me arrullan, me entretienen, y me sacan al semblante una burlona risa, en vez de introducirme el miedo, y el espanto. Varias veces he proferido en las conversaciones, que trahigo siempre en mi bolsillo un doblon de à ocho, que en esta era vale mas de trescientos reales, para darselo à quien me quiera hechizar; ò regalarsele à una bruja, à una espiritada que yo examine: ò al que me quisiere meter en una casa donde habite un Duende, me he convidado à vivir en ella, sin mas premio que el ahorro de los

los alquileres: y hasta ahora he pagado las que he vivido; y discurro que mi doblon me servirà para Missas: porque ya creo que me he de morir sin verme hechizado, ni sorbido. Yo me burlo de todas estas especies de gentes, espiritus, y maleficios; pero no las niego absolutamente; las travesuras que he oìdo à los Historiadores credulos de mi tiempo, todas han salido embustes: yo no he visto nada, y he andado à monteria de brujos, duendes, y hechiceros lo mas de mi vida. Algo habrà: sea en hora buena, y haya lo que huviere: para que no me coja el miedo le sobra à mi espiritu la contemplacion de lo raro, lo mentiroso de las noticias, y la esperanza de que no he de ser tan desgraciado que me toque à mi la mala ventura, y el mochuelo: y quando sea tan infeliz, que me pille el golpe de alguna de las dichas desgracias, me encaramo en mi resignacion Catholica, y mientras llega el talegazo, me rio de todos los chismes, y patrañas que andan en la boca de los credulos, y medrosos, y en la persuasion de algunos que comercian con este genero de drogas. Tengo presente al Torre Blanca, al Padre Martin Delrio, en sus Disquisiciones Magicas, y mui en la memoria los Actos de Fè que se han celebrado en los Santos Tribunales de la Inquisicion, en los que regularmente se castigan mas majaderos, tontos, y delinquentes en el primer Mandamiento de la Ley de Dios, que brujos, y hechiceros: y venero los conjuros con que la Santa Madre Iglesia espanta, y castiga à los diablos, y los espiritus; y todo me sirve para creer algo, disputar poco, y no temer nada.

En el gremio de los vivientes no encuentro tampoco espantajo que me assuste. Los xacaros de capotillo, y guadexeño; y el Zuizo con los vigotones, el sable, y las pistolas, son hombres con miedo; y el que justamente presumo en ellos, me quita à mi el que me pudieran persuadir sus apatuscos, sus armas, y sus juramentos. Los murmuradores, los maldicientes, y los satyricos, que son los Gigantones que aterrorizan los animos mas constantes, son la chanza, la irrision, y el entretenimiento de mi desengaño, y de mi gusto. El mayor mal que estos pueden hacer es, hablar infamemente de la persona, y las costumbres; esta diligencia la he hecho yo repetidas veces contra mi, y con ellos, y no he conocido la menor molestia en el espiritu: y despues de tantas blasfemias, injurias, y maldiciones, me ha quedado sana la estimacion; tengo, bendito sea Dios, mis piernas, y mis brazos enteros, y verdaderos: no me han quitado nunca la gana de el comer, ni la renta para comprarlo; con que es disparate, y necedad acon-

qui-

quinada vivir temiendo à semejantes fantasmones. En la cofradia de los ladrones que es dilatadissima, hai muchos à quien temer; pero anda regularmente errado el temor; de modo que estamos metidos entre las ladroneras, y tenemos miedo à los Lugares en que no hai robos, ni à quien robar. En los caminos, en los montes y en los despoblados habita todo nuestro espanto, y nuestro miedo, y allì no hai que hurtar, ni quien hurte. Yo he rodado mucha parte de Francia, todo Portugal, lo mas de España, y cada mes passò los Puertos de Guadarrama, y la Fonfria, y hasta ahora no he tropezado un ladron. Algunos hurtos veniales suceden en los montes; pero los granados, los sacrilegos, y los mas copiosos se hacen en las poblaciones ricas, que en ellas estàn los bienes, y los ladrones: y à los pocos que ruedan los caminos, y à los muchos que traginan en las Ciudades, jamàs los temì; porque Astrologo ninguno ha perecido en sus manos, ni hai exemplar de que se les antoje acometer à gente tan pelona. Finalmente digo con ingenuidad, que no conozco al miedo; y que esta serenidad no es bizarrìa de el corazon, ni atrevimiento de el animo, sino es desengaño, y poca credulidad en las relaciones, y los sucessos, y mucha confianza en Dios, que no permite que los diablos, ni los hombres se burlen tan à todo trapo de las criaturas. Los que producen en mi espiritu un temor rabioso entre susto, y asco, enojo, y fastidio, son los Hypocritas, los Avaros, los Alguaciles, muchos Medicos, algunos Letrados, y todos los Comadrones; siempre que los veo me santiguo, los dexo passar, y al instante se me passa el susto, y el temor. Con estas individualidades, y las que dexo descubiertas en los sucessos passados, y las que ocurriràn en adelante, me parece que hago visible el plan de mi genio. Ahora dirè brevemente de el ingenio, que tambien es pieza indispensable en esta vida.

Mi ingenio no es malo; porque tiene un mediano discernimiento, mucha malicia, sobrada copia, bastante claridad, mañosa penetracion, y una aptitud generalmente proporcionada al conocimiento de lo liberal, y lo mecanico. Aunque han salido al publico tantas obras que pudieran haver demonstrado con mas fidelidad lo rudo, ò lo discreto, lo gracioso, ò lo infeliz de mi ingenio, es rara la que puede dar verdaderas, y cumplidas señales de su entereza, de su bondad, de su miseria, ò de su abundancia; porque todas estàn escritas sin gusto, con poco asiento, con algun enfado, y con precipitacion desaliñada. Yo bien sè que alcanzo mas, y discurro mejor que lo que dexo escrito; y que si mi genio huviera te-

tenido, mas codicia à los interesses, mas estimacion à la fama, ò lo que se dice Aura popular; y si mi pobreza no huviera sido tan porfiada, y revoltosa, serìan mis papeles mas limpios, mas doctrinales, mas ingeniosos, y mas apetecibles. Atropelladas salieron siempre mis obras desde mi bufete à las Imprentas; y jamàs corregì pliego alguno de los que me volvian los Impressores, con que todos se passean rodeados de sus yerros, y mis descuidos. Yo los aborrezco, porque los conozco; y si hoi me fuesse possible recogerlos, los entregarìa gustosamente al fuego, por no dexar en el mundo tantos testigos de mi pereza, y de mi ignorancia, y tantas señales de mi locura, altanerìa, y extravagante condicion. Solo me consuela en esta afliccion, en que espero morir, la innocencia de mis disparates; pues aunq son soberbios, y poderosamente plenarios, parece que no son perjudiciales, quando la vigilancia de el Santo Tribunal, y el desvelo de los Reales Ministros los ha permitido correr por todas partes, sin haver padecido ellos la mas pequeña detencion, ni yo la mas minima advertencia. Doi gracias à Dios, que haviendo sido tan loco, que me arrojè à escribir en las materias mas sagradas, y mas peligrosas; y professando una facultad que vive tan vecina de las supersticiones, no me despeñaron mis atrevimientos en las desgraciadas honduras de la infidelidad, la ignorancia, ò el extravìo de los preceptos de Dios, de las ordenanzas del Rey, y de los establecimientos de la Politica, y la naturaleza. Todo lo debo à su Magestad, y al respeto con que he mirado à sus substitutos en la tierra. Basta de ingenio; y volvamos à atar el hilo de las principales narraciones.

Dexè esta ridicula historia en el lance de la vuelta de Portugal à Salamanca: y prosigo afirmando, que volvì menos credulo, y menos obediente à los faciles, è infelices consejos de la juventud, y mas medroso de las calamidades que se expone à padecer el què se entrega à los derrumbaderos de su ignorante, y antojadiza imaginacion. Passaba en casa de mis Padres la vida, escondido, y retirado muchas horas, sin padecer resentimiento alguno en el animo, ni con la mudanza à la reciente quietud, ni con la memoria de mis alegres travesuras. Insensiblemete me hallè aborreciendo las fatigas de la ociosidad, y mui mejorado en el uso y descompostura de las huelgas, y las diversiones; porque assistìa solamente à los festejos de las personas de distincion, y de juicio; y bailaba en los saraos, y concursos que disponìa el motivo honesto, y la celebridad prudente, graciosa, y comedida. Ajustaba en ellos mis acciones à una severidad agradable, de

modo que se conociesse que mi asſiſtencia tenia mas de civilidad, y de politica, que de eſparcimiento groſſero, y voluntario. Dì en el eſtraño delirio de leer en las facultades mas deſconocidas, y olvidadas, y arraſtrado de eſta manìa, buſcaba en las librerias mas viejas de las Comunidades a los Authores rancios de la Philoſofia natural, la Criſopeia, la Magica, la Tranſmutatoria, la Separatoria, y finalmente, parè en la Mathematica, eſtudiando aquellos libros que viven enteramente deſconocidos, ò que eſtàn por ſu extravagancia deſpreciados. Sin director, y ſin inſtrumento alguno (de los indiſpenſables en las ciencias Mathematicas) lidiando ſolo con las dificultades, aprendì algo de eſtas utiles, y gracioſas diſciplinas. Las lecciones, y tarèas a q̃ me ſujetò mi deſtino, y mi guſto, las tomè al rebès, porque leì la Aſtronomia, y Aſtrologia que ſon las ultimas facultades: ſin mas razon que haver ſido los primeros librillos que encontrè, unos Tratados de Aſtronomìa, eſcritos por Andrès de Argolio, y otros de Aſtrologia impreſſos por David Origano. A eſtos cartapacios, y à las conferencias, y converſaciones que tuve con el Padre Don Manuel de Herrera, Clerigo de San Cayetano, y ſujeto docto, y aficionado à eſtas artes, debì las eſcaſas luces que aun arden en mi rudo talento, y los relucientes antorchones que hoi me iluſtran Maeſtro, Doctor, y Cathedratico en Salamanca, quando menos. A los ſeis meſes de eſtudio ſalì haciendo Almanaques y Prognoſticos; y detràs de mi ſalieron un millon de necios, y maldicientes, blasfemando de mi aplicacion, y de mis obras. Unos decian, que las havia hecho con la ayuda de el diablo: otros que no valian nada; y los mas aſſeguraban que no podian ſer hechuras de un ingenio tan perezoſo, y eſcaſo como el mio. La coyuntura deſgraciada en que ſalieron a luz mis Pronogſticos, la brevedad de el tiempo en que yo me impuſe en ſu artificio, la ignorancia, y el olvido comun que ſe padecia de eſtas ciencias en el Reino, y ſobre todo la indiſpoſicion, y el aborrecimiento à los eſtudios que contemplaban en mi quantos interiormente me trataban, tenian por increible mi adelantamiento, por ſoſpechoſa mi fatiga, y por abominable mi paciencia. Eſtaban, veinte y quatro años ha, perſuadidos los Eſpañoles, q̃ el hacer Prognoſticos, fabricar Mapas, eregir figuras, y plantar Epocas, eran unas dificultades invencibles; y que ſolo en la Italia, y en otras Naciones Eſtrangeras ſe reſervaban las llaves con que ſe abrian los ſecretos arcanos de eſtos gracioſos artificios. Eſtaban, mucho antes que yo viniera al mundo, gobernandoſe por las mentiras del gran Sarra-

bal, adorando sus juicios, y puestos de rodillas esperaban los quatro pliegos de embustes que se texian en Milàn (con mas facilidad que los encajes) como si en ellos les viniera la salud de valde, y las conveniencias regaladas. No vivia un hombre en el Reino de los ocultos en las Comunidades, ni de los patentes en las Escuelas publicas, que como aficionado, ò como Maestro se dedicasse a esta casta de predicciones, y systemas. Todas las Cathedras de las Universidades estaban vacantes, y se padecia en ellas una infame ignorancia. Una figura Geometrica se miraba en este tiempo como las brujerìas, y las tentaciones de San Anton, y en cada circulo se les antojaba una caldera donde hervian a borbollones los pactos, y los comercios con el demonio. Esta rudeza, mis vicios, y mis extraordinarias libertades hicieron infelices mis trabajos, y aborrecidas con desventura mis primeras tarèas.

Para sossegar las voces perniciosas, que contra mi aplicacion soltaron los desocupados, y los envidiosos, y para persuadir la propriedad, y buena condicion de mis fatigas, pedì a la Universidad la substitucion de la Cathedra de Mathematicas, que estuvo sin Maestro treinta años, y sin enseñanza mas de ciento y cinquenta; y concedida, leì, y enseñè dos años à bastante numero de discipulos. Presidì al fin de este tiempo un Acto de Conclusiones Geometricas, Astronomicas, y Astrologicas; y fue una funcion, y un exercicio tan raro, que no se encontrò la memoria de otro en los monumentos antiguos que se guardan en estas felicissimas Escuelas. Dediquè las Conclusiones al Excelentissimo señor Principe de Chalamar, Duque de Jovenazo, que à esta sazon vivia en Salamanca, gobernando de Capitan General las Fronteras de Castilla. El concurso fue el mas numeroso, y lucido que se ha notado: y el exercicio tuvo los aplausos de solo, las admiraciones de nuevo, y las felicidades de no esperado. Con esta diligencia, y otros frutos que iban saliendo de mi retiro, y de mi estudio, acallè à los ignorantes, que se escandalizaron de la brevedad, y estrañeza de mi aprovechamiento; pero empezò a revolverse contra mis producciones otra nueva casta de vocingleros de tan poderosos livianos, que hasta ahora no se han cansado de gritar, y gruñir; ni yo he podido taparles las bocas con mas de quatro mil resmas de papel que les he tirado à los hocicos. Rompiendo con mis defensados por medio de sus murmuraciones, satyras, y majaderìas, continuaban en escribir Papeles de diferentes argumentos, y en

leer los tomos, que la casualidad, y la solicitud me trahia à las manos. Traveseaba con las Musas muchas veces, sin que me estorvassen sus retozos la leccion de la Theologia Moral, la que estudiaba (mas por precepto, que por inclinacion) en los Padres Salmanticenses, y en el Compendio del Padre Larraga, de los que todavia podrè dàr algunas señas, y bastantes noticias. Acometiòle à mi Padre à este tiempo la dichosa vocacion de que yo fuesse Clerigo; y porque no se le resfriassen los propositos, solicitò una Capellanìa en la Parroquia de S. Martin de Salamanca, cuya renta estaba situada en una casa de la calle de la Rua; y sobre esta Congrua, que eran seiscientos reales al año, recibì, luego que yo cumplì los veinte y uno de mi edad, el Orden de Subdiacono. En èl he descansado; porque despues de recibido parè mas à mi consideracion sobre las obligaciones en que me metia, los votos, y pureza que havia de guardar, y los cargos de que havia de ser responsable delante de Dios; y atribulado, y afligido me resolvì à no recargarme (hasta tener mas seguridad, y satisfaccion de mis talentos) con mas oficios que los que abracè con poco examen de mis fuerzas, y ninguna reflexion sobre las duraciones de su observancia. Hasta ahora no he sentido en mi alma aquella mansedumbre, devocion, arrebatamiento, y candidèz, que yo imagino que es indispensable en un buen Sacerdote. Todavia no me hallo con valor, ni con serenidad para ascender al altissimo Ministerio, cuyas primeras escalas estoi pisando indignamente: ni tampoco me ha acometido el atrevimiento, y la insolencia de meterme à desventurado Oficial de Missas. He tenido hasta hoi un seso altanero, importuno, desidioso, y culpablemente desahogado. La vigilancia, y la prudencia que contemplo por precisa para conducirse en tan excelente dignidad, ni yo las tengo, ni me atreverè à solicitarla sin tenerlas. Naciò tambien la pereza del ascenso a las demàs Ordenes, de un pleito que me puso un tristissimo codicioso sobre la naturaleza de la Congrua con que me havia ordenado: y por no lidiar con el susto, y con el enojo de andar en los Tribunales siendo el *Susodicho* de los Procuradores, y los Escribanos, hice dexacion gustosa de la renta. Encargòse del Purgatorio el avariento litigante, y yo me quedè con el Voto de Castidad, y el Breviario, sin percibir un bodigo del Altar. Por estos temores, y el de no parar en Sacerdote Mendicante, tuve por menos peligroso quedarme entretallado entre la Epistola, y el Evangelio, que atropellar hasta el sagrado Sacerdocio, para vivir despues mas escandalosa-

mente, sin la moderacion, el juicio, el recogimiento, decencia, y severidad que deben tener los Eclesiasticos. Mis enemigos, y los maldicientes han cacareado otras causas: el que pudiere probarlas, hagalo mientras yo viva, y discurra, y hable lo que quisiere; que por mi tiene licencia, y perdon para inquirirlas, y propalarlas: que gracias à Dios no soi espantadizo de injurias.

Antes de cumplir la edad prescripta por el Concilio de Trento para obtener los Beneficios Curados, hice dos Oposiciones à los del Obispado de Salamanca. Confiesso que la intencion fue poco segura; porque no me opuse por devocion, ni por la permitida solicitud de las conveniencias temporales, sino por contentar à mi soberbia, desvaneciendo las voces de mis enemigos, que publicaban, que yo no conocia mas facultad que la de hacer malas coplas, y peores Kalendarios: y por obedecer à mis Padres, que yà me consideraban Beneficiado de una de las mejores Aldèas del paìs. No obstante mi torpe disposicion, quiso la piedad de Dios, ò la caritativa diligencia de los Padres Examinadores, disponer que yo correspondiesse en la Theologia Moral con satisfaccion suya, y honor mio; y logrè que ambas veces me honrassen con la primera Letra. Todavia se refieren como dignas de alguna memoria, algunas respuestas mias; porque el Ilustrisimo Obispo, y los Padres Examinadores, informados de mi buen humor, y promptitud, me hicieron algunas preguntas (despues del sèrio examen) ò por probar mi genio, ò por divertirse un poco; y mis precipitaciones fueron la celebridad de muchos ratos. Remitome à las noticias que duran en los curiosos de mis ridiculeces; porque yo no sè declararlas sin confusion, y sin sonrojo. Apareciòse en este tiempo en la Universidad de Salamanca la ruidosa pretension de la Alternativa de las Cathedras; y como novedad extraordinaria, y espantosa en aquellas Escuelas, produxo notables alteraciones, y tumultuosos disturbios entre los Professores, Maestros, y Escolares de todas Ciencias, y Doctrinas. Padecieron muchos el rencor particular de sus valedores, y con el atraso de sus conveniencias, y otros daños desgraciadamente molestos à la quietud, y à la reputacion. A mi por mas desvalido, por mas mozo, ò por mas inquieto, me tocaron (ademàs de otros disgustos) seis meses de prision, padeciendo por el antojo de un Juez mal informado, los primeros dos meses tristissimamente en la Carcel, y los otros quatro con mucha alegria, sobrada comodidad, crecido regalo, y provechoso entretenimiento

to en el Convento de San Estevan del Orden del Gloriosissimo Santo Domingo de Guzman. El motivo fue, haver hecho caso de una necia, y mentirosa voz (sin poderse descubrir la voràz boca por donde havia salido) que me acusaba Author de unas Satyras, que se estendieron en varias copias: y su argumento era herir à los que votaron en favor de la dicha Alternativa. En los seis meses de mi prision, se informò el Real Consejo con exquisita diligencia, y madurèz de todos los sucessos de este caso: y despues de examinada una gran muchedumbre de testigos, y de un largo reconocimiento de letras, y papeles, encontrò con la tropelìa anticipada del Juez, y con èl la escondida verdad de mi innocencia. Salì por Real Decreto libre, y sin costas, añadiendome por piedad, ò por satisfaccion, la honra de que fuesse Vice Rector de la Universidad todo el tiempo que faltaba, hasta la nueva eleccion por San Lucas. Assi lo practiquè, è hice todos los oficios pertenecientes al Rectorato, con gusto de pocos, y especial congoja, y resentimiento de muchos. No quiero descubrir mas los secretos de esta aventura, porque viven hoi infinitos interessados, à quienes puede producir algun enojo la dilatada relacion de este sucesso.

La caudalosa conjuracion que corriò contra mi despues de este ruidoso caso, y las dificultades que puso à mis conveniencias la astucia revoltosa de los que ponderaban con demasiada fuerza los impetus de mi mocedad, y los disculpables verdores de mi espiritu, me hicieron segunda vez insolente, libre, y desvergonzado; en vez de darme conformidad, sufrimiento, temor, y enmienda venturosa. Enojado con aspereza de las imprudentes correcciones, de el odio mal fingido, y de las perniciosas amenazas de aquellos repotentes varones, que se sueñan con facultades para atajar, y destruìr las venturas de los pretendientes, dì en el mal proposito de burlarme de su respecto, de reirme de sus promessas, y de abandonar sus esperanzas. Dì finalmente en la estremada locura de fiar de mi, y aburrir à estas, y à toda especie de personas. Volvìme loco rematado, y festivo, pero nada perjudicial; porque nunca me acometiò mas furia, que la manìa de zumbarme de la severidad que afectaban unos, de la presumpcion con que vivian otros, y de los poderes, y estimaciones con que sostienen muchos las reverencias que no merecen. Neguème à la solicitud de los Beneficios, Capellanias, y assistencias, por no passar por las importunidades, y sonrojos de las pretensiones: derreneguè de las Cathedras, y los Grados; y absolutamente de todo emplèo, sujecion,

cion, y destino, deliberado à vivir, y comer de las resultas de mis miserables tarèas, y trabajos. Los despropositos, y necedades que harìa un mozo zumbon de achacoso seso, desembarazado, robusto, sin miedo ni verguenza, y sin ansia à pedir, ni à pretender, se las puede pintar el que và leyendo; porque yo contemplo algunos peligros en las individuales relaciones, ademàs de que ya se me han escapado de la memoria los raros lances de aquella alegre temporada. Ahora me acuerdo, que saliendo una tarde de el General de Theologia abochonardo de arguir un Reverendo Padre, y Doctor, à quien yo miraba con algun enfado, porque era el que menos motivo tenia para ser mi desafecto, le dixe: *Y bien Reverendissimo? es yà Lumen gloriæ tota ratio agendi, ò no? Dexaron decidida las patadas, y las voces essa viejissima question?* Vaya noramala (me respondiò) que es un loco. *Todos somos locos* (acudì yo) *Reverendissimo, los unos por adentro, y los otros por afuera. A V. Reverendissima le ha tocado ser loco por la parte de adentro, y à mi por la de afuera: y solo nos diferenciamos en que V. Reverendissima es maniatico, triste, y mesurado; y yo soi delirante de gresca, y tararira.* Volviò à reprehender con prisa, y con enojo mi descompostura: y mientras su Reverendissima se desgañitaba con desentonados gritos, estaba yo anudando en los pulgares unas castañuelas con bastante dissimulo debajo de mi roto manteo; y sin hablarle palabra, lo empecè à bailar, soltando en torno de èl una alegrissima furia de pernadas. Fuimos disparados bastante trecho, èl menudeando la griteria con rabiosas circunspecciones, y yo deshaciendome en mudanzas, y castañetazos, hasta que se acorralò en otro General de las Escuelas Menores, que por casualidad encontrò abierto. Alli lo dexè aburrido, y escandalizado; y yo marchè con mi locura acuestas à pensar en otros delirios, en los que (por algunos meses) anduve exercitado, y exercitando à todos la paciencia.

De esta burlona casta eran las travesuras con que me entretenia, y me vengaba del aborrecimiento, y entereza de mis enemigos: y yà cansado de ser loco, y lo principal, afligido de vèr à mis Padres en desdichada miseria, y acongojados con la poca esperanza de la correccion de mi indomito juicio, y mis malas costumbres, determinè dexar para siempre à Salamanca, y buscar en Madrid mejor opinion mas quietud, y el remedio para la pobreza de mi casa. Omito referir la fundacion, y extravagancias del Colegio del Cuerno, porque no son para puestas al publico tales locuras. Solo dirè, que esta ridicula travesura

diò

diò que reir en Salamanca, y fuera de ella: porque los Colegiales eran diez, ò doce mozos escogidos, ingeniosos, traviessos, y dedicados à toda huelga, y habilidad. Los Estatutos de esta agudissima Congregacion estàn impressos. El que los pueda descubrir, tendrà que admirar: porque sus ordenanzas, aunque poco prudentes, son utiles, entretenidas, y graciosas. Hoi viven todavia dos Colegiales, que despues lo fueron Mayores, y hoi son sabios, astutos, y desinteressados Ministros del Rey. Otro està siendo exemplar de virtud en una de las Cartuxas de España. Otro passò al Japon con la Ropa de la Compañia de Jesus: seis han muerto dichosamente corregidos; y yo solo he quedado por unico indice de aquella locura, casi tan loco, y delinquente como en aquellos disculpables años. Omito tambien las narraciones de otros enredos, y delirios: porq̃ para su extension se necessitan largos tomos, y crecida fecundidad: y passo a referir, que dexè à mi patria, saliendo de ella sin mas equipages, que un vestido decente, y sin mas tren que un borrico que me alquilò por pocos quartos un Harriero de Negrilla. Entrè en Madrid, y como en Pueblo que havia yà conocido otra vez, no tuve que preguntar por la possada de los que llevan poco dinero. Acomodème los tres ò quatro dias primeros entre las xalmas del borrico en el Meson de la Media-Luna de la calle de Alcalà, que fue el Paradero de mi Conductor; y en este tiempo hice las diligencias de encontrar casa, y plantè mi rancho en el escondite de uno de los Casarones de la calle de la Paloma. Alquilè media cama, comprè un candelero de barro, y una vela de sebo, que me durò mas de seis meses; porque las mas noches me acostaba à obscuras, y la vez que la encendia, me alumbraba tan brevemente, que mas parecia luz de relampago, que iluminacion de artificial candela. Añadì à estos ajuares un puchero de Alcorcon, y un cantaro, que llenaba de agua entre gallos, y media noche en la fuente mas vecina; y un par de cuencas, que las arrebañaba con tal detencion la vez que comia, que jamàs fue necessar o lavarlas: y este era todo mi vasar: porque las demàs diligencias las hacia à pulso, y en el primer rincon donde me agarraba la necessidad. No obstante esta desdichada miseria, vivia con algun asèo, y limpieza: porque en un Pilon comun, que tenia la casa para los demàs vecinos, lavaba de quatro en quatro dias la camisa, y me plantaba en la calle tan remilgado, y sacudido, que me equivocaba con los que tenian dos mil ducados de renta. Padecì (bendito sea Dios) unas horribles hambres, tanto que alguna vez me desmayò la flaqueza; y me te-

tenia tan corrido, y acobardado la neceísidad, que nunca me atreví à ponerme delante de quien pudieffe remediar los anfiones de mi eftomago. Huìa a las horas del comer, y del cenar, de las cafas en donde tenia ganado el conocimiento, y grangeada la eftimacion; porque concebia que era ignominia efcandalofa ponerme hambriento delante de fus mefas. Yo no sè fi efto era foberbia, ù honradèz: lo que puedo affegurar es, que de honrado, ò de foberbio me vì muchas veces en los brazos de la muerte.

Una de las primeras habitaciones, y la de mi mayor confianza, y veneracion que tratè en Madrid, fue la de Don Bartholomè Barban de Caftro, hoi Contador mayor de Millones. En efta hacian una Tertulia virtuofa, y alegre los Criados del Excelentifsimo Señor Duque de Veraguas, y otros prudentes, y devotos fujetos, de los que fuì tomando la doctrina de aborrecer el mal habito de mis locuras, y defenfados. Affeguraba en efta cafa en el agaffajo de la tarde la xicara de chocolate, y me fervia de alimento de todo el dia: y con efte focorro, y el que hallè defpues en cafa de Don Auguftin Gonzalez, Medico de la Real Familia, que fue el defayuno de la mañana, pafsè algun tiempo fin efpecial moleftia las rabiofas efcafeces, en que me havia puefto mi maldita temeridad. Aconfejòme efte famofo Phyfico, viendome vago, y fin ocupacion alguna, que eftudiaffe Medicina: y condefcendiendo à fu cariñofo avifo, madrugaba à eftudiar, y à comer en fu Cafa; porque a la mia el pan, y los libros fe affomaban mui pocas veces. Eftudiè las Definiciones Medicas, los fignos, caufas, y prognofticos de las enfermedades, fegun las pinta el Syftema antiguo, por un Compendio del Doctor Chriftoval de Herrera. Parlaba de las efpeculaciones que leìa con mi Maeftro; y defde fu boca, defpues que recogia en la conferencia lo mas efcogido de fu explicacion, partia al Hofpital, y bufcaba en las Camas el enfermo fobre quien havia recargado aquel dia mi eftudio, y fu cuidado. De efte modo, y conduciendo de caritativo, ò de curiofo el barreñon de fangrar de cama en cama, y obfervando los geftos de los dolientes, falì Medico en treinta dias; que tanto tardè en poner en mi memoria todo el Arte del feñor Chriftoval. Leì por Francifco Cypeio el Siftema reciente: y creo que lo penetrè con mas felicidad que los Doctores que fe llaman Modernos. Porque para la inteligencia de efta pintura es indifpenfable un conocimiento practico de la Geometria, y de fus figuras; y efta la ignoran todos los Medicos de Efpaña. Llamanfe Modernos entre los ignorantes; y han podido perfuadir, que conocen

cèn el ſemblante deſta ingenioſidad, ſin mas diligencia, que traſladar el Recetario de los Authores nuevos. El que pensàre que eſcribo ſin juſticia, hable, ò eſcriba, que yo le demonſtrarè eſta innegable verdad. El ſaber yo la Medicina, y haverme hecho cargo de ſus obligaciones, poco fruto, y mucha falibilidad, me aſſuſtò tanto, que hice promeſſa à Dios de no practicarla, ſi no es en los lances de la neceſsidad, y en los caſos que jurè quando recibì el Grado, y el Examen. Solo profeſſan la Medicina los que no la conocen, ni la ſaben, ò los que hacen ganancia, y mercancìa de ſus Recipes. Eſto parece ſatyra, y es verdad tan acreditada, que tiene por teſtigos à todos, y los miſmos que comen de eſta dichoſa, y facilisſima Ciencia. Con los ſocorros diarios de eſtas dos caſas, y con la amiſtad de un Bordador, que me permitìa bordar en ſu Obrador gorros, chinelas, y otras baratijas, que ſe deſpachaban à los primeros precios en una tienda portatil de la Puerta del Sol, vivia mal comido; pero juntaba para calzar un par de zapatos, y ponerme unos decentes calzones, y alguna chupa ſacada del Portal del Mercader. Entre las amiſtades de eſte tiempo ganè la piedad de Don Jacobo de Flon, el que ſe inclinò à mi, con el motivo de hablarme y verme exercitar algunas habilidades en una concurrencia, donde por caſualidad nos juntamos. Ofreciòme ſu poder, y agradecido, y deſeoſo de que mis Padres tuvieſſen por mi mano algun alivio en ſus repetidas deſgracias; le roguè, que ſe acordaſſe de ellos; y que no ſe laſtimaſſe de mis miſerias: que yo era mozo, y podìa reſiſtir los ceños de la fortuna, y que la vejèz de los que me criaron no tenìa armas con que contraſtar ſus impiedades. Movido de la laſtima, y de mis honradas ſuplicas, me diò la Patente de Viſitador del Tabaco de Salamanca, que dexo dicha en el reſumen de la vida de mi Padre, y en ella todos mis conſuelos, deſcuidos, y venturas.

Ya mi inconſtancia me trahia con la imaginacion inquieta, y cavilosa, trazando artificios para buſcar nuevas tarèas, entretenimientos, y deſtino. Penſaba unas veces en retirarme de la Corte à vèr mundo, otras en meterme Fraile, y algunas en volverme à mi caſa. Revolviòme los caſcos, y puſo à mi cabeza de peor condicion la compañia de un Clerigo Burgalès, tan buen Sacerdote, que empleaba los ratos ocioſos en introducir tabaco, azucar, y otros generos prohibidos: y oliendo eſte, que mi docilidad eſtarìa prompta para ſeguir ſus rieſgos, aventuras, y deſpropoſitos, me aconſejò q̃ lo acompañaſſe à ſus ocioſidades, y entretenimientos, ofreciendo, que me daria una mitad

tad de las ganancias; y para salir de Madrid armas, cavallo, y capotillo. Yo, sin pararme en considerar el extravio, el riesgo, y el fin, le soltè la palabra de seguirle, ayudarle, y exponer mi vida à las inclemencias, rigores, y tropelìas, que forzosamente se siguen à tan estragado despeño. La misericordia de Dios, que la usa con los mas rebeldes à sus avisos, estorvò tan infame determinacion, apartando mi vida de los insolentes riesgos en que la quiso poner mi loco despecho, y maldita docilidad. Por el medio mas raro, y estupendo que es imaginable, me librò su Magestad de las Galeras, de un balazo, de la Carcel perpetua, de el Presidiò, ò de el Castillo de San Anton, adonde fue à parar mi devoto Burgalès. Bendita sea su benignidad, y su paciencia! Escribirèlo con la brevedad posible, porque es el caso menos impertinente de esta Historia.

Ya estaba yo puesto de xacaro, vestido de baladron, y rebentando de Ganchoso, esperando con necias ansias el dia en que havia de partir con mi Clerigo Contrabandista à la solicitud de unas Galeras, ò en la horca, en vez de unos talegos de tabaco, que (segun me dixo) haviamos de transportar desde Bargos à Madrid, sin licencia de el Rey, sus Zeladores, ni Ministros: y una tarde mui cercana al dia de nuestra delinquente resolucion encontrè en la Calle de Atocha à Don Julian Casquero, Capellàn de la Excelentissima Señora Condesa de los Arcos. Venìa este en busca mia sin color en el rostro, posseìdo del espanto, y lleno de una horrorosa cobardìa. Estaba el hombre tan tremulo, tan pagizo, y tan arrebatado, como si se le huviesse aparecido alguna cosa sobre natural. Balbuciente, y con las voces languidas, y rotas, en ademàn de enfermo que habla con el frio de la calentura, me diò à entender, que me venìa buscando, para que aquella noche acompañasse à la Señora Condesa, que yacìa horriblemente atribulada con la novedad de un tremendo, y estraño ruido, que tres noches antes havia resonado en todos los centros, y extremidades de las piezas de la casa. Ponderòme el tristissimo pavor que padecian todas las criadas, y criados: y añadiò, que su Ama tendrìa mucho consuelo, y serenidad en verme, y en que la acompañasse en aquella insoportable confusion, y tumultuosa angustia. Prometì ir à besar sus pies sumamente alegre; porque el padecer yo el miedo, y la turbacion, era dudoso, y de cierto asseguraba una buena cena aquella noche. Llegò la hora; fuì à la casa, entraronme hasta el Gavinete de su Excelencia, en donde la hallè afligida, pavorosa, y rodeada de sus

As-

Asistentas; todas tan pàlidas, immobles, y muchas que parecian estatuas. Procurè apartar con la rudeza, y desenfado de mis expresiones, el assombro que se les havia metido en el espiritu: ofrecì rondar los escondites mas ocultos; y con mi ingenuidad, y mis promessas, quedaron sus corazones mas tratables. Yo cenè con sabroso apetito à las diez de la noche; y a esta hora empezaron los Lacayos à sacar las camas de las habitaciones de los Criados, las que tendian en un salòn, donde se acostaba todo el monton de familiares, para sufrir sin tanto horror con los alivios de la sociedad el ignorado ruido que esperaban. Capitulòse à bulto entre los timidos, y los Inocentes à este rumor por juego, locura, y exercicio de Duende, sin mas causa que haver dado la manìa, la precipitacion, ò el antojo de la vulgaridad este nombre à todos los estrepitos nocturnos. Apiñaron en el salòn cartorce camas, en las que se fueron mal metiendo personas de ambos sexos, y de todos estados. Cada una se fue desnudando, y haciendo sus menesteres indispensables con el recato, decencia, y silencio mas posible. Yo me apoderè de una silla, puse à mi lado una hacha de quatro mechas, y un espadon cargado de orin; y sin acordarme de cosa de esta vida, ni de la otra, empecè à dormir con admirable serenidad. A la una de la noche resonò con bastante sentimiẽto el enfadoso ruido: gritaron los que estaban empanados en el pastelòn de la pieza: despertè con promptitud, y oì unos golpes vagos, turbios, y de dificultoso examen en diferentes sitios de la casa. Subì, favorecido de mi luz, y de mi espadòn, à los desvanes, y azotèas, y no encontrè fantasma, esperezo ni bulto de cosa racional. Volvieron à mecerse, y repetirse los porrazos: yo tornè à examinar el parage donde presumì que podian tener su origen, y tampoco pude descubrir la causa, el nacimiento, ni el Actor. Continuaba de quarto en quarto de hora el descomunal estruendo; y en esta alternativa durò hasta las tres y media de la mañana. Once dias estuvimos escuchando, y padeciendo à las mismas horas los tristes, y tonitruosos golpes: y cansada su Excelencia de sufrir el ruido, la descomodidad, y la vigilia, tratò de esconderse en el primer rincon que encontrasse vacio, aunque no fuesse abonado à su persona, grandeza, y familia dilatada. Mandò adelantar en vivas diligencias su deliberacion; y sus criados se pusieron en una precipitada obediencia, ya de reverentes, ya de horrorizados con el sucesso de la ultima noche que fue el que dirè.

Al prolixo llamamiento, y bur-

lona repeticion de unos pequeños y alternados golpecillos que sonaban sobre el techo del salòn donde estaba la tropa de los aturdidos; subì yo, como lo hacìa siempre, ya sin la espada, porque me desengañò la porfia de mis inquisiciones, que no podia ser viviente racional el artifice de aquella espantosa inquietud: y al llegar à una crugia, que era quartèl de toda la chusma de librèa, me apagaron el hacha, sin dexar en alguno de los quatro pavilos una morceña de luz, faltando tambien en el mismo instante otras dos que alumbraban en unas lamparillas en los extremos de la dilatada habitacion. Retumbaron, immediatamente que quedè en la obscuridad, quatro golpes tan tremendos, que me dexò sordo assombrado, y fuera de mi lo irregular, y desentonado de su ruido. En las piezas de abaxo, correspondientes à la crugia, se desprendieron en este punto seis quadros de grande, y pesada magnitud; cuya Historia era la Vida de los siete Infantes de Lara, dexando en sus lugares las dos argollas de arriba, y las dos escarpias de abaxo, en que estaban pendientes, y sostenidos. Inmobil, y sin uso en la lengua, me tirè al suelo; y ganando en quatro pies las distancias, despues de largos rodèos, pude atinar con la escalera. Levantè mi figura; y aunque posseido de el horror, me quedò la advertencia para baxar à un patio, y en su fuente me chapucè, y recobrè algun poco de el sobresalto, y el temor. Entrè en la sala, vì à todos los contenidos en su ojaldre abrazados unos con otros, y creyendo, que les havia llegado la hora de su muerte. Supliquè à la Excelentissima, que no me mandasse volver à la solicitud necia de tan escondido portento: que ya no era buscar desengaños, sino desesperaciones. Assi me lo concediò su Excelencia, y al dia siguiente nos mudamos à una casa de la Calle del Pez, desde la de Foncarral, en donde sucediò esta rara, inaverigunble, y verdadera historia. Dexo de referir, ya los preciosos chistes, y los risibles sustos que passaron entre los miedrosos de el salòn, y ya las agudezas, y las gracias, que sobre los assumptos del espanto, y la descomodidad se le ofrecieron à Don Eugenio Gerardo Lobo, que era uno de los encamados en aquel hospital del aturdimiento, y el espanto: y passo à decir, que su Excelencia, y su caritativa, y afable familia se agradaron tanto de mi promptitud, humildad, y buen modo (fingido, ò verdadero) que me obligaron à quedar en casa, ofreciendome su Excelencia la comida, el vestido, la possada, la libertad, y lo mas apreciable, las honras, y los interesses de su proteccion. Aceptè tan

tan venturoso partido, y al punto partì à rogar à mi Clerigo Contrabandista, que me soltasse la palabra que le havia dado de ser compañero en sus peligrosas aventuras, porque me prometìa mas seguridad esta conveniencia, mas honor, y mas duraciones, que las de sus fatales derrumbaderos. Consintiò pesaroso à mi instancia: èl se fuè à sus desdichados viajes; y en uno de ellos lo agarrò una Ronda, que le puso el cuerpo por muchos años en el Castillo de San Anton: yo me quedè en la casa de esta Señora quieto, honrado, seguro, y dando mil gracias à Dios, que por el ridiculo instrumento de este Duende, ò Fantasma, ò nada, me entresacò de la melancolica miseria, y de las desventuradas imaginaciones en que tenìa atollado el cuerpo, y el espiritu. Estuve en esta casa dos años, hasta que su Excelencia casò con el Excelentissimo Señor Don Vicente Guzmàn, y fue à vivir à Colmenar de Oreja. Yo passè à la del Señor Marquès de Almarza, con el mismo hospedage, la misma estimacion, y comodidad: y en estas dos Casas me hospedè solamente despues que me echò el Duende de el angustiado casaron de la Calle de la Paloma. Vivia entretenido, y retirado, leyendo las materias que se me proporcionaban al humor, y al gusto, y escribìa algunos Papelillos, que selos tiraba al publico, para ir reconociendo la buena, ò mala cara con que los recibia. Passaron por mi estos, y otros sucessos (que es preciso callar) por el año de mil setecientos y veinte y tres, y veinte y quatro: y haviendo puesto en el Prognostico de este la nunca bien llorada muerte de Luis Primero, quedè acreditado de Astrologo, de los que no me conocian, y de los que no creyeron, y blasfemaron de mis Almanaques. Padeciò esta prolacion la enemistad de muchos majaderos, ignorantes de las licitas, y prudentes conjeturas de estos practicos, y prodigiosos artificios, y observaciones de la Philosophia, Astrologia, y Medicina. Unos quisieron hacer delinquente al Prognostico, è infame, y mal intencionado al Author; otros voceaban, que fue casualidad lo que era ciencia; y antojo voluntario, lo que fue sospecha juiciosa, y temor amoroso, y reverēte: y el que mejor discurria, dixo q̄ la predicciō se havia alcanzado por arte del demonio. Salieron Papelones contra mi; y entre la turba se entremetiò el Medico Martin Martinez con su *Juicio final de la Astrologia*, haciendo Protector de su Escrito al Excelentissimo Sr. Marquès de Santa Cruz: Yo respondì con las *Conclusiones à Martin*, dedicadas al mismo Excelentissimo Señor, y otros Papeles, que andan impressos en mis

Obras;

Obras; y quedò, si no satisfecho, con muchas señales de arrepentido. Serenòse la conjuracion, despreciò el vulgo las necias, è insolentes satyras, y salì de las uñas de los maldicientes sin el menor araño en un assumpto tan triste, reverente, y expuesto à una tropelìa rigurosa. Quedamos asidos de las melenas Martin, y yo; y desasiendome de sus garras, salì con la determinacion de visitar sus enfermos, y escribir cada semana para las Gazetas, la Historia de sus Difuntos. Viòse perdido, considerando mi desahogo, mi razon, y la facilidad con que impressionarìa al publico de los errores de su practica, en la que le iba la honra, y la comida. Echòme empeños, pidiò perdones: yo cedì, y quedamos amigos.

Vino à esta sazon à ser Presidente del Real Consejo de Castilla el Illustrissimo Señor Herrera, Obispo de Siguenza; y aficionado à la soltura de mis papeles, y à lo estraño de mi estudio; ò lastimado de mi ociosidad, y de lo peligroso de mis esparcimientos, mandò que me llevassen à su casa: y en tono de premio, de cariño, y ordenanza, me impuso el precepto de que me retirasse à mi paìs à leer à las Cathedras de la Universidad, y que volviesse à tomar el honrado camino de los Estudios. Dixome, que parecia mal un hombre ingenioso en la Corte, libre, sin destino, carrera, ni empleo, y sin otra ocupacion que la peligrosa de escribir inutilidades, y burlas para emborrachar al vulgo. Prediòme un poco, poniendome à la vista su desagrado, y mi perdicion: y me rematò la platica con el prognostico de una ruin, y desconsolada vejèz, si llegaba à ella; porque la fama, la salud, y el buen humor se cansarìan; y à buen librar me quedaba sin mas arrimos, que una muleta, y una mala capa, expuesto à los muchos rubores, y escaso alivio que produce la limosna. Medroso à su poder, assustado del possible paradero en una mala ventura, y resentido de perder la alegre, y licenciosa vida de la Corte, prometì la restitucion à mi Patria, y oponerme à qualquiera de las siete Cathedras raras, que entonces estaban todas vacantes, por hallarme sin medios, ni modo para seguir las eternas Oposiciones de las otras. Diòme muchas gracias, muchas honras, y muchas promessas con su favor, y su poderio: besè su mano, me echò su bendicion, y partì de sus pies assustado, y agradecido, triste, y temeroso, impaciente, y cobarde; y finalmente lleno de sustos, confusiones, y esperanzas. Los nuevos sucessos, acciones, y aventuras que passaron por mi en la nueva vida, à que me sujetè en Salaman-

manca, lo verà en el siguiente, y penultimo Trozo de ella el que no estè ca nsado de las insipideces de esta leccion.

QUARTO TROZO DE LA VIDA DE DON Diego de Torres, que empieza desde los treinta años hasta los quarenta poco mas, ò menos.

QUando yo empezaba à estrenar las fortunas, los deleites, las abundancias, las monerìas, y los dulcisimos agasajos, con que lisonjean à un mozo mal entretenido, y bien engañado los juegos, las Comedias, las mugeres, los bailes, los jardines, y otros espectaculos apetecidos: y quando ya gozaba de los antojos del dinero, de las bondades de la salud, y de las ligerezas de la libertad, posseyendo todos los idolos de mis inclinaciones sin el menor susto, estorvo, ni moderacion; porque ni me acordaba de la Justicia, las enfermedades, las Galeras, la horca, los Hospitales, la muerte, ni de otros objetos de los que ponen la tristeza, el dolor, la fatiga, y otros sinsabores en el animo, salì de la Corte para entretexerme segunda vez en la nebulosa piara de los Escolares, adonde solo se trata del retiro, el encogimiento, la esclavitud, la porquerìa, la pobreza, y otros melancolicos desaseos, que son ayudantes conducentes à la pretension, y la codicia de los honores, y las rentas. Vivia mal hallado, y rabioso con esta inutil abstraccion, y mui aburrido con las consideraciones de lo empalagoso, y durable de esta vida: pero por no faltar à mi palabra, ni à la manìa de los hombres, que juzgan por honor indispensable el captiverio de una ocupacion violenta, en la que muchas veces ni se sabe, ni se puede cumplir, jurè permanecer en ella contra todos los impetus de mi inclinacion.

Desenojaba muchos dias à mis enfados, huyendo de las molestas circunspecciones del habito talar à las anchuras, y libertades de la Aldèa: trataba con agasajo, pero sin confianza, à los de mi ropage. Iba paladeando à mi desabrimiento con las huelgas del Paìs, los ratos que vacaba de mis tarèas escolasticas; y en los asuetos marchaba à Madrid à buscar los halagos de las diversiones, en que continuamente se hundia mi meditacion. Con estos pistos, y otros muerdos que le tiraba al Cur-

Curso, fui passando hasta que la costumbre me hizo agradable, lo que siempre me proponia aborrecible. Luego que entrè en Salamanca hice las diligencias de leer à la Cathedra de Humanidad; y sabiendo que estaba empeñado en su lectura, y en su possession, mi primer Maestro el Doctor D. Juan Gonzalez de Dios desistí del gusto, y la conveniencia, que havia aprehendido en mi instancia. Yo querìa esconder el hediondo nombre de Astrologo con el apreciable Apellido de Cathedratico de otra qualquiera de las disciplinas liberales; pero contemplando utilidad mas honrada la de no servir de estorvo al que me ilustrò con los primeros principios de la Latinidad, y las buenas costumbres, me rendì à quedarme atollado en el cenagoso monte del Piscator. Por este cortesano motivo determinè leer à la Cathedra de Mathematicas: hice mi pretension con irregularidad, y sin apetito à quedarme por Maestro: porque me gritaban las dulces grescas, las sabrosas bullias, los deleites urbanos, y las licencias alegres de la Corte, que las apetecia en aquel tiempo con mas ansia, que todos los honores, y comodidades del mundo. Saliò otro Opositor à dicha Cathedra; y este esperaba mas felicidad en la multitud de los Votos, persuadido à que por sus años maduros, su encogimiento, su moderacion, y sus acciones juiciosas, ò impedidas, y à la vista de mis inquietudes, escandalos, y libertades, serìa mas justo acreedor al premio, y à las aceptaciones. Trabajaron sobradamente mis enemigos, ya ponderando las virtudes del uno, ya las malicias, y los vicios del otro, y ya asegurando, que la tropelia de mi genio, y la poca sujecion de mi espiritu producirìa notables inquietudes en la pacifica union de los demàs Doctores: y temiendo que yo podia aventajarle en las noticias de la Ciencia, ò en los lucimientos de los exercicios, intentaron que no se leyesse en publico, sino que nos comprometiessemos los dos Opositores à las serenidades de un Examen secreto. Resistìme poderosamente à esta novedad, diciendo con sobervia cautelosa, que no havia Examinadores tan oportunos que pudiessen sentenciar en nuestras habilidades, y aptitudes: ademàs de que mi intencion no era la de ser Cathedratico, sino la de hablar en publico, para desmentir à los que me havian marcado de ignorante, y cumplir con las prevenciones de los Edictos, que estos pedian una hora de leccion de puntos en el Almagesto de Ptolomeo, Argumento de los Opositores, y sufrir tercer examen en el Claustro pleno de la Universidad: que esto se havia de executar; y faltando al cumpli-

miento de alguna de estas circunstancias, ò à la mas venial providencia, ò costumbre de la Escuela en orden à la oposicion de Cathedras, daria parte al Rey, y le suplicarìa que me permitiesse leer en los Patios, yà que se trataba de cerrar los Generales. Serenòse con mi resistencia, y mi razon la mañosa novedad que quiso introducir la dèbil Congregacion de algunos miembros descarriados de aquel robustissimo, y sapientissimo Senado: Tomè puntos la vispera de Santa Cecilia del año mil setecientos y veinte y seis: elegì de los tres, que se encargan à la suerte, y ventura, explicar el segundo, que fue el movimiento de Venus en el Zodiaco, y al dia siguiente, al cumplir las veinte y quatro horas del termino prescripto por las leyes de la Universidad, marchè à las Escuelas Mayores con algun miedo, mucha desverguenza, y culpable satisfaccion.

Para expressar con alguna viveza los estremados regocijos, los locos aplausos, y las increibles aclamaciones que hizo Salamãca en esta ocasion en honra del mas humilde de sus hijos, era mas decente otra pluma mas libre, menos sospechosa, y mas authorizada que la mia; pues aunque ninguna de las que hoi vuelan en el publico es mas propensa à la claridad de las verdades, que la que yo gobierno; no obstante, en las causas tan proprias se descuida insensiblemẽte el amor interessado: Pero, pues este lance es el mas digno, y mas honrado de mi Vida, y no es oportuno solicitar à otro Author que lo escriba, lo referirè con la menor jactancia, y vana gloria que pueda. A las nueve de la mañana fuì à entrar en el General de Canones de las Escuelas mayores, y à esta hora estaban las barandillas ocupadas de los Caballeros, y graduados de el Pueblo, y los bancos tan cogidos de las gentes, que no cabìa una persona mas. En este dia faltaron todas las ceremonias que se observan indefectibles en estos concursos, y exercicios. Los Rectores de las Comunidades Mayores, y Menores, y sus Colegiales, estaban en pie en los vacios que encontraron. Los plebeyos, y los Escolares yà no cabian en la linea del patio frontero al General, y los demàs angulos, y centro estaban quaxados de modo que llegaba la gente hasta las puertas que salen à la Iglesia Cathedral. El Auditorio serìa de tres à quatro mil personas, y los distantes, que no podian oìr, ni aun vèr, otros tantos. Nunca se viò en aquella Universidad, ni en funcion de esta, ni otra classe, un concurso tan numeroso, ni tan vario. A empujones de los Ministros, y Vedeles entrè à esta hora, condenado à estàr expuesto a los ojos, y a las murmuraciones de tantos, hasta las diez en punto, que era la hora

ra de empezar. Subì à la Cathedra, en la que tenia una esphera armiliar de bastante magnitud, compases, lapiz, reglas, y papel, para demonstrar las doctrinas. Luego que sonò la primera campanada de las diez, me levantè; y sin mas arengas que la señal de la Cruz, y un Distico à Santa Cecilia, cuya memoria celebraba la Iglesia en aquel dia empecè à proponer los Puntos, que me havia dado la suerte; los que estendì con alguna claridad, y belleza, no obstante de estàr remotissimo de las frases de la Latinidad. Concluì la hora sin angustia, sin turbacion, y sin haver padecido especial susto, encogimiento, ni desconfianza; al fin de la qual resonaron repetidos victores, infinitas alabanzas, y amorosos gritos, durando las entonaciones plausibles, y la alegre griteria casi un quarto de hora: celebridad nunca escuchada, ni repetida en la severidad de aquellos Generales. Serenòse el rumor del aplauso; y en la proposicion de titulos, y meritos, que es costumbre hacer, mezclè algunas chanzas ligeras (que pude escusar) pero las recibiò el Auditorio con igual gusto, y agassajo. Arguyòme mi Coopositor; y entre los sylogismos se ofrecieron otros chistes, q̃ no quiero referir, por repetidos, y celebrados entre las gentes, y porque no encuentro yo con el modo de contar gracias mias, sin incurrir en el necio deleite de una lisonja risible, y una vanidad mui desgraciada. Finalizòse el Acto, y volviò à sonar descompasadamẽte la vocerìa de los victores; y continuando con ella, me llevò sobre los brazos hasta mi casa una tropa de Estudiantes, que assombraban, y aturdian las calles por donde ibamos passando. Esta aceptacion y universal aplauso hizo desmayar à mis enemigos en las diligencias de obscurecer mi estudio, y destruir mi opinion, y mi comodidad. Passados tres dias tuvo su exercicio mi Coopositor: llenò su hora, y quedò el Auditorio en un profundo silencio. Antes de poner el primer sylogismo (mirando à la Universidad que estaba en las barandillas) dixe, que me diesse licencia para arguir fuera de los Puntos; porque no havia leìdo à ellos el que estaba en la Cathedra: pues haviendole tocado leer de los eclypses de la Luna, havia hecho toda su leccion sobre la tierra, disputando de su redondèz, magnitud, y estabilidad: y añadì, que le mandasse baxar, que yo subirìa à leer de repente. Fue locura, soberbia, y fanfarronada de mozo, pero lo huviera cumplido. Arguì finalmente à los puntos de su estudiada leccion: precipitòme la poca consideracion de mancebo à soltar algunos equivocos, y raterìas: y acabado el argumento (porque dixo el Opositor, que se daba por con-

concluido) sonaron otra vez muchos victores à mi nombre, y cayeron horrorosos silvos, y befas sobre mi desdichado Opositor. La moderacion humilde, y el dissimulo prudente, y provechoso, que se debe observar en las alabanzas proprias, le estàn regañando à mi pluma las soberbias, y presumptuosas relaciones de este sucesso: la integridad de la obra, y la disculpable ambicion à los decentes aplausos, me empujan tambien à descubrir con alguna distincion la multitud de sus mayores circunstancias; pero pues he determinado callar algunas, concluirè las que pertenecen à este assumpto con mas aceleració, y mas miseria. Faltò pues el examen de las facultades Mathematicas en el Claustro pleno, para hacer cabal la funcion. Yo sè el motivo de este defecto, y sè tambien, que es importante no decirlo. Votòse entre setenta y tres Graduados, que tanto era el numero de los Doctores; y tuve en mi favor setenta y uno. Mi Coopositor tuvo un voto, y el otro se encontrò arrojado de la caxa. Estaban las Escuelas, y las calles vecinas rodeadas de Estudiantes gorrones, cargados de armas, y esperando con mas impaciencia que los Pretendientes, la resolucion de la Universidad; y luego que la declarò el Secretario, dispararon muchas bocas de fuego, soltaron las campanas de las Parroquias immediatas, echaron muchos cohetes al aire, y me acompañò hasta casa un tropèl numeroso de gentes de todas espheras, repitiendo los vivas, y los honrados alaridos sin cessar un punto. A la noche siguiente saliò à caballo un esquadron de Estudiantes, hijos de Salamanca, iluminando con hachones de cera, y otras luces un tarjetòn, en que iba escrito con letras de oro sobre campo azul mi nombre, mi apellido, mi patria, y el nuevo titulo de Cathedratico. Pusieron luminarias los vecinos mas miserables; y en los miradores de las Monjas no faltaron las luces, los pañuelos, ni la vocerìa. Alternaban musicas, y victores por todos los barrios, y pareciò la noche un dia de juicio. Este fue todo el sucesso: y todo este clamor, aplauso, honra, y griterìa hizo Salamanca por la gran novedad de vèr en sus Escuelas un Maestro rudo, loco, ridiculamente infame, de extraordinario genio, y de costumbres sospechosas. Cada hora se escuchan en aquellas Aulas doctissimas lecciones, y admirables proyectos de Escolares prudentes, ingeniosos, y aplaudidos; y cada dia se vèn empleados en las Cathedras, Obispados, y Garnachas excelentes, sujetos de singular virtud, ciencia, y conducta; y con ninguno ha hecho semejantes, ni tan repetidas aclamaciones. Averiguen otros la ra-

zon, ò deslumbramiento de este vulgo, mientras yo le doi con esta memoria nuevas gracias, y me quedo con singulares gratitudes.

Mas docil, mas erguido, y mas sesudo que lo que yo esperaba de mi cabeza, empecè la nueva vida de Maestro, enseñando con quietud, cariño, y seriedad à una gran porcion de oyentes, que se arrimaron a mi Cathedra los primeros cursos: quizà presumiendo, que entre las lecciones Mathematicas havia de revolver algunas coplas, ò ingeniosidades del chacorrero espiritu que todos han presumido en mi humor, gobernandose por las violentas, y burlonas majaderìas de mis Papeles. Fuesse por esta causa, ò por la de pobrar los fundamentos, y principios en que estriva un estudio tan mysterioso, temido, y olvidado, yo logrè vèr muchas veces lleno de curiosos a mi General en la hora que explicaba. Los cosarios à escribir la materia siempre fueron pocos; pero en el numero de entrantes, y salientes puedo contar a todos los mancebos que envian sus padres a seguir otras ciencias, que dàn mas honra, y mas dinero, pero menos descanso, y mas peligro. Nunca se oyeron en mi Aula las bufonadas, gritos, y perdiciones del respecto, con que continuamente estàn aburriendo a los demàs Cathedraticos los enredadores, y mal criados discipulos. A los mios les advertì, que aguantarìa todos los postes, y preguntas, que me quisiessen hacer, y dàr sobre los argumentos de la tarde; pero que tuviesse creido el que se quisiera entrometer a gracioso, que le romperìa la cabeza; porque yo no era Cathedratico tan prudente, y sufrido, como mis Compañeros. Un salvage ocioso, hombre de treinta años, cursante en Theologia, y en deshonestidades, me soltò una tarde un equivoco sucio; y la respuesta que llevò su atrevimiento, fue tirarle a los hocicos un compàs de bronce (que tenia sobre el tablon de la Cathedra) que pesaba tres, ò quatro libras. Su fortuna, y la mia estuvo en baxar con aceleraciō la cabeza; y esta mañosa prisa lo librò de arrojar en tierra la meollada. Este disparate puso a los assistentes, y mirones en un miedo tan reverencial, que nunca volviò otro alguno a arguirme con gracias. Continuaba sin pesar descomodado los cursos en mi Universidad; y los veranos, y vacaciones huìa de las seriedades de la Escuela, a desenojarme del encogimiento, y tristeza Escolastica a Madrid, y a Medina-Cœli, adonde me hospedaba con gusto, con regalo, y sin ceremonia mi intimo amigo Don Juan de Salazar, que ya descansa en paz. Passaban sin sentir por mi los dias, y los años, dexandome gustoso, sin des-

desazon, sin achaques, y entretenido con las muchas diversiones que se me ofrecian en los viages, en la Corte, y en la casa de este, y otros amigos de mi humor, de mi cariño, y de todo mi genio. Era Don Juan de Salazar (que fue el que me arrastraba entõces mas que otro, todo mi cuidado, y amor) un Caballero discretissimo, sabio alegre, y aficionado à la varia lectura; inteligente en los chistes de la Mathematica en los entretenimientos de la Historia, en las delicadezas de la Philosophia, y en las severidades de la Jurisprudencia. Montaba a caballo con arte, con garbo, y seguridad: hacìa pocos, pero buenos versos: era mui practico, y mui frequente en la campiña, en el monte, y en la selva: mataba un par de perdices, un javalì, y un conejo con donaire, con destreza, y sin fatiga; y era finalmente, buen professor de todas las artes de Caballero, de politico, de rustico, y de cortesano. Viviamos muchas temporadas en una sabrosissima amistad, y ocupacion, yà en su libreria, que era varia, escogida, y abundante; yà en el monte en el dulce cansancio de la caza, y en el estrado de su muger Doña Joachina de Morales, mi señora, donde sonaban los versos, la conversacion, los instrumentos musicos, y toda variedad de gracias, y alegrias. Representabanse entre nosotros, los familiares, y vecinos, diferentes Comedias, y piezas comicas (que algunas estàn en mi segundo Tomo de Poesìas) en los dias señalados por alguna celebridad Eclesiastica, politica, ò de nuestra eleccion. Escribia tambien, yà en los ratos que le sobraban à mis deleites, ya por las posladas, por huìr siempre del ocio, por burlarme del mundo, y por juntar moneda, los Papelillos que hoi se vàn cosiendo en tomos grandes. De las Satyras que arrojaban contra ellos, y contra mi, hacia tambien divertimiento, risa, y chanzoneta. Burlabame de vèr sus Authores cargados de envidia, y de laceria, mas que de razon, intentando quitarme el sossiego, la libertad, el aplauso. Alegrabame mucho siempre que me soltaban algunos papelones maldicientes; porque al instante se seguia la mayor venta de mis papeles, y el especial regocijo de vèr sus Authores encorajados, è iracundos contra un mozo picaron, que se le daba un ardite de toda Constantinopla.

Lleno de risa, y de desprecio contra la necedad de estos furiosos, y provocativos salvages, rodeado de los requiebros de los aficionados a mis boberias, embebido en la variedad de gustos, y festejos, con bastantes abundancias de fortuna, y sin conocer la cara al sinsabor, al mal, ni al quebranto, vivi cinco años, que

que fueron los intermedios desde que entrè en la Cathedra, hasta que recibì el Grado de Doctor. Detuveme en proporcionarme à tan honroso empleo, por estàr mas desatado para mis aventuras porque consideraba como estorvo impertinente à mis correrìas, la sujeccion à los Claustros, à las fiestas, à las Conclusiones, y otros encargos de este apreciabilissimo caracter. Medroso à las Leyes, y Estatutos, que mandan despojar de los titulos, y rentas de Maestro al que no se gradùa en determinado tiempo, huve de rendirme à las ordenanzas, y al cumplimiento de las obligaciones con bastante dolor de mis altanerias. Tomè el grado el jueves de Ceniza del año de mil setecientos y treinta y dos, en el que no huvo especialidad que sea digna de referirse: solo que el Martes antes, que lo fue de Carnestolendas, saliò à celebrarlo con anticipacion festiva el barrio de los Olleros, imitando con una mogiganga en borricos el passèo, que por las calles publicas acostumbra hacer la Universidad con los que gradùa de Doctores. Iban representando las facultades, sobrevestidos con variedad de trapajos, y colores: llevaban las trompetas, y tamborilillos los Vedeles, Reyes de Armas, y Maestros de Ceremonias; y concluyeron la festividad, y la tarde con la corrida de Toros; con que se rematan los sèrios, y costosos grados de aquella escuela. Dixose entonces, que yo iba tambien entre los de la mogiganga, disfrazado con mascarilla, y con una ridicula Borla, y Muceta azul; pero dexemoslo en duda, que el descubrimiento de esta picardiguela no ha de hacer desmedrada la Historia. Con la circunspeccion en que me metì, y con la mayor quietud à que me sujetè, empezarõ à engordar mis humores, à circular la sangre con mas pereza, à llenarse de cocimientos errados el estomago, y à rebutirse los hypocondrios de impurezas crudas, de tristissimos humos, y de negras afecciones. Subieron à ser males penosos todas estas indisposiciones desde el dia veinte de Enero, del año de treinta y dos, que passè à las inclementes injurias del aire y la nieve en el Puerto de Guadarrama en los montes que tiene el Conde de Santistevan entre las Navas, y Valdemaqueda. Dirè brevemente el sucesso. Yo perdì el camino; y al anochecer roguè à un Pastor, que venia de una de las casas de los Guardas de aquel sitio, que me pusiesse en la Calzada Real. Recibi erradas las señas; y despues de haver dexado el carrìl, que seguia à la distancia que el Pastor me dixo, entrè en otra carretera bastantemente trillada, y reducida. Caminabamos sumidos en el rebozo de la capa mi criado y yo, huyen-

yendo el azote de el aire, y la nieve, y à corto trecho de mi, oigo un grito suyo, que dixo: *Señor, que me ha tragado la tierra.* Revolvìme con promptitud para socorrerle, y al tomar media vuelta sobre la derecha, se hundiò mi caballo con un estruẽdo terrible, y diò commigo en tierra, lastimandome con curable estrago todo un muslo. Salì como pude; y à pesar de las obscuridades de la noche percebi que havia sacado mi caballo una pierna atravesada de unos clavos de fierro, introducidos en dos trancas horrorosas de madera, à quien llaman Cepos los Cazadores de los Lobos. Acudì à mi criado, y lo hallè tendido debaxo de su animal, que estaba tambien cogido en otro cepo. Hice muchas diligencias para vèr si podia quitarles las pesadas cormas; y como en mi vida havia visto semejante artificio, no encontrè con los medios de librar de èl à mis caballos. Medrosos de no caer en otras trampas, y desesperados de no poder levantar del suelo à nuestros animales, hicimos rancho, expuestos toda la larga noche à los rigores, y asperezas del frio, y el viento. Con los pedernales de las pistolas, polvora, y los trapos de una camisa, que saquè de mi maleta, encendiamos lumbre; pero luego se nos volvia à morir con la humedad. En esta tristissima fatiga, y con el desconsuelo de no oìr ni un silvo, ni un cencerro, ni seña alguna de estàr cercanos à algun chozo, majada, ò alquerìa, nos encontrò la luz de la mañana, à la que vimos el estrago, y pèrdida de nuestros rocinantes. Cargamos con nuestras maletas à pie; y à breve rato dimos con el Lobero: sacò este los pies de los caballos de los cepos, y reconocimos que el uno tenia cortados los musculos, nervios, y tendones de la pierna, y que el otro solamente los tenia atravesados. Guiònos à la casa de un Guarda, llamado el Calabrès, y en su chimenèa nos reparamos del frio de la noche: nos diò para almozar una gran taza de leche, puso para comer una estupenda olla con nabos, y tocino, y gracias à Dios passamos felizmente el dia. Muriò el un caballo, y el otro se curò con mucha dificultad en las Navas; y en dos jacos de alquiler de este lugar proseguimos nuestra derrota hasta Avila de los Caballeros; y en la casa del Marquès de Villa-Viciòsa acabè de convalecer de mi tormenta con sus favores, sus regalos y mi conformidad.

Prologo fue de el libro de mis desgracias esta melancolica aventura: porque detràs de ella se vino passo à passo mi ruidoso destierro, en el que padecì prolixas desconveniencias, irregulares sustos, y consideraciones infelices; pe-

pero fuì al mismo tiempo tan afortunadamente dichoso, que vì sobre mi una lastima universal de los nacionales, y estraños una aclamacion increible, y un amor tan honrado, que jamàs aspiràra à presumir. Si yo pudiera poner en esta escritura, sin irritar a los actores, y testigos, que todavia han quedado en el mundo, las particulares menudencias, y circunstancias que estoi deteniendo en mi pluma, creo que serìa este passage el unico que pusiesse alguna enseñanza, algun gusto, y dilatada estimacion en esta historia. Yo conozco que es importante, que estèn ocultos los primeros principios, y muchas circunstancias de los medios, y los fines de este escandaloso sucesso: por lo que determino cōtentar al lector con instruirle de las verdades mas publicas, para que pueda entretenerse sin el resentimiento de los fabricantes de mi passada penalidad. Es cierto que en los libros de las Novelas, ya fingidas, ya certificadas, y en los lances cómicos inciertos, ò possibles, no se encuentra aventura tan prodigiosa, ni tan honrada, como la que me arrojò a padecer los rigores de un largo, y enfadoso destierro. El que quisiere quedar instruido, registre algunos Papeles mios, que con facilidad se tropiezan en las librerias, y hallarà (aunque revueltos con estudiada confusion) los motivos de mi ignominia, y mi desgracia. En las Dedicatorias de mis Almanaques de los años de 34. y 35. hechas a los Excelentissimos Señores Marquès de Grimaldo, y Don Joseph Patiño, que aun duran en el libro intitulado: *Extracto de Prognosticos de Torres*, està patente mi inocencia, y embozada con los rodèos de una astucia loable, la raìz principal de las conjuraciones que labrarō mis desconsuelos, y desdichas. En dos membretes impressos en Bayona de Francia, el uno, dictado por Don Juan de Salazar, compañero en la conturbacion, en la fatalidad, la fuga, y la fatiga, y el otro proferido por mi al Rey Nuestro Señor, suplicando a su piedad con lastimosos, y rendidos ruegos, para que nos oyesse su justicia, aparecen tambien algunas luces de la clara verdad de este sucesso. En estos Papeles, en la representacion que los Ministros hicieron a su Real Magestad, y en la confession de Don Juan, consta solamente, que provocado este Caballero de las injurias de un Clerigo poco detenido, se dexò coger de las insolencias de la colera, y abochornado de sus azufres, tirò de la espada, y abriò con ella en los cascos del provocante un par de roturas de mediana magnitud. Dicen que fue el herido con las manos en la cabeza, no à curarse, sino a solicitar la ira de un contrario poderoso, en cuya confianza, y vali-

mien-

miento apoyaba su reprehensible temeridad. Arbitraron (para prevenir con mas eficacia sus rencores, y nuestras pesadumbres) que con las heridas frescas partiesse quexoso à informar al Presidente de Castilla. Assi lo hizo el buen Sacerdote, y marchò colerico sanguino con las dos faltriqueras en los cascos, y ante su Tribunal dixo, que aquellas heridas se las havia impresso Don Juan de Salazar; y añadiò (falsamente) que Don Diego de Torres havia tenido la culpa. Este es todo el hecho publico, y esta es la historia que se cantaba en aquel tiempo. Los antecedentes motivos, y crueles assechanzas, que pusieron à Don Juan en la precision de examinar ciertas ossadias de el herido, y otras diligencias de sus alianzas, quedaràn encubiertas hasta el fin del mundo. Lo que yo asseguro, ahora que estoi libre, y por la misericordia de Dios perdonado de las sospechas en que impusieron al animo piadoso de el Rey, es, que no consentì la menor tentacion, ni tuve la mas leve culpa en orden à las estocadas del Clerigo, ni hablè jamàs ni en chanza, ni en veras, ni con la insinuacion, ni con el deseo en semejante assumpto: y en todos los ardides, probanzas, y juramentos con que intentò la malicia destruir mi fidelidad, mi honor, y buena correspondencia, juro por mi vida que fueron falsos; y esto jurarè à la hora de mi muerte. Deseo con ansia sacar à mi discurso de este atolladero: crea el lector lo que gustare, y vengase commigo à saber (si le agrada) lo que ya puedo decir con verdad, con descanso, sin peligro, y sin ofensa.

Los que tomaron el corage, la voz, y los poderes de el herido, dieron cuenta al Rey, probando el delito sin nuestra confession, examen, ni disculpa; y temerosos de que la providencia regular nos pusiesse en prision, salimos de Madrid al Esquileo de Sonsoto, y tres Casas, en donde esperamos ocultos la resolucion de la Consulta. Llegò como mala nueva, breve, y compendiosa, sin haver padecido la mas leve detenciõ en el viaje desde Sevilla (donde estaba à esta sazon la Corte) hasta el Real Consejo. Contenia el Real Orden pocas palabras; porque solo mandaba, que por ciertas causas fuesse D. Juan de Salazar por seis años al Presidio del Peñon, y Don Diego de Torres estrañado sin termino de los Dominios de España. Nos diò esta buena noticia el Clerigo caritativo de la cabeza rota, que à un tiempo le hacia su buen corazon parcial con el arrepentimiento de la injuria, y la venganza, y con la enemistad furiosa de nuestros contrarios, y enemigos. Antes que las diligencias judiciales nos encontraran en donde pudiessen notificarnos el Real Decreto, huìmos, aconseja-

dos del temor, y la reverencia, del Esquileo de Sonsoto, con la deliberacion de no parar hasta la Francia. El dia 12. de Mayo à las dos de la tarde salimos del expressado lugar à caballo; y con el alivio de seiscientos doblones, y dos criados, que nos servian con puntualidad, y con cariño. Llegamos al anochecer à la Granja del Paular de Segovia, donde nos regalò, y consolò tres dias el V. Padre Don Luis Quilez, Procurador de aquella silenciosa Comunidad de vivientes bienaventurados. Dadas desde allì todas las prevenciones, è industrias para lograr los avisos, y las cartas, que informassen de nuestra vida, y nuestros negocios; y advirtiendo à los criados, que nos tratassen como amigos, y camaradas, trocados los nombres, el de Don Juan de Salazar en Bernardo de Bogarin, y el mio en Manuel de Villena, tomamos la bendicion de aquellos enterrados Religiosos, y nuestra derrota con alguna melancolìa; pero felizmente conformes con los trabajos, y el paradero con que nos tenìa amenazados el odio, y la fortuna. Enderezamos nuestro destino à la Francia; eran las Hermitas y Conventos de Frailes nuestro refugio, sagrado, y abrigo; y quando estos lugares no se proporcionaban à la regularidad de las jornadas, se disponìa el rancho en las campañas, y sobre la tierra de Dios, que estaba bien mullida de las lluvias, assentabamos los catres, los aparadores, y los repuestos, que lo eran las mantas, y albardones de nuestros cavallos, que iban bien almidonados de mataduras, y costrones. Los avisos frequentes, que nos dieron en la Corte, de que havian salido en nuestra solicitud varias Requisitorias, encargando à los Intendentes, Corregidores, ò Alcaldes de qualquiera Pueblo, que nos aprisionassen, y detuviessen en el lugar donde pudiessemos ser havidos. En los mesones, en los Conventos, y otros parages, en donde nos cogia el medio dia, la noche, y la gana de comer, se mezclaba nuestra astucia, y curiosidad en la conversacion de los peregrinos, los harrieros, y otros concurrentes, preguntando, què havia de nuevo en Madrid? Y entre las novedades salìa al punto à danzar nuestra tragedia. Murmurabamos de nosotros mismos con quantos se nos ponian delante. Afeàbanse las ligerezas de los hechos: maldecianse los escandalos de los delinquentes, y se glossaba sobre el assumpto con libertad extraordinaria. Nosotros atizabamos con disimulo importante el fuego de la murmuracion, y especialmente quando el relator era algun Critico aficionado à la poca caridad, ò algun hypocrita de los que quitan los creditos por amor de Dios, y las honras por el bien de las almas. Divertìa mu-

cha parte de nuestros sustos, y desvelos este juguete, y la ridicula variedad con que oimos referir nuestra lastimosa historia. Unos asseguraban, que nos vieron ahorcados; otros, que ya comiamos el bizcocho de municion en las Alucemas: y muchos se mantenìan en la verdad de nuestra fuga. El sucesso se contaba en cada sitio de diferente modo, y substancia. Deciase por unos, que una Dama principal era el agente, y motivo de nuestra desolacion; por otros, que una Comedia satyrica representada contra el Gobierno; y los mas asseguraban, que por haver muerto à un Cura, y herido à otro: y à estas mentiras las rodeaban de unas circunstancias tan infames, è impossibles, que mas nos producian la risa que el enfado. La ignorancia de nuestras personas puso tambien à muchos en una curiosidad aventurada, y à nosotros en nuevos, y evidentes peligros. En Burgos nos marcaron por Frailes Apostatas, porque en un Convento de aquella Ciudad nos oyeron arguir en Philosophia, y Theologia; y como esta accion era estraña del trage corto, y picaresco, que elegimos para dissimularnos, se persuadieron los oyentes à que nuestro estudio, y modestia no podia salir de otro lugar, que de los Claustros Religiosos. Entre los que no nos trataban passabamos plaza de Contrabandistas, gobernando su presumpcion por los informes del vestido, del gesto, y de las armas. La pesadumbre con que caminabamos no era mucha; porque la esperanza de que llegarìa (aunque tarde) el conocimiento de mi innocencia, y el perdon de la destemplanza de mi Amigo; el gusto de ir viendo Paìses nuevos, y gentes no tratadas; el alivio de los seiscientos doblones, que llevabamos en nuestros bolsillos, y los buenos cavallos, que nos sufrian, y authorizaban, nos iban templando la mayor prolixidad de nuestras penas, enojos, y fatigas. No quiero poner aqui el monton de angustias que padecimos à ratos en nuestro viaje, ya producidas del miedo de no dar en una prision, ya de el cuidado que nos acosaba el espiritu con la memoria de nuestras casas, y familias, porque no se me aburran los lectores con la vulgaridad de la relacion de unos lances tan indefectibles, que se los puede presumir el mas rudo: imaginelos el que lea, y quedarà menos enojado con su discurso, que con la torpeza de mis enfadosas expressiones.

Llegamos à Bayona de Francia: y en esta Ciudad nos detuvimos algunos dias, esperando en las cartas los consuelos de alguna serenidad, y arrepentimiento de los conjurados, que se ha-

vian enardecido contra nuestra quietud. Nos certificaron los avisos de los Agentes de Madrid el mal estado de nuestra libertad, y las pocas esperanzas que por entonces podiamos tener en orden à reconciliarse los animos de los unos, y los otros: y mi Amigo, que llevaba al cuidado de su discrecion las resoluciones de las dos voluntades, determinò que al punto partiessemos à Parìs. Hallò prompta mi obediencia, mi amistad, y mi gusto; y al dia siguiente marchamos, persuadidos à que el favor del Señor Marquès de Castelar, que se hallaba Embaxador de España en aquella Corte, serìa el unico medio, y remedio contra las adversidades que nos empezaban à perseguir. Reconociendo con puntualidad las Ciudades, Caserias y Villages intermedios, llegamos à Bardèos, en donde nos encontrò un Criado de Don Juan, que trahìa cartas mas recientes que las que recibimos en Bayona. Tuvo con ellas la mala novedad de que le havian embargado sus bienes, y que los enemigos adelantaban à tal extremo sus rencores, q̃ havian irritado summamente à los Jueces; y por ultimo le persuadian à volverse à España à presentarse à la Justicia: porque este solo era el unico modo de volverse à su hacienda, casa, y opinion. Con este aviso, y este consejo mudò el proposito de continuar las jornadas à Parìs, consultando conmigo sus deliberaciones: y como yo no me havia quedado con mas obligacion, ni mas voluntad que la de conformarme à sus idèas, assentì en esta sin la menor repugnancia, ni disputa. Cargaron sobre Don Juan todas las resoluciones, y las diligencias judiciales; porque como era publico, que mis muebles no podian valer para pagar un Alguacil, ni mis raices para satisfacer un Pedimento, ni mi persona podia ser util sino para añadir un estorvo à la Carcel, y un comedero mas à la Cofradia de la Misericordia, no se acordaron de ella para nada. Don Juan embargado, y yo sin embargo, nos volvimos desde Burdèos para España con el dolor de las malas nuevas de nuestra libertad, y con el sentimiento de no vèr à Paris, adonde nos guiaba aun mas el gusto, que la esperanza de nuestros alivios. A entender en los medios, y las astucias de no ser sorprendidos de las Rondas de las Aduanas, à cuya estratagema y desvelo estaba cometida nuestra prisìon; y à imprimir los dos Memoriales, de que ya hice memoria en los parrafos antecedentes, paramos segunda vez en Bayona. Desde allì remitimos à Sevilla (donde à esta sazon estaba la Corte) trescientos Memoriales à diferentes Señoras,

Señores, Miniſtros, y Agentes, para que ſolicitaſſen el buen deſpacho de nueſtras ſuplicas, que todas ſe encaminaban à que el Rey nos oyeſſe en juſticia, y que ſe nos examinaſſe en el Tribunal que ſu piedad, y ſu rectitud ſe dignaſſe de elegir. La reſulta fue, que à Don Juan ſe le oyeſſe en juſticia: y mi nombre no pareciò para nada en el Decreto. Disfrazados en el trage de Harrieros (que eſta fue la reſolucion que penſamos por oportuna para eſcaparnos de las Rondas) con los veſtidos de unos Mercaderes de Fuentelaencina, que caſualmente tropezamos en Bayona, ſalìmos de ella, capitulando llegar à un tiempo miſmo à ſu Lugar, y ſatisfacer en las Aduanas los derechos que ſe pagan al Rey por los generos eſtraños. Ellos galanamente adornados con nueſtros veſtidos, y caballos, y noſotros ſorbidos en unos coletos mugrientos, en mangas de camiſa, con los botines abigarrados, la vara en el cinto, gobernando los ramales de ſeis mulos, y gruñendo votos, y por vidas, nos deſparecimos de Bayona por diferentes carriles, ſin mas diferencia que una hora de tiempo. Fuimos paſſando por los Lugares donde paraban las Requiſitorias: nos encontramos muchas veces con las Rondas, y ninguno de los Jueces, ni de los Guardas nos pudo deſcubrir, ni aun ſoſpechar; porque es cierto que ìbamos diſcretamente disfrazados. Con dos horas de diferencia (ſin havernos acaecido aventura ſingular en el viaje) llegamos à Fuentelaencina, entregamos los machos, los generos, y la cuenta, y dimos mediana razon de nueſtras perſonas, y muchas gracias à los Mercaderes. Deſpedidos de ellos, diſcurriò mi Amigo en que el medio mas ſeguro para empezar à tratar de nueſtro negocio era el dividirnos: en eſto quedamos, y Don Juan ſe cargò con el cuidado de aſsiſtir à mi Madre, y darla quinientos reales cada mes; lo que cumpliò como Caballero, y hombre de bien, que ſabìa mi innocencia, y la injuſticia que los enemigos me havian hecho en quitarme la opinion, la comida, y la libertad. Engendrò en los contrarios algunos zelos eſta liberalidad; pero ſepan los que hoi viven, que deſpues que volvì de mi deſtierro à mis honores, y à mis conveniencias, paguè à Don Juan toda la cantidad con que ſu garvoſo genio remediò la deſventura en que mi Madre quedaba: y aunque no lo diò con el fin de la cobranza, yo lo recibì con el deſeo de la ſatisfaccion.

Triſtiſsimamente deſconſolados, ſin acertar con las palabras de la deſpedida, ni con las

voces de los consuelos, nos dividimos, tomando Don Juan el camino de Madrid, y yo el de Salamanca. Apenas llegò, se presentò en la Carcel de Corte, y desde ella le colocaron en el Convento de S. Phelipe el Real, donde hizo judicialmente una Declaracion horrorosa, y verdadera de todos los hechos: y vista por los Señores del Real Consejo de las Ordenes, de quienes era Subdito, por ser el delinquente Caballero de la Orden de Santiago, fue absuelto de los seis años del Peñon, y nuevamente sentenciado à un año de residencia en el Convento de Uclès de la misma Orden. Mientras Don Juan estaba padeciendo los enfados de los Interrogatorios, las comissiones de los Alguaciles, los consejos de los impertinentes, y la reclusion en aquella venerable Casa, estaba yo passeando las Calles de Salamanca lleno de dudas, y sospechas, disponiendo la conformidad à quanto me quisiesse remitir la providencia, la desgracia, ò la fortuna. Un mes estuve en esta suspension, sin que mi Gefe el Maestre Escuela, ni el Corregidor de el Lugar, ni otra ninguna persona me hablasse una palabra en orden à mis avēturas. Lleguè à persuadirme que estarìa perdonado, ò à que fue ficcion de mis enemigos la voz tan valida y acreditada del destierro: y una mañana, quādo mas olvidado vivia yo de mis desgracias, se entrò por mis puertas el Alcalde Mayor Don Pedro de Castilla, y me notificò la Orden del Rey, en que su Magestad se dignaba de que fuesse estrañado de sus Dominios. Sali en aquella tarde con dos Corchetes, y un Escribano, y en treinta horas me pusieron en Portugal, sujeto à las Leyes del Señor Don Juan Quinto, el Justiciero, y piadoso Monarca de aquel breve mundo. Ya tengo escrito este passage en la Dedicatoria à el Excelentissimo Marquès de la Paz en el Prognostico de el año mil setecientos y treinta y quatro: acudan à èl los curiosos, pues es molestia demasiadamente enfadosa repetir en estos pliegos lo que ya tengo escrito en otras planas. Hallè, gracias à Dios, en los Politicos, y los rusticos de aquel Reino piadosissimas atenciones, dadivas corteses, lastimas graciosas, y una caridad imponderable. Ni en el escrupuloso genio de los Portugueses, ni en la delicadeza de mi estimacion produxo el mas leve perjuicio el mal olor de delinquente, con que ya estaban apestados, ni el contragio de infame, con que me presentè à sus ojos, llevando sobre mi el sayo de capitalmente condenado. Recibieronme, gracias à Dios, con un gozo, y un agassajo q̄ jamàs pude presumir. Rodando las Aldèas, Caserìas, y Hermitas cercanas à las hermosas Ciudades de Coimbra, Villa Real, y Lamego

go, anduve quatro meses bien divertido, y regalado en las Casas de los Curas, los Fidalgos, los Jueces, los Medicos, y otras personas de gusto, y conveniencias. Repassaba muchos ratos felizmẽte gustoso con la memoria, y la narracion de mis anteriores aventuras, quando me vieron aquellos montes con el Ropon de Hermitaño. Los recuerdos de el dichoso Don Juan del Valle eran frequentes assumptos de las conversaciones, siendo gozo de los que le trataron, y fatiga bien empleada de los que no lo conocieron, la repeticion de sus virtudes escondidas. Parlaba con los Abades, y los Hidalgos instruidos (de que hai abundancia en aquel Reino) de los Systemas de la Philosophia reciente: componiamos el mundo de los atomos, de la materia sutil de la striada, y globulosa: regañabamos con *Aristoteles*, y se decia entre nosotros que no supo explicar un Phenomeno de la Naturaleza; y con la repeticion de los disparates de *Cartesio*, de las presumpciones de *Regis*, y las vanidades de los que hoi garlan en el mundo con sus Librillos repletos de rayas, circulos, y figuras, los tenia ansiosamente embelesados. Resollaba con los Medicos muchas pataratas Astrologicas: disculpaba los embustes, astucias y engaños de su facultad, y lo dudoso de sus juicios, y recetas; pero con tal advertencia, que no los enojasse mi poca fee, y el escarnio, con que me quedo contra la credulidad de los que no piensan que hai muerte, y que para todo hai remedio. Echaba mis parrafos de Politica, de Aulica, de Guerra, y de quanto imaginaba oportuno à la inclinacion de los oyentes. Asseguro al que lee, que en mi vida he hablado ni tan varia, ni tan disparatadamente como entonces; pero era disculpable mi garrulidad; porque la precission de tenerlos gustosos, y parciales, hizo alborotar con demasìa à mi natural silencio.

Con este trato humilde, agradable, y astuto vivia en aquellos cortos Lugares, hasta que cansado de su brevedad, me mudè à Coimbra, adonde no pude detenerme sino mui poco tiempo, por causa de que aun vivia (aunque mui viejo, y postrado) el majadero zeloso, que me diò motivo para dexar la vez primera que la pisè aquella hermosissima Ciudad. No obstante este ridiculo estorvo, y persuadido à que la mudanza de mi nombre, y trage le havìan ya borrado de su memoria los accidentes de mi figura, quise alicionarme con el trato, y la conferencia de algunos de los Doctores de aquella grande por todos modos Universidad. Baptizado tercera vez con el nombre de Francisco Bermudez, hablè de mi verdadero nombre, y persona con varios sujetos de la primera distincion, go-

gobierno, y sabiduria de aquella Escuela; y me significaron el especial honor que lograrìan, en que el Doctor Don Diego de Torres fuesse à servir la Cathedra de Mathematicas, que tenìan vacante por muchos años por falta de Opositor, y pretendiente. Yo les asseguraba, que conocìa à Torres, y que estaba olvidandose del mundo en uno de los Lugares de la Raya, obedeciendo al Real Decreto de su Rey, que le tenìa estrañado de sus Dominios. Prometì que le significarìa lo mucho que tenìa que agradecer à sus buenos deseos, manifestando las honradas proposiciones con que procuraban premiar sus fatigas, y desvanecer sus desconsuelos. Añadieron à estas favorables promessas, que perdonarìan los gastos de la Incorporacion del Grado, el Examen, y Exercicios, y consultarìan al Rey, para que sin exemplar aumentasse los salarios de la Cathedra. Antes que pudiesse la casualidad, ò la malicia descubrir que yo era el *Torres* que solicitaban, dexè à Coimbra, y vine à parar por otro par de semanas à Mirandela, y à la Torre de Moncorbo; y deste Lugar escribì à los Doctores de la Comission, que Don Diego de Torres solo atendia à los cuidados de manifestàr al Rey su veneracion, su innocencia, y todas las operaciones de fidelissimo Vassallo, y que perderìa todas las esperanzas, y comodidades de honra, y de riqueza que le pudiesse dàr el mundo hasta demonstrar su fidelidad, su zelo, y su inalterable esclavitud. Persuadìlos en la carta lo agradecido que quedaba à la altìssima honra de tan gloriosa Universidad, y otras expressiones mui rendidas, mui reverentes, y mui verdaderas. Vago, y ocioso de uno en otro Pueblo vivia yo, esperando en el Examen de los Jueces, y en la piedad del Rey la restitucion à mi Patria; pero mi mala suerte me retardaba los alivios. Muchas veces me vì acometido de los pensamientos de ponerme en Lisboa, ya agassajado de los deseos de volver à instruirme en aquella gran Corte, ya incitado de las cartas, y las proposiciones con que me llamaron algunos Principes; pero conociendo que me exponìa à la infamia de ser ingrato, ò à la angustia de hacer impossible la vuelta à Castilla, no me determinè à consentir ni à los honrosos llamamientos de los Proceres, ni à los alegres gritos de mi curiosidad. Mientras que yo andaba desocupado, sin destino seguro, y lleno de indeliberaciones, idèas, arrepentimientos, y propositos, cumpliò Don Juan su reclusion de Uclès; y haviendose restituido à Madrid, continuaba con fervor incansable las diligencias, y oficios de mi libertad, y restitucion. Escribiòme que serìa oportuno, que alguna de mis hermanas se apa-

a pareciesse en la Corte a besar los pies del Rey, y a suplicar a su Real animo por mi libertad, por su alivio, y el de mi pobre Madre: y en pocos dias se pusieron desde Salamanca en el camino de Balsain (adonde estaba la Corte) mi hermana Manuela, mi sobrina Josepha de Ariño, y mi primo Antonio Villarroèl. Encontraron en el Ministro un agrado piadoso, en los grãdes sujetos de la Corte una lastima cariñosa, y en los mas ignorados una inclinacion favorable, y una prõptitud increìble, llena de consuelos, alivios, y breves esperãzas. El puro llanto de mis incõsolables parìentes, y la porfiada assistencia a las puertas del Ministro, y la general misericordia cõ que todos miraban a mi pobre Hermana, y Sobrina, me sacaron del tristissimo captiverio al puerto de la felicidad, y la ventura. El Eminentissimo Señor Cardenal de Molina, mi Señor, de orden del Rey me volviò mejorada la libertad, y la honra en una carta, que guardo para mi cõfusiõ, mi gratitud, y mi seguridad. Volvi a mi Patria, y en ella me recibieron muchos con contento, algunos con desazon, y los mas con una indiferencia sospechosa, y aun fuga reparable; porque juzgaban, que lo desterrado era enfermedad pestilente, y que el odio de los enemigos podia introducirse en sus deseos, esperanzas, y conveniencias. No me admirè, porque este es un temor comun en los espiritus desdichados, y una enfermedad incurable en todo lugar de pretendientes.

Tres años durò la privacion de mi libertad; y aunque tuve en ellos la paciencia, y alivios que dexo expressados, tambien padecì en este intermedio otra conjuracion no tan poderosa, pero mas terrible, y abominable, que la que fue causa del destierro. Callarè su naturaleza, los productores, y el lugar del delito, porq̃ la charidad que debo tener cõ el proximo, me esterva la quexa, y la notìcia. Viven muchos, que pudieran ofenderse de mi descubrimiento: y no es justo dàr que sentir à ninguno, quando no importa a mi opinion, ni a mi quietud, que se queden en el silencio su arrojo, y mi conformidad. Solo puedo decir para mi cõfusion, que el Real Consejo de las Ordenes tomò la providencia de averiguar la torpeza de la accion; y examinada con muchos testigos, desẽgaños, y papeles, hallò al Reo oculto, encõtrò con mi innocencia ahogada, y fue sobrecogido de una lastimosa compassiõ de vèr los crueles enojos, y facinerosas assechanzas con q̃ daba en aborrecerme la fortuna. Padecì en este tiempo en estremada soledad, con mucha pobreza, y riguroso desabrigo dos enfermedades agudas, q̃ me assomaron a la boca del sepulchro. Fue la una un sobervio, y executivo garrotillo, q̃ me agarrò bien descuidadamente en una miserable Aldèa

de Portugal en la casa de un pobre Pescador honrado, piadoso, y diligẽte. En el angosto cubierto de su estrecha habitaciõ resumida toda à un negro portal, y à una cocina poco ahumada, y sobre un desmẽbrado xergòn, compuesto de los destrozos de sus viejas redes, estuve lidiando con las zozobras de tan maligna, y traidora enfermedad. Fuì en un tomo el Doctor, el Cirujano, y el Enfermo; y quiso la providencia de Dios, que en un sitio tan retirado, tan misero, y tan inculto no me faltasse lo conducẽte para detener las atrevidas promptitudes del afecto. Tenìa mi Angel Pescador arrojadas sobre unos tablones muchas simiẽtes de calabaza, y de melon, que reservaba su economìa, y su industria para sembrar en un pedazo de terreno, que tenia arrẽdado, y una cazuela barrigona de barro Zamorano mas q̃ mediada de azucar (provisiõ indispensable en la casa mas pobre de aquel Reino) y con estas simiẽtes me disponìa unas orchatas medianamente frescas en la garapiñera del sereno, las que bebia por tarde, y por mañana. Dabame en las horas oportunas unos caldos de coles y tocino; y con aquella golosina, y remedio, estas substãcias, y seis sangrias q̃ repartì entre los brazos, y las piernas, me librè de morir ahorcado entre las garras de tan violẽto, è implacable verdugo. Nunca fuì tã agradecido, ni tan apassionado a los cortos elementos de la Medicina como en esta ocasion: y el haver leìdo; que à esta idèa de achaque se ocurre con las sangrìas, y los refrescos, me sirviò de un notable alivio, y una cõfianza saludable. Para que al lector no le quede confusion alguna en orden al modo, y la promptitud de executar las evacuaciones de sangre, sepa, que ha muchos años q̃ llevo en mi bolsillo, y especialmente a los viajes, un estuche con herramientas de Cirugìa, pluma, tintero hilo, y aguja, y otros trastos con que divertir, y remẽdar la vida, y el vestido. Fue la otra enfermedad una calentura ardiente, q̃ me assaltò en el Convento de San Francisco de Trancoso, en la que fuì assistido dichosamente de un Confessor sabio, y devoto, y de un Medico necio, è ignorante. En este peligro librò con mas ventajas mi conciencia que mi cuerpo, porque en aquella no quedò rastro, ni reliquia de escrupulo, y de mi humanidad aun no he podido vèr sacudidas las maldades q dexò en ella, ò plantò de nuevo con sus mal aventuradas zupias; y brevages. Despues de diferentes recaìdas vino à parar en una destilacion al pecho, que me puso en las agonias de una Pthysica incipiẽte, y huviera passado à la tercera especie, à no haver escapado de sus uñas. Desesperado con la asistencia, y la ignorancia de este bruto Doctor, determinè que un Lego Enfermero de la Casa me diesse un boton de fuego

go entre tercera, y quarta vertebra del espinazo, para que abriendo una fuente en este sitio, se viniesse à este conducto la destilacion, que corria precipitada à los pulmones. Con la esperãza de esta medicina, dictada por mi antojo, y sin temor à mi flaqueza, ni à las injurias del temporal, me mudè à *Ponte de Abad*, lugar en donde, por la misericordia de Dios, no havia Medico, ni Boticario. Con la falta de estos dos enemigos, con mucha paciencia, y el cõsuelo de ir palpãdo las buenas noticias, que me daba mi albañal, me vì libre en pocos dias de tan rebelde, y desesperada dolencia. Otros trabajos, y desdichas sufrì en esta larga, y penosa temporada, pero los suavizò mucho mi conformidad, y los deleites, que no dexaban de encontrarme a cada passo; de modo que iba corriendo mi vida como la del mas dichoso, el mas rico y el mas acompañado, pues para todos vienen las pesadumbres, y los gustos, la salud, y la enfermedad, el ocio y el entretenimiento, la miseria, y la abundancia; porque la vida de el mas feliz, y el mas desgraciado està llena de sobras, y faltas, alteraciones, y serenidades, tristezas, y alegrias, y con todo se vive hasta la muerte.

Gozando de la quietud de mi casa, de la compañia dulce de mi madre, y hermanas, de la cõversacion de mis amigos, y de las adulaciones de mi tintero, y de mi pluma, me estuve un año en Salamanca, hasta que con la licencia de el Eminentissimo Cardenal de Molina mi Señor, vine à Madrid. Aposentòme (con admiracion, y susto de los contrarios, y honrado gozo de los afectos) D. Juan de Salazar en su casa: y con esta accion volcò muchos juicios, y arruinò mil conjeturas poco favorables à nuestra amistad, y confianza: corrimos en su coche passeos publicos, visitamos cõ ancha alegria a nuestros apassionados, con politica estrecha a nuestros enemigos, y con reservada prudencia à los indiferẽtes en las noticias, y acciones de nuestros trabajos, y sucessos. Nuestra presencia, y amistad produxo muchos desengaños, desatò muchas dudas, y puso respecto à no pocas jactãcias, y mẽtiras. Con esta diligencia, y la demonstracion de la constancia inseparable de nuestro cariño, se serenarõ las inquietudes, y se enterraron todas las idèas, y maquinas de los genios revoltosos, noveleros, y desocupados. Passè con mi amigo felizmente todo el Verano; y pocos dias antes de San Lucas me volvì à Salamanca à cumplir mis juramentos, y mis obligaciones; y al año siguiente, que fue el de 1736. despues de finalizadas mis tareas, empecè à satisfacer varios votos, que havia hecho por mi libertad, y mi vida en el tiẽpo de mi esclavitud, y mis dolencias. Fue el mas penoso el que hice de ir a pie a vi-

sitar el Templo del Apostol Santiago, y fue sin duda el mas indignamente cumplido; porque las indevotas, vanas, y ridiculas circunstancias de mi peregrinacion, echaron à rodar parte del merito, y valor de la promessa. Salì de Salamanca rebentando de Peregrino, con el bordon, la esclavina, y un vestido mas que medianamēte costoso. Acompañabame D. Augustin de Herrera, un amigo mui conforme a mi genio, mui semejante a mis idèas, y mui parcial con mis inclinaciones; el que tambien venia tan fanfarron, tan hueco, y tan loco como yo, afectando la gallardia, la gentileza, y la pompa del cuerpo, y del trage, y descubriendo la vanidad de la cabeza. Detràs de nosotros seguian quatro criados con quatro caballos del diestro, y un macho donde venian los repuestos de la cama, y la comida. Atravesamos por Portugal para salir a la Ciudad de Tuy, y en los pueblos de buenas vecindades nos deteniamos, yà por el motivo de descansar, yà por el gusto de que mi compañero, y mis criados viessen sin prisa los lugares de aquel Reino, que yo tenìa medianamente repassado. Divertiamos poderosamente las fatigas del viage en las casas de los Fidalgos, en los Conventos de Monjas, y en otros lugares, donde solo se trataba de oìr musicas, disponer danzas, y amontonar toda casta de juegos, diversiones, y alegrias. Convocabanse en los lugares del passo, y la detencion las mugeres, los niños, y los hombres à vèr *el Piscator*, y como a Oraculo acudian llenos de fee, y de ignorancia a solicitar las respuestas de sus dudas, y sus deseos. Las mugeres infecundas me preguntaban por su succession, las solteras por sus bodas, las aborrecidas del marido me pedian remedios para reconciliarlos; y detràs de estas soltaban otras peticiones, y preguntas raras, necias, è increibles. Los hombres me consultabā sus achaques, sus escrupulos, sus pèrdidas, y sus ganancias. Venian unos à preguntar, si los querian sus damas, otros a saber la ventura de sus empleos, y pretensiones; y finalmente, venian todos, y todas à vèr como son los hōbres que hacen los Prognosticos: porque la sinceridad de el vulgo nos creen de otra figura, de otro metal, ò de otro sentido que las demàs personas; y yo creo, que a mi me han imaginado por un engendro mixto de la casta de los diablos, y los brujos. Este viage le tengo escrito en un Romance, que se hallarà en el segundo Tomo de mis Poesìas, y en el extracto de Prognosticos, en el del año de 1736. en dōde estā con mas individualidad referidas las jornadas: aquì solo expresso, q̄ sin duda alguna huviera vuelto rico a Castilla, si huviesse dexado entrar en mi desinterès un poco de codicia, ò un disimulo con

manos de aceptacion: Porque con el motivo de concurrir a la mesa del Illustrissimo Arzobispo de Sãt-Iago el Señor Yermo, el Medico de aquel Cabildo Don Thomàs de Velasco, hombre de mucha ciencia, mucha gracia, y honradèz, hablaba de mi en todos los concursos (claro està que por honrarme) cõ singularissimas expressiones de estimaciõ hàcia mi persona, y mis bachillerias. Agregarõse a su opinion, y su cortesanìa los demàs Medicos, y no huvo achacoso, doliente, ni postrado, que no solicitasse mi visita. Atento, caritativo, y espantando de la sencillèz, y credulidad de las gentes, iba con mi Doctor sabio, y gracioso a vèr, cõsolar, y medicinar sus enfermos; los que querian darme quanto tenian en sus casas. Agradecì sus bizarrias, sus agassajos, y les dexè sus dones, y sus alhajas, contentando à mi ambicion con la dichosa cõfianza, y el atentissimo modo con que me recibieron. Mucho tẽdria de vanidad, y quixotada este desvìo en un hõbre de mi regular esphera; pero tãbien era infamia hacer comercio con mis embustes, y sus sencilleces, no teniendo necessidad, ni otro motivo disculpable.

Dexando contentos a los Medicos, y mui distraidos de aquel error comun, que me capitula de enemigo grossero, y rencoroso de las apreciables experiencias de su facultad, y consolados a los enfermos, aquietando a unos sus aprehensiones, y realidades cõn remedios dociles, y persuadiendo à otros, que la carestìa de los medicamentos era el mas oportuno socorro para sus dolencias, passè a la Coruña, en donde me sucediò el aplauso, y el honor de aquellos honradores genios con el mismo alborozo que en Sant-Iago. Desde aquel alegre, y bellissimo Puerto de Mar tomè el camino de Castilla por distintos lugares, en los q̃ merecì ser huesped de las primeras personas de distinciõ, agassajandome en sus casas cõ las diversiones, los regalos, y los cariños. Emmedio de estàr ocupado con los deleites, las visitas, y los concursos, no dexaba de escoger algunos ratos para mis tareas. La que me impuse en este viaje, fue *la Vida de la Venerable Madre Gregoria de Santa Teresa*, la que concluì en el camino con el Almanak de aquel año antes de volver a Salamãca; adonde lleguè desocupado para proseguir, sin estrañas fatigas, las que por mi obligacion tẽgo juradas. Cinco meses me detuve en este viaje, y fue el mas felìz, el mas venturoso, y acomodado q̃ he tenido en mi vida; pues sin haver probado la mas leve alteracion en la salud, ni en el animo, salì, y entrè alegre, vanaglorioso, y dichosamente divertido en mi casa. En la quietud de ella cumpli el *quarto Trozo* de mi edad, que es el assũpto de esta Historia: y desde este tiempo hasta hoi, que es el dia veinte de Mayo

del

del año de mil setecientos y quarenta y tres, no ha passado por mì aventura, ni sucesso, que sea digno de ponerse en esta Relacion. Voi manteniendo, gracias à Dios, la vida sin especial congoja, ni mas pesadumbres, que las que dàn à todos los habitadores de la tierra el Mundo, el Demonio, y la Carne. Vivo, y me han dexado vivir desde este termino los impertinentes que viven de residenciar las vidas, y las obras ajenas, quieto, y apacible, y ocupado sin reprehension, y sin molestia. Me ayudan à llevar la vida con alguna comodidad, y descuido la buena condicion, y compañia de mis hermanas, y mis gentes, y mil ducados de renta al año: que con ellos, y las añadiduras de mis afortunadas majaderias, junto para que descansen mi madre, y mis hermanas, ayuden à nuestros miserables parientes, y dèn algunas limosnas à los pobres forasteros de nuestra familia. Vivo mui contento en Salamanca, y con los propositos de dàr los huessos à la tierra donde respirè el primer ambiente, y à la que me diò los primeros frutos de mi conservacion. Varias veces me ha acometido la fortuna con las proposiciones de bienes mas crecidos, y mas honrados que los que gozo; pero conociendo mi indignidad, y la mala cuenta que havia de volver de sus encargos, me he hecho sordo à sus gritos, sus promessas, y sus esperanzas. Hago todos los años dos, ò tres escapatorias à Madrid, sin el menor desperdicio de mi casa: porque en la de la Excelentissima Señora Duquesa de Alva mi Señora, logro su abundantissima mesa, un alojamiento esparcido, poltron, y ricamente alhajado; y lo q̃ es mas, la honra de estàr tan cercano de sus pies. Por los respectos à esta Excelentissima Señora, me permiten las mas de su caracter, y altura la frequencia en sus estrados, honrando à mi abatimiento con afabilissimas piedades. Los Duques, los Condes, los Marqueses, los Ministros, y las mas personas de la sublime, mediana, y abatida esphera, me distinguen, me honran, y me buscan, manifestando con sus solicitudes, y expressiones el singular assiento que me dàn en su estimacion, y su memoria. No he tocado puerta en la Corte, ni en otro Pueblo, que no me la hayã abierto con agasajo, y alegria. El que imagine, que este modo de explicar las memorables aficiones q̃ debo à las buenas gentes, es ponderacion ò mentira absoluta de mi jactancia, vengalo à vèr, y le cogerà el mismo espanto que à mi que lo toco. Vẽgase conmigo el incredulo pesaroso de mi estimacion, y se ahitarà de cortesias, y buenos semblantes. Lo que mas claramente descubre esta Relacion, es una vanidad disculpable, y un engreimiento bien acondicionado; porque sabiendo yo, que no merece mi cuna, mi em-

emplèo, mi riqueza, ni mi ingenio mas expresſiones, que las que ſe hacen por chriſtiandad, y por coſtumbre, no dexa de hacerme coſquillas en el amor proprio, de que eſta caſta de general, y venerable agaſſajo ſe endereza à mi perſona, à mi humildad, y à mi correſpondencia. Tambien creo, que me havrà dado tal qual remoquete corteſano la extravagancia de mi eſtudio; pero otros hacen Coplas y Prognoſticos, y los veo aborrecidos, y olvidados. Confieſſen mis emulos, y envidioſos, que Dios me lo preſta, y que yo me ayudo con el reſpecto, y buen modo con que procuro hacerme parcial à todo genero de gentes; que yo tambien confieſſo que eſcribo eſtas eſcuſadas noticias por darles un poco de peſadũbre, y un retazo de motivo para que recaigan ſobre mi ſus murmuraciones, y blasfemias. Guardo con eſpecial veneracion, reſpecto, y confuſion mia las Cartas, y la correſpondēcia con algunos Cardenales, Arzobiſpos, Obiſpos, Duqueſas, Duques, Generales de las Religiones, y otros Principes, y Perſonas de la primera altura, y ſoberanìa. Eſtas ſon las alhajas, y precioſidades que venero eſpecialiſsimamente, y las que mandarè à mis herederos, que mueſtren, y vinculen por unica memoria de mi felicidad, y para teſtigos del honor que ſabe dàr el mundo à los deſventurados, que procuran vivir con deſinterès, abatimiento de sì miſmos, y reſpecto à todos. No me faltan algunos enemigos veniales, y maldicientes de eſcalera abaxo, aunque yà tengo pocos, y malos; y ſiento mucho, que ſe me haya hundido eſte caudal; porque à eſtos tales he debido mucha porcion de fama, guſto, y conveniencia, que hoi hace feliz, y venturoſa mi Vida.

Eſta es la verdadera Hiſtoria de ella. Eſpero en Dios acabar mis dias con la ſerenidad que eſtos ultimos años. Eſtoi en irme muriendo poco à poco, ſin matarme por nada. Diſcurro que yà no me volveràn à coger las deſgracias, ni los acaſos memorables; porque mi vejèz, mis deſengaños, y mis eſcarmientos me tienen retirado de los bullicios, y con el ojo alerta à las aſſechanzas, y los trompicaderos: y ſi me vuelvē à agarrar las perſecuciones, conſolarème con la conſideracion de lo poco durable que ſerà mi deſdicha; porque la muerte ha de acabar con ella, y yà no puede eſtàr mui lexos. Y en fin, venga lo que Dios quiſiere, que todo lo he de procurar ſufrir con paciencia, y con reſignacion, y con alegria Catholica, que eſte es el modo de adquirir una buena muerte, deſpues de eſta mala Vida.

F I N.